

GALÁN
SEDUCTOR

C. R. SCOTT

Galán Seductor

por C. R. Scott

Capítulo 1

Audrey

Seattle una deslumbrante metrópolis, sede de incontables empresas famosas. La ciudad más grande del estado de Washington con 365 kilómetros cuadrados y tres millones y medio de habitantes.

¿Será que realmente no hay un solo hombre aquí que sea remotamente adecuado para mí?

Difícil de creer.

Pero poco a poco me estoy dando cuenta de esta amarga realidad.

Especialmente esta noche.

—Y luego tienes que girar el papel ciento ochenta grados antes de escanearlo —dice el tipo sentado frente a mí—, si no, el programa no puede reconocerlo.

—Entiendo —digo.

Comportándose y sin poner mala cara, asiente.

—Entonces habría un mensaje de error.

—Sí —le respondo.

—Y eso no sería bueno.

—No.

—Eso retrasaría todo el proceso.

—Hm...

—El resultado sería el caos.

—Un caos devastador —no puedo evitar decir e intento reprimir las ganas de bostezar.

—Por supuesto —continúa el tipo con seriedad y sequedad.

Entonces habría que repetir el escaneo. Imagínate eso con miles de facturas.

—¿No se puede automatizar el proceso? —pregunto, parpadeando varias veces porque se me cansan los ojos.

—Como ya he dicho —responde—, las facturas tienen que colocarse en la posición correcta a mano. Sólo así la máquina puede funcionar correctamente.

—Ya veo.

—Eso es muy importante. Si no, sería el caos.

—Así es. Caos devastador, acabas de decirlo. Lo recuerdo.

—Sí.

Ayuda ¿podría haber una conversación más aburrida y rígida?

Básicamente, no me importa qué trabajo tenga el hombre de mis sueños mientras no... no sé...

cace focas o explote a niños. Realmente no soy exigente cuando se trata de eso. No tendría ningún problema si mi hombre ideal fuera contable y quisiera seguir siéndolo el resto de su vida... Como ese Steve con el que estoy hablando ahora mismo.

Pero ¿por qué no hablamos de otra cosa que no sea su proceso de trabajo en nuestra primera cita, y además con la mayor naturalidad posible? No hay fuego en él, no hay chispas, no hay interés en mí. Y simplemente no tengo la sensación de mariposas en el estómago, pero eso sería un requisito previo para poder decir que una cita va bien, ¿no?

Aunque sólo sea una cita rápida.

Como en nuestro caso.

—Y entonces la factura escaneada entra en el sistema —continúa Steve.

Toma aire y está a punto de continuar cuando suena la campana.

Enseguida estiro la espalda.

—¡Oh, me temo que nuestro tiempo se ha acabado!

—Eh, sí... bueno...

—Lástima —digo por educación—, fue un placer conocerte. Hasta luego.

Todo en mi mirada y mi postura quiere animarle a que se levante y se acerque.

—Em, eh, sí... —Se levanta perplejo, se sube las gafas por el puente de la nariz y se va. Sin despedirse. Sin insinuar que quería volver a verme. Y me alegro mucho de que lo haya hecho.

Lo siento, Steve, pero no vamos a ninguna parte. Y si ambos lo vemos así, tanto mejor. Porque no te haría más feliz de lo que tú me haces a mí.

—Caballeros —indica el presentador de las citas rápidas a los hombres, que siguen sin poder despegarse de sus sillas—, por favor, cambien de sitio.

Mi mirada se desvía esperanzada hacia la izquierda, desde donde viene hacia mí mi próximo interlocutor. Le observo de reojo porque es realmente guapo, tiene cabello negro azabache, ojos azules brillantes, rostro apuesto, hombros anchos, voz grave y una risa que suena muy bien y le sienta muy bien. Steve tendrá que perdonarme, pero desde que insistió en hablar conmigo sobre los datos obligatorios de una factura, estoy deseando que llegue su sucesor. Y ahora por fin viene hacia mí, me dedica su encantadora sonrisa y se sienta frente a mí.

—Hola! —me saluda y vuelve a mostrar sus relucientes dientes blancos—, soy Jake. Me estrecha la mano.

—Hola! —Con gusto me permito tocarle y estrecharle la mano mientras permanezco sentada, como es el concepto de las citas rápidas.

— Soy Audrey.

—Hermoso nombre. Como Audrey Hepburn.

Nunca había oído esa comparación, pienso inmediatamente con ironía.

Al segundo siguiente, sin embargo, me recuerdo a mí misma que no debo volver a cerrarme en

posibilidades. Puede que esta vez mi Príncipe Azul esté sentado frente a mí; no puedo dejar escapar la oportunidad sólo porque él piense inmediatamente en la Srta. Hepburn al oír mi nombre. Mucha gente lo hace. No puede evitarlo.

Así que me río con cautela.

—¿Eres contable? —oigo decir a la mujer de la mesa de al lado—. ¡Dios mío, yo también!

Steve se ríe de ella.

—Vaya cosa. ¿Dónde trabajas?

Dios mío. Dos podrían haberse encontrado.

¡Concéntrate en tu propia conversación, Audrey!

—Entonces, ¿Jake? ¿En qué andas?

—Esto y aquello. —Asiente despreocupadamente y se echa hacia atrás, poniéndose cómodo en la silla. Tan cómodo que abre las piernas y apoya el brazo derecho en el respaldo—. Soy un hombre para todo, nena.

—¿De acuerdo? —A pesar de todas mis buenas intenciones, no puedo evitar enarcar las cejas con escepticismo ante este comentario—. ¿Eso significa que eres muy hábil?

—¿Si quieres? —guiña un ojo.

¿Qué...?

¿Qué quieres decir? —pregunto con los ojos.

—Me meto en cualquier papel que me asignen —explica.

—¡Ya veo! ¿Eres actor?

Vuelve a sonreír, y esta vez me doy cuenta de lo arrogante que es su sonrisa.

—Claro, nena. Tengo el trabajo más sexy del mundo.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Has estado en alguna película que pueda conocer?

—Podría ser. ¿Has mirado las últimas de Chicas Traviesas?

Estoy asombrada.

—¿Perdón?

—En ella interpreto tres papeles principales.

¿Eh?

—*O en Zorras de Oficina Parte 7*. Incluso tengo cinco papeles en esa —continúa.

—¿Cómo?

Títulos de películas tan estúpidos...

¿Y cómo se supone que va a interpretar varios papeles principales en la misma película...? Oh Dios mío, ¡es un actor porno!

—Eh... —tartamudeo.

—Pero basta de hablar de mí, deberíamos hablar de ti también —dice.

Oh, cómo me hubiera gustado oír a Steve decirme eso...

Quien, como me doy cuenta, lleva mucho tiempo colgado de los labios de mi vecina de mesa.

Vuelvo a mirar a Jake y me estremezco de la forma más desagradable. No sé si me lo estoy imaginando, pero parece estar desnudándose con la mirada.

—¿Qué haces para pasar el rato?

No lo digas. Sería de mala educación. Este hombre no es tu Príncipe Azul como tampoco lo es Steve, pero puedes aguantar el resto de la cita.

—Trabajo en marketing —le respondo—. Principalmente escribo textos publicitarios, pero aún no sé en qué me centraré en el futuro, porque pronto cambiaré de empresa para darle otra perspectiva a mi trabajo.

De nuevo, pone una sonrisa que ahora me parece sencillamente repugnante.

—Así que tú también eres una zorra de oficina.

¿Cómo?

Jadeo.

¿En serio me acaba de llamar zorra de oficina?

¿Y eso es lo único que se le ha metido en la cabeza?

Alguien que ya no sabe distinguir entre realidad y ficción.

—Definitivamente no —siseo.

—Oh, vamos —me insta y se inclina más hacia mí—. Debes de llevar algo más sexy que eso en la oficina, ¿verdad? —Señala mi blusa con una mirada despectiva, que al parecer no muestra suficiente escote para él.

Hago una mueca de horror.

—Dime, ¿estás loco?

—¿Qué pasa, cariño?

—¡Deja de llamarme así!

—¿Cuál es tu problema de repente? —me responde sin comprensión por su parte.

Y por supuesto, tampoco por mi parte.

—¡Tú eres mi problema!

—Sólo dices eso porque nunca te has acostado conmigo antes.

Abro la boca indignada.

—Oye, tal vez deberías encontrar a alguien en tu línea de trabajo, ¿de acuerdo?

Sacude la cabeza y se levanta justo antes de que suene la campana.

—Aquí sólo hay monjas —murmura decepcionado.

Instintivamente, miro a la mujer sentada a mi izquierda, que ya ha tenido el placer de conocerle antes que yo.

Qué imbécil, ¿verdad?, leí en la expresión de su cara.

Eso es quedarse corto.

Ella asiente, *qué estamos haciendo aquí de todos modos*, podría pensar.

Me pregunto lo mismo, pienso para mis adentros. Si sobrevivo a esta terrible noche, mataré a Nelly y a Grace.

Jake quiere sentarse en la mesa de al lado, cosa que yo agradecería, pero Steve no puede despegarse de su silla. Él y la señora sentada frente a él siguen charlando sobre los últimos trucos y tendencias contables.

—Oye —refunfuña Jake—, abre paso, compañero.

Cuando Steve levanta la vista hacia él, se vuelve a subir las gafas por la nariz.

—Pero aún no he terminado aquí.

—¿No has oído la campana? ¡Vete! ¡Ahora es mi turno!

—Pero seguimos hablando —dice la mujer.

—¡No, ahora eres mía! —refunfuña Jake.

—No le pertenezco a nadie, y mucho menos a ti.

El presentador se acerca con una sonrisa inquieta.

—Disculpen, ¿todo bien por aquí?

—¿Qué clase de situación es ésta? Llevo aquí dos horas... —Jake gesticula salvajemente.

Oh sí, dos horas eternas, puedo decirte una o dos cosas sobre eso.

—¡Y todavía no me he acostado con nadie!

Oh, Dios.

¿Dónde se cree que está?

¿No tiene ya suficiente sexo en el trabajo?

—¡Ahora tú vete a la mierda! —ruge Jake furioso, agarra a Steve por la manga y lo arrastra fuera de la silla.

—¡Seguridad! —grita el presentador.

Esa es mi palabra clave.

¡No puedo seguir viendo esto!

Aprovecho la confusión y me levanto de un salto. Al segundo siguiente, agarro con fuerza mi bolso y salgo del restaurante. Sin mirar atrás, emprendo el vuelo.

¡Basta ya!

¡Eso es!

Se acabaron las citas a ciegas o cualquier otra cosa en la que se supone que debo encontrar al hombre de mis sueños más rápido de lo que el destino me tiene reservado.

¡Ya he tenido bastante!

Esa fue realmente la última vez que dejé que Grace y Nelly me persuadieran de hacer algo así.

¡La última vez!

Jadeando, avanzo por la acera atenta al próximo taxi. Cuando veo acercarse el siguiente coche amarillo brillante, levanto la mano. El auto se detiene delante de mí y subo a la parte de atrás.

—Avenida Rainier, barrio de Mount Baker, por favor —digo mientras me abrocho el cinturón.

—De acuerdo, señora —el taxista acelera y se incorpora al tráfico.

Señora...

A día de hoy, tengo grabado en el cerebro que es así como se dirigen a mi madre en vez de a mí, pero cuando te acercas a los 30, no debería sorprenderte que te llamen así.

Sin embargo.

Cada célula de mi interior quiere sacar el móvil del bolsillo y marcar un número muy concreto. Para ser más precisa, tengo dos números entre los que elegir y solo tengo que decidirme por uno, a esta hora, debería dar igual cuál sea.

Me decido por el contacto al que llamé el último de los dos: Grace.

Suena el timbre.

—No —contesta la llamada—. Eso no es bueno, Audrey.

—¿Perdón?

Nelly le coge el móvil y se hace cargo de la llamada.

—Si llamas ahora, cariño, no puede significar nada bueno, ¿o sí? —Como siempre, se muestra esperanzada, aunque ella misma dice que los indicios están en contra—. ¿Quizá ha ido demasiado bien y estás acompañando al hombre de tus sueños a su casa? —Pareciera que sonrío del otro lado del teléfono.

—Sinceramente, ustedes dos, ¿creen que llamaría si ese fuera el caso? ¿Y desde cuándo soy el tipo de mujer que acaba en la cama con un hombre en la primera cita?

—¡Dínoslo tú! —llama Grace a la línea desde el fondo.

—¡Sí! —Nelly está de acuerdo con ella—. ¡Cuéntame! ¿Cómo te fue?

Suspiro con fuerza.

—Salió horrible. Como siempre que intentan emparejarme con alguien.

—Auch.

—Lástima.

—¿Estás segura? ¿Qué ha pasado?

Ah, sí. Ellas dos. Un equipo único.

—Sí, estoy segura —respondo—. Y para que conste, esta fue la última vez que me involucré en uno de tus locos planes para supuestamente conocer a mi Príncipe Azul.

—¡No digas eso, Audrey! —suplica Nelly—. No hemos hecho más que empezar.

—No —aclaro—. Ya es suficiente. No necesito aumentar mi felicidad lo suficiente como para hacer esto ni un segundo más.

—Pero cariño... —se limita a decir Grace.

—Primero me arrastras a una fiesta de solteros en contra de mi conocimiento, luego me presentas a un colega tuyo que tiene más o menos mi edad, uno tras otro, pero que por lo demás no coincide conmigo en absoluto, incluso algunos de ellos ni siquiera son heterosexuales, ¡y ahora esto! La cita a ciegas fue un fracaso total, como todas tus ideas anteriores.

—¿De verdad totalmente? —quiere saber.

—Una estrella porno que además es adicto al sexo —es todo lo que digo.

Se hace el silencio.

—¡Una estrella del porno! —repito, horrorizada— ¡Adicto al sexo!

A través del retrovisor, noto la mirada de un taxista con la oreja brillante sobre mí. Le sonrío tímidamente.

—Al menos conoces a gente interesante —intenta Nelly con toda seriedad para hacer la velada algo más llevadera.

—No. Eso es todo. Realmente no necesito tanto encontrar a mi Príncipe Azul. Sé que sólo tienes buenas intenciones, pero el universo obviamente me está diciendo que confíe en mi destino. Él me encontrará cuando llegue el momento. Sin que yo tenga que forzar nada. Y ustedes desde luego no tienen que hacerlo. ¿Trato hecho?

Vuelven a estar en silencio, y este silencio no me gusta nada.

—¿Trato hecho? —tengo que insistir.

—Muy bien, entonces. Como quieras.

—De acuerdo.

—Bien —respondo, aunque con una buena dosis de desconfianza—. ¿De verdad? ¿No van a hacer más intentos de emparejarme?

Una vez más, pasa un tiempo antes de que reaccione.

—Por supuesto —escucho entonces de Grace—. Como dijiste, sólo teníamos buenas intenciones porque eres nuestra mejor amiga, pero por eso tu deseo es nuestra orden.

Nelly está de acuerdo con ella.

—No más intentos de emparejamiento. A partir de ahora.

—Exactamente.

—Sí.

—A partir de ahora.

—Bien.

¿Por qué lo dicen por turnos y parece como si tuvieran que abstenerse de reírse?

Lo de estas dos es un auténtico asunto de ratones. Desde que se enteraron de que Bettina y Will, a quienes los presentaron un día, se van a casar, se han sentido llamadas a encontrarle el amor a todo el mundo. Y, por supuesto, la mayor parte de su atención se centra en mí, su mejor amiga, que estoy soltera. Por desgracia, esto sólo me ha traído problemas hasta ahora.

—Nelly, Grace —las amonesto.

—¡Lo entendimos! — dicen sincronizadas.

Respiro hondo.

—Eso espero, pero... gracias por intentarlo.

—Siempre un placer, cariño.

—Está Bien. —Me froto los ojos y espero con impaciencia un baño caliente y relajante en mi piso—. Tengo que colgar. Hablamos pronto.

—Por supuesto que sí.

De nuevo, me hace escéptica que parezcan tan divertidas.

¿Acaso acabo de molestarlas teniendo sexo?

Pero desde que decidieron probar la inseminación artificial con Grace, en realidad querían mantener sus manos alejadas de ellas por el momento como algo puramente mental, creo. Bueno, lo que las dos realmente querían hacer o no hacer...

Con esto, me despido de mis dos mejores amigas, que son pareja desde hace tiempo, y cuelgo.

Sólo tienen buenas intenciones, me repito, porque estás a punto de cumplir treinta años y tus dos últimas relaciones han resultado ser un absoluto desastre. Uno decidió que prefería dedicarse a tiempo completo a su carrera de abogado, y el otro te engañó con su hermanastra y, cuando lo descubriste, incluso te propuso hacer un trío.

—Parece que has tenido una noche dura —me dice de repente el conductor.

Vuelvo a mirarle a los ojos por el retrovisor y aprieto ligeramente los labios.

—Podría decirse que sí.

En lugar de hacer un comentario estúpido sobre lo que debe de haber oído de mi llamada telefónica, pone cara de amigo.

—Anímese, señora, estará bien. No es para tanto.

Asiento agradecida y le devuelvo la sonrisa.

Ahí está otra vez “señora”, supongo que tendré que acostumbrarme.

Pero tiene razón, tengo 29 años y aún no he encontrado al hombre de mis sueños. Afortunadamente, en los tiempos que estamos, eso no es tan malo. Esperemos que Nelly y Grace también se hayan dado cuenta.

Capítulo 2

Audrey

—Y por eso nos entristece dejarla marchar, señorita Bryce —así concluye mi antiguo supervisor Kyle Scott su breve discurso con motivo de mi último día en su departamento—. Su creatividad e ingenio se echarán mucho de menos aquí en West & Partners.

Lo dijo muy bien. También me conmovieron los gestos de aprobación de los demás colegas.

Levanta su copa de champán e invita a todos los presentes a brindar.

—Por la Sra. Bryce. Que tenga al menos la mitad de suerte con su nuevo jefe que conmigo. —
Guiña un ojo.

Todos se ríen, incluida yo.

—¡Por la Sra. Bryce! —canta el coro.

Las copas de champán se disparan, a veces chocando entre sí.

Yo también brindo por la gente y bebo un sorbo, dejando que el vino espumoso se derrita en mi lengua.

Todas las miradas se vuelven automáticamente hacia mí.

—Muchas gracias, Sr. Scott, y gracias a todos. A veces uno siente que ha llegado el momento de cambiar. Para mí, ese momento ha llegado, pero quiero que sepan que también me iré de West & Partners con lágrimas en los ojos. Desde que me licencié, esta agencia de publicidad ha sido para mí como un segundo hogar y una segunda familia.

La gente vuelve a asentir.

—Y eso no me lo hace fácil y espero que sigamos en contacto. Gracias por unos años maravillosos y... ¡por el futuro!

Volvemos a brindar.

—¡Por el futuro!

Una vez más, cada uno da un sorbo a su vaso.

—¿Corto yo el pastel o quieres hacerlo tú? —me pregunta Karen.

—No, puedes hacerlo tú. No me importa quedarme sentada en mi último día aquí.

Se ríe.

—Buena decisión. —Coge el cuchillo y empieza a cortar el pastel de chocolate que he pedido para hoy.

Instintivamente, mi mirada se desvía hacia la silla donde solía sentarme. Verla vacía me hace suspirar. Dejar un trabajo seguro para ampliar mis horizontes me parece correcto, emocionante, extraño, necesario y equivocado al mismo tiempo. Una mezcla extraña, pero hasta el final confié en mi instinto y me mantuve firme en mi decisión.

Hasta la vista, silla... Que a partir de ahora prestes fiel servicio a otro empleado.

Kyle se me acerca.

—Lo decía en serio, por cierto —dice con una sonrisa—. Un buen jefe es la mitad de la batalla para una vida laboral feliz.

—Absolutamente —le doy la razón alegremente—. Cuanto mejor te lleves con tu jefe, más energía tendrás para todo lo demás.

—¿Y ya sabes algo sobre tu nuevo jefe en Donovan?

—Sí, mi futuro jefe de departamento estuvo presente en las conversaciones que querían tener conmigo. El Sr. Rodríguez parece estar bien.

—Puede que él sea su nuevo supervisor directo, pero tu nuevo jefe será el propio Sr. Donovan. No por nada se llama Donovan Marketing. Sin embargo, es un hombre tan ocupado y dirige tantas empresas diferentes que probablemente te encontrarás con él menos de lo que te encontrabas con la propietaria de nuestra empresa, la señora Stewart.

Asiento sin decir palabra y me pregunto a dónde quiere llegar.

Kyle mira furtivamente a su alrededor y luego se acerca.

—Sabes, no quiero presumir, pero he conocido al señor Donovan en persona y he charlado con él.

—¿Sí? —pregunto.

Asiente y vuelve a sonreír.

—La Sra. Stewart me llevó una vez a un evento exclusivo. Una exclusiva gala, ¿sabes? No todo el mundo entra.

Entendí. Kyle está ocupado elogiándose a sí mismo.

—Todo el mundo que es alguien en la industria de la publicidad estaba allí. Sólo el menú de seis platos debió de costar una fortuna.

—¿Cuál era el motivo de la gala?

—Oh... —hace una pausa—. El Premio Efecto, como sea.

Está claro por qué Kyle prefiere no hablar más del premio. Todos los años se presenta al premio con nuestra campaña actual, pero es en vano. Ni siquiera nos han nominado. La competencia es demasiado fuerte, sólo aquí en Seattle. En cambio, Donovan Marketing, a donde me traslado, ya ha ganado dos veces uno de los codiciados premios. Esta agencia de publicidad forma parte de un grupo, pero incluso aparte de eso es mucho más grande que West & Partners. Si eso no supone un soplo de aire fresco en mi vida profesional, no sé qué lo será. Todavía me parece un sueño que aceptaran mi candidatura. En cualquier caso, a partir de hoy ya no podré decir “nosotros” cuando hable de West & Partners. Sólo eso ya será un cambio para mí.

—El marido de la señora Stewart no pudo asistir, así que bailé con ella en la gala —continúa Kyle su autoelogio—, y ella mencionó más de una vez después lo bien que bailo. Y eso que no

había practicado nada.

—Genial —digo y me obligo a sonreír.

Oh cielos...

Sí, Kyle era realmente genial como supervisor. Si al menos no estuviera tan obsesionado con quedar bien. No puedo decir si rebosa confianza en sí mismo o si es la persona más insegura que he conocido. Pero como es un jefe de departamento pasable, supongo que es lo primero.

—La prensa no se cansaba de hacerme fotos —prosigue.

Para variar, ¿no se trataba sobre mí este día tan especial, al menos un poco? pienso para mis adentros. Al menos eso es lo que podría haber pensado por un momento durante su discurso.

—Realmente me sentí como una celebridad.

¡Cambio de tema, por favor!

—Entonces, ¿cómo es él? —lo interrumpo.

Kyle tropieza.

—¿Quién?

—El Sr. Donovan. El jefe del jefe de mi nuevo jefe. Acabas de decir que lo conociste en la gala.

—¡Ah, sí! Bueno, Alexander es básicamente como cualquier otro empresario.

¿Alexander?

¿De verdad se ofreció el Sr. Donovan a llamarle así?

En contraste con Kyle, el Sr. Donovan podría describirse mucho más como una celebridad.

Es posible que Kyle sólo esté tratando de presumir.

Por otro lado... he escuchado que sí es cierto que el Sr. Donovan se comporta como todo el mundo, es bastante concebible que todo el mundo le tutee...

Bueno, no importa.

¡Concéntrate en Kyle!

—Alexander me pidió consejo, ¿comprendes? —es lo primero que vuelvo a escuchar conscientemente.

Parpadeo varias veces.

—¿En serio? —No tengo ni idea de qué va esto, pero empieza a parecerme poco realista—. ¿El Sr. Donovan le pidió ayuda?

—Literalmente me forzó, no te puedes imaginar. Bueno, Srta. Bryce, usted sabrá lo que hace cuando se cambie a este tipo de todas las personas. —Kyle se ríe.

De nuevo sonrío y asiento con la cabeza.

Kyle ve a alguien detrás de mí.

—¡Oh, Sra. Stevens! —Me rodea y me deja allí de pie—. Antes de que desaparezcas el fin de semana, tenemos que volver a hablar de tu mensaje.

Levanto las cejas.

—Es y sigue siendo una marca por derecho propio, ¿no? —dice una voz masculina grave.

Me doy la vuelta y veo a Matthew, una de las pocas personas a las que llamo por su nombre de pila, después de que haya insistido una y otra vez.

—Sí, Sr. Scott, no habrá una segunda vez.

—Y eso es bueno —responde Matthew secamente, brindando por mí.

Me río.

—¡Por supuesto! —Luego vuelvo a ponerme más serio—. Pero como jefe de departamento, está bien.

—Sí. Las vacaciones navideñas casi siempre salen adelante, de vez en cuando hay tarta... — señala la tarta de chocolate que Karen sigue repartiendo—. ¿Qué más se puede pedir?

—¡Eso es! Vacaciones y tarta, la felicidad de todo empleado.

—Eso, y quizá por fin un café mejor —dice Matthew.

—Oh, sí, deberías sugerirlo.

—¿Así que el mal café te alejó de West & Partners? —bromea.

—Uno pensaría que sí, con lo malo que es.

—Entonces he encontrado al culpable. —Me mira a los ojos con urgencia—. No más café para mí.

Oh Matthew...

¿Tienes que volver a decir algo así?

Me aclaro la garganta nerviosamente.

—No seas tan duro con el café. No es culpa suya que aún no haya conseguido desenvolverse bien entre estas paredes.

—Bien, le daré otra oportunidad —Se acerca—. Pero sólo porque sé que realmente te vas por una razón diferente.

—Porque necesito cambiar de aires —aclaro—. No me parece bien haber visto sólo el interior de una empresa toda tu vida. Al menos no para mí.

—¿Y esa es realmente la única razón? —quiere saber.

Creo que sé a qué se refiere.

Se refiere a él.

—Sí, Matthew. No hay otra razón.

El hecho de que saliéramos juntos y lamentablemente tuviera que darme cuenta de que, aunque eres un gran tipo, simplemente no había chispa en mi corazón no tiene nada que ver con mi despido.

No podemos controlar de quién nos enamoramos. Y prefiero quedarme soltera a fingir ante mí misma o ante la otra persona que hay sentimientos de por medio. Después de todo, no estoy tan

desesperada. Aunque a Nelly y a Grace les costó un tiempo entenderlo, lo que al principio provocó todos sus intentos de tenderme una trampa.

Pero lo aceptaste enseguida, Matthew.

O al menos, lo has estado intentando desde entonces.

Fue entonces cuando me di cuenta del riesgo que se corre al involucrarse con un colega cercano. Podría haber salido mal de muchas maneras. Por ejemplo, si Matthew se hubiera ofendido por el hecho de que, después de todo, yo no pudiera imaginar nada más que una amistad.

Pero no lo hiciste. Lo soportaste y seguiste siendo un gran colega para mí después. El mejor, de hecho.

La mujer que esté contigo un día puede considerarse afortunada. Extremadamente afortunada.

—Entiendo, entonces... —Parece casi triste—. Te deseo todo lo mejor para ti, Audrey.

¡Caramba!

Cuánto me gustaría abrazarle ahora. Sólo para despedirme.

Y cómo me gustaría sugerir que continuáramos viéndonos regularmente. Simplemente como amigos.

Pero será mejor que no haga ninguna de las dos cosas.

Al menos no mientras siga dando la impresión de que le gustaría tener algo más.

Así que mantengo las distancias.

—Gracias, Matthew. Te deseo lo mejor.

Le deseo lo mejor.

Todo lo mejor para mí también, espero.

Por eso doy este paso.

Es hora de decir adiós. Es hora de decir adiós.

Y saludar a un nuevo capítulo de mi vida.

Bueno...

Hola.

—¡Salud! —digo, chocando mi copa de cóctel contra las de Grace y Nelly, que están sentadas frente a mí.

—¡Por tu nuevo trabajo!

—Sí, por ti, Audrey.

—Y brindo por una nueva era —digo, mirando por la ventana un momento para disfrutar de la fantástica vista de Seattle de noche desde el restaurante aquí en la torre de observación *Space*

Needle—. Porque he decidido que una nueva era ha comenzado para mí.

—Exactamente, con tu nuevo trabajo —dice Grace.

—No sólo eso.

Me miran interrogantes.

—No tendré cabeza para los hombres en un futuro próximo, eso es un hecho.

—¿Qué? —dicen asombradas.

—Primero tengo que demostrarles lo que valgo en Donovan Marketing —digo—. Son mucho más grandes y estrictos que mi antigua empresa. Eso requerirá toda mi atención en las próximas semanas y meses.

—¿Todo ese tiempo?

—¿Durante meses?

Suspiro.

—Ahora que hemos acordado que no intentarán juntarme con nadie de todos modos no importa, ¿verdad?

—Nunca seremos indiferentes a tu felicidad en el amor, Audrey, eres demasiado importante para nosotras para eso —responde Nelly, antes de tomar un sorbo a su bebida.

—Mi “felicidad en el amor” —cito—, dejémosla en manos del destino en el futuro y dediquémonos a otras cosas.

—Sí porque eso ha funcionado muy bien en el pasado —murmura Grace irónicamente.

—Sí, igual que todas tus acciones —respondo con firmeza.

Con el silencio que luego permiten que prevalezca, inevitablemente me dan la razón.

—¿Y? —pregunto—. ¿Cuándo es la próxima cita? Para la inseminación artificial, por supuesto.

Grace y Nelly intercambian una mirada preocupada antes de volver a mirarme, ambas abren la boca, pero no dicen nada.

—Oh Dios... ¿Qué está pasando? —¿Ya está embarazada, Grace? No, la mirada en sus caras es demasiado preocupada para eso. Demasiado preocupadas. ¡Ayuda, díganme!—. Sáquenlo, ¿qué pasa?

—Audrey... —Ahora Nelly incluso pone su mano sobre la mía.

—¿Ujum? —Super impaciente, dejo que mi mirada oscile entre los dos—. ¿Sí?

—Escucha, respetamos tu deseo de que no te presentemos a más hombres —sigue murmurando.

Oh no, ¿sigue el tema?

—Y no haremos nada más en el futuro, lo prometo.

Aprieto la boca.

—¿Pero? —sospecho con maldad.

Grace se hace cargo de la confesión, lo que hace que Nelly le aparte suavemente la mano.

—Pero ya pusimos algo en marcha antes de que nos prohibieras ayudarte.

—No quiero prohibirte nada y también me doy cuenta de que sólo intentabas ayudarme...
espera, ¿qué acabas de decir?

Avergonzadas, se ríen.

Mis ojos se abren de par en par.

—Grace. Nelly. —Agarro la pajita de Nelly y la sostengo como si la estuviera amenazando con ella—. ¿Qué han hecho?

Capítulo 3

Alexander

—¡Maldita sea, Alex! —me gruñe Patrick.

Sacudiendo la cabeza, sigo mirando a través del cristal oscurecido de la ventana, tras el cual pasa el Seattle vespertino.

—¡Realmente he tenido suficiente de ti! —continúa

—Ella también dijo eso —murmuro.

—¿Qué? —pregunta. Cuando se da cuenta de lo que quiero decir, suspira por enésima vez y se frota los ojos—. Oh, hombre...

Will se inclina hacia nosotros, riendo. Hace un momento estaba hablando con los que estaban sentados con nosotros en esta limusina negra como el carbón.

—¿Qué está pasando? ¿De qué hablan?

—Todavía sobre el mismo tema —dice Patrick contrito.

—¿En serio? —dice Will.

—¡Hoy es mi despedida de soltero! —sigue quejándose Patrick ante mí.

—Lo siento —respondo—, sólo me preguntaba...

—No. —Me mira con urgencia—. No más preguntas, no más pensar ni nada. Como el novio, te lo ordeno.

Subo la comisura de los labios, sin apenas darme cuenta.

—Bueno Alex, ¿qué se siente que alguien más te dé ordenes? —Divertido, Will se ríe y me da un puñetazo en el hombro—. ¿Crees que puedes soportarlo?

—Por supuesto —digo, e intento reprimir el impulso de seguir hablando sobre eso. En vano—. Pero dime una cosa, ¿qué demonios quiso decir cuando me dijo eso?

Patrick gime de fastidio.

—Lo sabía. No puede dejarlo pasar. Ni siquiera por una noche. Ni siquiera esta noche.

Will se ríe de nuevo.

—¡Eres muy gracioso, Alex! No me sorprende que la gente no pueda decirte lo que tienes que hacer, ni siquiera cuando celebras tu despedida de soltero como Patrick hoy. Espero que ocurra lo mismo cuando me dejen celebrar mi último día de libertad antes de pertenecer oficialmente a Bettina para siempre. ¿Pero por qué estás tan preocupado con esta chica? Ese no suele ser tu estilo.

—De eso se trata exactamente —respondo, sin ganas aún de tragarme el whisky que Will me ha puesto en la mano hace unos minutos—. Ella está en mi mente. Ella... y lo que me lanzó. ¿No refuta eso por sí solo su tesis?

Will se encoge de hombros.

—Ahí lo tienes. ¿Y por qué sigues dándole vueltas?

—¡En mi despedida de soltero! —Patrick siente la necesidad de reprochármelo de nuevo.

—Lo siento —vuelvo a decir y miro a los dos por turnos—, pero eso realmente me deprimió.

Los demás pasajeros no se dan cuenta de mi melancolía y hablan alegremente de otra cosa.

Las cejas de Patrick, en cambio, se disparan.

—¿Que te acusó de superficial porque no quisiste saber nada más de ella después de su aventura de una noche?

—Nunca le prometí nada más que eso —le digo—. Nunca le hice creer que volveríamos a vernos después de aquella noche, ni que hubiera sentimientos de por medio.

—Oye, no tienes que defenderte ante nosotros —dice Will—. Claro, Patrick y yo tenemos relaciones comprometidas, pero cada uno puede decidir por sí mismo cómo quiere llevarlo. Puedes hacer lo que quieras. Especialmente alguien como tú. Y normalmente tú también lo sabes. No tienes que responder ante nadie de cómo organizas tu vida privada en relación con las mujeres. Ni siquiera de esta chica.

—Ella tiene un nombre —respondo bruscamente—: Tina.

—¿Y qué? ¿Desde cuándo te interesan de repente esos detalles?

—Desde que esa chica, Tina, lo llamó superficial y él no puede lidiar con eso, por la razón que sea —responde Patrick por mí—. ¿A dónde vamos ahora?

—Eso sigue siendo una sorpresa —le dice Will y continúa observándome—. Escucha, Alex. Hay locas a la vuelta de cada esquina que no saben distinguir entre el amor y el sexo. Pero ese no es tu problema, ¿entiendes?

Asiento con recato.

—Así que no dejes que te estropee el humor. Y menos en una noche tan importante. ¡Por Dios, nuestro Patrick se casa mañana!

—¡Sí! —se oye rugir desde la otra esquina y todos chocan las copas.

Todos menos yo.

Mierda.

Nunca olvidaré la mirada que me echó Tina cuando me ofrecí a llevarla a casa después de nuestra noche juntos.

Pero lo que más me sorprendió fue lo que me dijo.

Superficial.

Así me llamaba.

Y, por desgracia, Patrick tiene razón. Por alguna razón, no puedo soportarlo.

Me han llamado bastantes cosas: obsesionado por el trabajo, enfocado a mi carrera, serio, cool, intimidante.

¿Pero superficial?

No que yo sepa.

No importa si no recuerdo que me hayan llamado así en el pasado.

El caso es que cuando Tina me miró decepcionada y me llamó superficial, sentí una desagradable punzada en el pecho.

Eso fue hace tres días.

Y esta experiencia sigue dominando mis pensamientos.

—¿Verdad, Alex? —pregunta Will—. Estás ahí, ¿verdad?

—¿Qué? Disculpa, ¿qué quieres decir?

Antes de que pueda replicar, Patrick se inclina hacia delante y me mira profundamente a los ojos.

—Alex.

—Patrick.

—¿Vas a estar con este humor toda la noche no?

Aprieto los labios.

Escucho, exige Patrick, sin utilizar palabras.

Joder, no puedo evitarlo porque me cabrea. No sé por qué precisamente ahora. Tal vez he llegado a un punto en mi vida en el que es hora de un cambio. De la forma que sea. ¡Mierda, no me deja ir!

—¿Pero por qué soy superficial al respecto?

—¡Eh, no me lo puedo creer! —refunfuña Patrick y se tira hacia atrás en el oscuro asiento del banco.

—Vaya, Alex, eres superficial con las mujeres, ¿y qué? —Will también está molesto—. Puedes salirte con la tuya, todo está bien.

—Pero no quiero ser superficial —gruño.

—Entonces ya déjalo —sisea Will—. Y deja de dejar que una tonta te haga sentir inseguro. No puedes ver la tragedia.

Me encojo de hombros en respuesta.

—¿Pero esa indiferencia no me haría más superficial?

—¡Ya he tenido suficiente! —dice Patrick—. Will, eres mi padrino, ¡haz algo!

—De acuerdo —dice—. El deseo del novio es mi orden. Alex, has tenido tu día.

—¿Qué?

—La despedida de soltero ha terminado para ti. Antes de que la arruines por completo.

—Pero...

—Conductor, a Lakewood por favor —dice Will antes de volver su atención hacia mí—. Un amigo me habló de un club allí.

Arrugo la frente.

—¿Un club?

—Ahí es donde te llevamos ahora, así no nos arrastrarás con tu repentino viaje de autodescubrimiento y podrás mostrar al mundo si eres superficial o no.

—¿En un club? —repito, lleno de escepticismo.

—¿Qué piensas de mí, Alex? —Me da otra palmada en la espalda—. Este no es un club cualquiera.

—¿Qué significa eso?

—Ya verás.

—No me interesa —le digo.

—Sí, sí —dice Will, poco impresionado—. Proponle matrimonio a una mujer, entonces podrás decidir por encima de Patrick, de mí y de los demás en *tu* despedida de soltero. De lo contrario, no, no somos uno de tus muchos empleados y no tienes nada que decir esta noche de todos modos.

—¡Mis palabras! —dice Patrick y brinda por nosotros, dejando derramar una cantidad considerable de su caro whisky por el vaso—. Refréscate, Alex, quizá puedas volver a unirse a nosotros más tarde. ¿Adónde vamos ahora?

—¡Esto es una sorpresa! —le recuerda Will—. Así que, primero al club, luego a la siguiente estación real. Y eso sigue siendo una sorpresa para el novio. ¡Dejaremos a Alex primero!

—¡No puede ser!

—Oh, sí.

—No.

—Alex...

—Puedes olvidarlo. ¡Qué idea más tonta!

¡Un club! ¿Cuántos años tenemos, 21 otra vez?

Puede que esté fuera de juego en este momento por alguna razón, ¡pero no me van a mandar a un club ahora!

¿Qué se supone que debo hacer? ¿Escoger a la primera chica que vea? ¿Apenas unos días después de que Tina me acusó de ser superficial, cosa que simplemente no puedo olvidar?

Sí, estupendo.

Eso me ayudaría, por supuesto.

—Están locos —es todo lo que se me ocurre.

Desgraciadamente, los dos se me echan encima con sus miradas.

—Eso es lo que dice el hombre correcto.

Increíble. ¡No! ¡Esto es demasiado!

Los cabrones me tiraron de la limusina en medio de Lakewood y huyeron.

¡Increíble!

¡Si puedo hacerme con ellos!

Furioso, saco el celular del bolsillo de mi traje negro y llamo a mi chófer para que me recoja, esté donde esté.

Miro a mi alrededor y quiero buscar la señal de la siguiente calle cuando veo el logotipo del club.

Seducción, está escrito allí en letras nobles y sin luz. *Seducción*.

Mierda, ¿me dejó Will delante de un burdel?

Puedo notar algo cuando...

—Buenas noches, señor —me saluda una mujer que estimo de unos cuarenta años y se me acerca desde la entrada del club—. ¿Le gustaría acompañarnos?

—No —sale disparado de mí inmediatamente.

Sonríe.

—Perdone que me dirija a usted así. Es que siempre tenemos invitados que no saben qué esperar de nosotros.

—Ya veo. Yo, en cambio, no la esperaba a usted.

—¿Qué quiere decir? —quiere saber.

—Ni idea. Mi experiencia en un establecimiento como el suyo es más que limitada, pero habría supuesto que se necesitaría un portero varón.

—Pero son sobre todo las mujeres las que se llegan a sentir inseguras —responde— aunque reserven una habitación con nosotros de antemano y realmente quieran hacerlo.

—No me digas —suelto—. Entonces supongo que este club no es como los demás.

Se ríe.

—Disculpe, señor, pero ¿a qué clase de club cree que pertenecemos?

—Bueno, esto es... —¿De verdad debería decirlo?—. Eh...

—No encontrará otra tienda como *Seducción* en ningún lugar del mundo.

Eso es probablemente lo que afirman todos los burdeles, se me ocurre, pero sigue con tu marketing. Mis empresas no hacen otra cosa.

La mujer fija la vista en mi abrigo.

—Parece que encaja perfectamente con nuestra clientela, señor.

—¿Eso es un cumplido o un insulto? —no puedo evitar preguntar.

Suspira.

—Discúlpeme, por favor. —Levantó la mano a la defensiva—. De nuevo, no quise decir eso

como un insulto. Es sólo que... normalmente no utilizo esos servicios. No, de verdad que no.

—Una vez más, señor, no parece que haya reservado una de nuestras habitaciones, pero tengo la impresión de que no entiende muy bien qué tipo de servicio ofrece nuestro hotel.

—¿Ah, no? —Me frotó la barbilla y me paso los dedos por la barba bien cuidada—. Sabes, tengo una imaginación bastante vívida, pero... —Levanto el dedo—. Un momento. —En lugar de llamar finalmente a mi chófer para que venga a recogerme, busco a la página web del club.

Y leo.

Y frunzo el ceño de nuevo.

—¿Citas a ciegas? —vuelvo a mirar a la mujer.

Acaba de conceder la entrada a dos jóvenes, que ríen animadamente y visten con normalidad, y les desea mucha diversión.

—¿Qué clase de sitio es este? —Ahora quiero saberlo aún más—. ¿Algún tipo de restaurante para solteros?

—Algo así. Sólo que sin restaurante.

—¿Y qué tienes tú en su lugar? —me río—. ¿Habitaciones vacías?

La mujer permanece seria.

—Sí, señor.

Desconcertado, vuelvo a mirar el móvil y pincho en las subcategorías de la página web.

Así que es así. En este club, quedas con un desconocido y hablas con él sin poder verse. Porque ambos tenéis los ojos vendados de antemano. Literalmente una *cita a ciegas*. Por eso no se sirve comida. Como mucho una copa, si quieres.

—¿Le gustaría probarlo?

—¿Qué? —la miro de nuevo—. Eres buena, lo reconozco. Pero no.

—No debería perder la oportunidad de la cita perfecta, señor.

—¿Sin cita? —señalo, suponiendo que así se solucionará el asunto de todos modos—. Quiero decir, seguro que necesitas algunos detalles míos y algo de tiempo para elegir a la chica adecuada para mi supuesta cita a ciegas.

—Normalmente sí, pero siempre hay clientes sin cita previa en los que utilizamos nuestra experiencia para evaluar espontáneamente quién puede ser la mejor pareja para quién. Y resulta que conozco a la pareja perfecta para usted. Una candidata que también nos encontró con poca antelación y que, al igual que usted, intentó convencerme de que en realidad no quería estar aquí.

—Tal vez ella realmente no quiere —digo.

—Sí, señor, ya está dentro esperándolo.

—¿A mí?

—Por el compañero perfecto. Ella está a punto de ser asignada a otra persona, pero si se da prisa...

—¡Bien hecho, eres muy buena! —admito—. ¿Has estudiado marketing? Al menos has recibido formación sobre cómo atraer a nuevos clientes, ¿no?

—¿Se siente atraído, señor? Entonces es obvio que quiere unirse a nuestro club.

Vaya, es testaruda.

Pero tiene razón.

Nadie me obliga a hablar con ella. Y, sin embargo, he estado aquí de pie durante minutos haciendo precisamente eso.

—Al parecer, el destino lo ha traído aquí —se esfuerza aún más—, para la cita más profunda de tu vida.

—No fue el destino, fueron mis estúpidos amigos que pensaron que sería divertido si... —hago una pausa—. ¿Qué acabas de decir?

—Oh, ¿quiere decir sobre su destino?

Doy dos pasos hacia ella. Dos pequeños pasos.

—No, lo otro. ¿Una... cita profunda?

—Por supuesto, señor. ¿Dónde mejor para involucrarse con el carácter de otra persona que aquí con nosotros, sin vista? Tanto si lo ve como algo emocionante o como una experiencia profunda, aquí podemos ofrecerle ambas cosas.

Maldita sea, podría tener razón en eso por una vez.

Una cita profunda.

Nada podría ayudarme más a superar por fin la acusación de que soy superficial.

¿Por eso Will me echó de aquí?

Entonces el perro me entiende mejor de lo que supuse, incluso cuando estoy borracho.

—Está dudando, señor. Eso me lo dice todo. Eso es exactamente por lo que estoy aquí. Para ayudar.

Nuestros ojos vuelven a encontrarse.

—Para ayudarlo —añade.

Tengo que tragar.

—¿Por qué no lo intenta? Quizá la mujer de sus sueños lo esté esperando aquí.

Lo dudo mucho, pero si pudiera mantener una conversación profunda con esta mujer sin acostarme con ella... Entonces quizá podría olvidar por fin las palabras de Tina, como correspondería.

—Vamos, señor, inténtelo —y entonces dice algo que también se me pasa por la cabeza en ese momento—. ¿Qué podría perder?

Capítulo 4

Audrey

Todavía no me puedo creer que esté aquí de verdad. Este club realmente supera todo lo que Grace y Nelly han organizado hasta ahora para juntarme con alguien. Y de hecho acordamos que por fin dejarían de hacerlo.

Y sin embargo aquí estoy, en un misterioso club llamado *Sedución*.

¡No quiero que me emparejen ni que me seduzcan!

¿Por qué me he dejado convencer de nuevo por estas dos locas?

No es un burdel ni un club de intercambio de parejas, me aseguraron. En lugar de eso, tienes una cita a ciegas. Como las citas rápidas, pero mejor.

Sí, claro.

Esto va a ser un desastre como el restaurante del otro día.

Pero entonces las dos me presionaron.

Ya hemos reservado una habitación para ti y hemos pagado el precio por adelantado, dijeron o al menos eso es lo que afirmaron, no es posible un reembolso. Y ya sabes lo mucho que cuenta cada centavo para nosotras en este momento, ya que estamos intentando hacer lo de la inseminación artificial.

Entonces me haré cargo del alquiler de la habitación, sugerí.

Pero no podían contentarse con eso. ¿Cómo puedes despreciar así el regalo que les hemos hecho? ¡Disfrútalo, por favor, es el último!

No sé cuánto tiempo discutí esto con ellas.

Debe haber sido mucho tiempo, porque ahora estoy aquí.

En un club donde las paredes son de satén y terciopelo negro. En el que sólo hay unas pocas tiras de luz iluminadas indirectamente. Con música sensual sonando en el vestíbulo. Con muchas salas individuales desde las que el ruido de fondo de diversas conversaciones penetra silenciosamente en el vestíbulo.

—Una vez más, señorita B —me dice el joven de recepción mientras me acompaña a mi habitación—. Como le he dicho, a partir de ahora no la llamaremos por su apellido completo, ya que puede decidir por sí misma si desea o no revelar su identidad a su compañero durante la conversación.

—Mi compañero... —repito, sonriendo inseguro.

—Su compañero de diálogo, sí. Y, por favor, no olvide que hay un pequeño botón en la venda que le van a poner. En cuanto lo pulses, alguien entrará inmediatamente en la sala y pondrá fin a la conversación, después la sacarán de la sala sin que la otra persona pueda seguirla. Ya se lo

habré explicado. Como he dicho, por si acaso. ¿Lo ha entendido, señorita B?

Me lleva hacia una habitación vacía y oscura y yo lo sigo.

—Eh, quieres decir... ¿en caso de que el tipo... me toque?

—Somos una casa moral, Sra. B., y los hombres que utilizan nuestro servicio también lo saben. Para ser honesto, nuestro alquiler de habitaciones es demasiado caro para cualquier otra cosa de todos modos, hay una razón para ello. Cada cliente se registra con nosotros junto con su dirección completa y se comprueba con su DNI antes de permitirle acudir a su cita a ciegas.

—Eso no es una respuesta a mi pregunta —señalo, aunque en el segundo siguiente recuerdo lo bulliciosas que habían sonado las conversaciones en las otras habitaciones cuando yo aún estaba en el vestíbulo.

—El botón de emergencia es puramente una medida de precaución y es por su seguridad, principalmente para que pueda sentirse completamente a gusto con nosotros. No vigilamos las habitaciones con cámaras de vídeo, ya que eso entorpecería una cita informal y las conversaciones íntimas. Por eso hemos pensado en el botón.

—Ya veo...

—Pero si la hace sentir mejor, sólo se utiliza en muy raras ocasiones. Y cuando se hace, suele ser porque el cliente quiere pedir algo de beber de esta forma cuando ningún camarero llama a la puerta y pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Bueno, okay. Sí, lo entiendo.

—Maravilloso. Así que aquí ves unos accesorios especiales donde puedes poner las gafas sin que se caigan fácilmente cuando las buscas sin vista.

—Inteligente.

—¿No es cierto? Y, por favor, memoriza dónde están colocadas las sillas y el sofá, por ejemplo, para que puedas volver a encontrarlos más tarde si no los ves.

—Buen consejo, gracias.

—¿Tienes alguna otra pregunta antes de que alguien te venda los ojos y te tome la primera orden de bebidas?

De repente, mi corazón vuelve a latir más deprisa al pensar en lo que está a punto de ocurrir. Ya tenía el pulso tan acelerado cuando me paré delante del club y dudé... hasta que una señora muy persistente me convenció de que realmente quería hacerlo.

¿Es eso lo que quiero?

Sí.

Así que...

Mientras mi seguridad esté garantizada, supongo que no tengo nada que perder.

No puede ser peor que con la estrella del porno.

Sin embargo, como todos sabemos, no hay que alabar el día antes de la noche.

¿A quién debo maldecir primero: a mis obstinadas amigas o la señora persuasiva?

De nuevo, las palabras de los tres resuenan en mi cabeza: *No tienes nada que perder*.

—¿Señora B.? —pregunta el joven, porque aún no he contestado.

—¿Sí?

—¿Tiene alguna pregunta más?

Respiro nerviosa.

—¿Puedes decirme algo sobre mi cita?

Se ríe.

—Créame, se divertirá más descubriéndolo por sí misma. Además... oh, acabo de ver en mi tableta que su pareja ha sido intercambiada de nuevo con poca antelación.

—¿Qué, de verdad?

—Sra. B., discúlpeme, pero debo volver al frente e informar al próximo invitado. Si es posible, los participantes no deben reunirse en el vestíbulo. Nuestra arquitectura, los diferentes horarios de llegada y el portero de fuera se encargan de ello.

—Em, no, sí, bueno, okay.

—Bien, disfrute de su estancia y déjese... seducir. —Sale corriendo de la habitación y me deja atrás.

Sola.

Todavía.

¿Qué acaba de decir? ¿Que debería dejarme *seducir*? Pero sólo se trata de hablar, ¿no? Sólo es una cita a ciegas.

Oh, probablemente era sólo una alusión al nombre del club.

Un truco de marketing.

De ahí su nombre de dudosa reputación. Seducción.

Seducción. Para llamar la atención. Sé todo sobre eso.

Una vez más, puedo sentir claramente los latidos de mi corazón e incluso creo que puedo oírlos. Hacía tiempo que no estaba tan nerviosa. Quizá tenga una mala premonición porque todas las últimas citas han sido fatales. O me está volviendo loca saber que estoy a punto de tener los ojos vendados y prácticamente indefensa. Presa fácil. Para quien sea.

Probablemente sean ambas cosas.

La mala premonición y lo de la presa indefensa.

Dios, estoy super nerviosa...

Me tiemblan ligeramente las manos de lo nerviosa que estoy. Camino inquieta arriba y abajo por la habitación, intentando distraerme mirando. Pero no hay mucho que ver. Además, esta habitación está tan oscura que la negrura se lo traga todo. Sólo una tenue luz me ilumina desde la

estrecha franja de luz de las paredes, de modo que apenas puedo distinguir mi contorno. No hay cuadros, flores ni otros adornos. ¿Qué sentido tiene? La mayoría de las veces no se ve nada.

Justo cuando este pensamiento cruza mi mente, una anciana entra en la oscura habitación.

—Así que, Sra. B, que empiece la diversión, ¿de acuerdo? —se ríe con su voz ahumada.

Levanto las comisuras de los labios con inseguridad.

—S...Sí...

Sin dudarle, se coloca detrás de mí y me pone una venda negra alrededor de los ojos por detrás, cerrándomelos.

Y con eso... estoy ciega a partir de ahora.

Completamente ciega.

Ya no puedo ver nada.

Absolutamente nada.

Sólo la negrura.

—¿Suficientemente firme? No querrá que resbale —se ríe de nuevo.

—Sí, no debería estar tan apretado.

—Pero tampoco tan suelto.

Asiento con la cabeza.

—¿Siente? —me coge la mano, que ya me hace estremecer, y la guía hasta la venda—. Ahí. Ese es el botón.

—Sí, puedo sentirlo. Gracias.

—Su compañero llegará pronto. Le vendaremos los ojos en otra habitación y lo traeremos aquí.

—De acuerdo.

—¿Qué le traigo de beber?

—Sólo agua al tiempo, si puedes.

—De acuerdo. —La oigo pasar a mi lado de nuevo y dirigirse a la salida—. ¡Diviértase! —Cierra la puerta.

—Gra... cias... —murmuro, al parecer demasiado tarde para que me oiga.

Oh cielos...

Así que ahora estoy solo en esta habitación oscura y ni siquiera puedo ver la tenue franja de luz o mi propio contorno.

Nada.

Realmente nada.

Ni siquiera me parece tan negro cuando cierro los ojos para dormir por la noche.

Pero eso puede deberse a la emoción.

La ligera presión que ejerce el vendaje sobre mi cara.

Y sabiendo que los tengo puestos.

Inhala. Exhala.

Mantén la calma. Disfruten del espectáculo.

Recuerda, no tienes nada que perder.

El botón es tu amigo.

Respiro de nuevo y me doy cuenta de que mi pulso se está calmando. El shock inicial ha pasado y poco a poco me voy acostumbrando a mi nueva situación. A no poder ver nada y a esperar a un extraño en una habitación desconocida. Al momento me doy cuenta de que oigo a dos personas hablando al lado. Sólo que, en voz muy baja y amortiguada, nunca podría entender lo que dicen y, sin embargo, les oigo. Porque aquí conmigo hay mucho silencio. Porque, en contraste con mi inquietud, ya no me atrevo a moverme. Y porque hace tiempo que me concentro en mis otros sentidos, de forma bastante automática. En lo que oigo. En si reconozco un determinado olor. Y en lo que siento cuando las yemas de mis dedos se rozan suavemente.

Vaya.

Sólo eso ya es una experiencia especial.

¿Cuándo se toma uno el tiempo en su vida cotidiana y tiene la oportunidad de ponerse consciente de esas cosas?

No muy frecuente.

Mi instinto me dice que este será el próximo fracaso.

Será mejor que me prepare para eso.

De lo contrario, volvería a decepcionarme y...

La puerta se abre de golpe. Vuelvo a estremecerme, esta vez con más fuerza. Presa del pánico, intento girarme en la dirección de donde procede el ruido. Me doy cuenta de que hace tiempo que perdí el norte y me alejé de la puerta. Ahora que oigo algo, puedo girarme de nuevo hacia ella.

Oigo pasos.

Alguien se acerca a la habitación.

Hay dos personas. Ahora puedo oírlo claramente.

Pero hasta ahora nadie ha dicho nada, ni siquiera yo.

Poco después, alguien vuelve a ir en la otra dirección.

Alguien vuelve a la salida y abandona la sala.

Lo siguiente que oigo es el sonido de una puerta al cerrarse.

Una persona se marchó sin decir palabra y cerró la puerta tras de sí.

La otra persona se quedó aquí.

Ahora estoy solo con esta persona en esta habitación en completa oscuridad.

Sigue sin decir nada y apenas se mueve.

Pero está aquí.

Puedo sentirlo.

Y si estoy muy atenta , también puedo oírlo.

Sí, está aquí.

Justo a mi lado.

Sólo nosotros dos.

Solos.

Capítulo 5

Alexander

Poco a poco me voy acostumbrando a no poder ver nada, ni siquiera cuando intento abrir los ojos. Al menos ahora no me parece tan molesto como hace unos minutos que todo lo que tengo delante permanezca negro como el carbón. Y yo mismo ya no me siento tan tonto, no como cuando una extraña mujer tuvo que tomarme de la mano y traerme hasta aquí porque yo no habría sido capaz de hacerlo por mí mismo. No, ahora entiendo cada vez mejor el concepto del club. Hay algo especial en que te obliguen a dedicarte a tus otros sentidos. Hace diez minutos, ni siquiera me había dado cuenta de cómo olía realmente a mi alrededor. No había ningún olor acre en el aire, pero ahora que ya no puedo ver nada, me doy cuenta de que parece que el club utiliza un spray especial para las habitaciones. Me llega a la nariz una nota muy ligera de madera de cedro y agujas de pino. Hay algo casi festivo, definitivamente agradable, y puede que me lo haya perdido con la vista. Sólo con esto me doy cuenta de que de repente veo el mundo con otros ojos... o quizá porque esta visión no tiene nada que ver con mis ojos.

Cuando llevo un rato sin moverme, vuelvo a hacerlo y camino con cuidado por la habitación. Sé que no estoy sola. Hay alguien aquí conmigo, en esta habitación. Una mujer que supuestamente ha corrido el mismo riesgo que yo. Con un escepticismo similar al mío, al menos eso dice el portero. Y la desconocida y yo tenemos otra cosa en común y es que al igual que yo, no ha dicho una sola palabra desde que llegué a esta habitación.

Sin embargo, estas no son las similitudes reales que importan, así que no debería sorprenderme si no hay nada más que nos conecte.

Permanezco inmóvil. Giro ligeramente la cabeza, primero a la izquierda y luego a la derecha. Aún no puedo olerla ni oírla, pero ya puedo sentir una cosa, su presencia.

¿Quién es ella? ¿Y por qué no dice nada? Al fin y al cabo, lleva aquí más tiempo que yo y puede que ya esté más aclimatada a la oscuridad absoluta que yo.

Sin más dilación, decido contener la respiración y escuchar con atención.

Es un hecho.

Si me concentro con atención, puedo oírla respirar.

—Hola —digo y me permito bombear aire en mis pulmones de nuevo.

Su respiración se hace más fuerte, tropezando consigo misma al principio.

—Hola —llega a mis oídos suave y puramente—. Yo... soy... —Se sienta.

—¿Sí?

—Disculpe, me pregunto qué demonios estoy haciendo aquí.

—¿Por qué? ¿qué estás haciendo?

Una vacilación.

—¿Hm? —vuelve a preguntar.

Me doy cuenta de que estoy levantando una comisura de los labios.

—Bueno, ¿estás bailando ahora mismo... o estás haciendo muecas?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Estaba pensando. Es lo primero que se te ocurre cuando te preguntas qué demonios haces aquí.

Ella también parece aflojarse y suena por un momento fugaz como si tuviera que reprimir una sonrisa.

—¿Pero no crees que lo oirías?

—No lo sé —respondo—. No si eres particularmente hábil haciéndolo en silencio.

—¿Quieres decir como... un ninja?

Tengo que sonreír.

—Ahora que lo dices pienso que sí, por ejemplo, un ninja.

También exhala y me parece que está teniendo el cine mental más divertido. No puedo evitar imaginarme a una mujer escabulléndose por la habitación como un ninja, aunque con vestido y tacones altos, lo que demuestra lo hábil que es. Lástima que no sepa qué cara imaginar.

—¿Sigues ahí? —me devuelve a la realidad y puedo volver a ver la oscuridad, literalmente.

—Sí. Acabas de tentarme para que te pregunte también a qué te dedicas ahora.

—Oh, bueno, sólo quería decir ¿por qué estoy aquí? Eso es lo que me pregunto otra vez.

Aunque ella no puede verlo, asiento con la cabeza.

—¿No quieres estar aquí?

—No lo sé. Mis amigas me metieron en esto.

Eso me suena familiar.

—Por otra parte, nadie me obligó, así que... oh, es simplemente extraño y todavía no puedo poner mi dedo en la llaga.

—Ya veo —me limito a responder.

—Quiero decir, ¿qué estamos haciendo aquí?

Llega al corazón de lo que probablemente sea la pregunta más importante sin sonar desesperada o intrusiva.

—¿Estás aquí porque buscas pareja?

Okay ... va al grano muy rápido.

—No. Y tú, ¿estás buscando pareja?

Ella también responde negativamente.

—No por el momento.

—¿De momento?

—Bueno, no quiero quedarme soltera para siempre. Sólo por ahora. ¿Entiendes?

—Sí. Supongo que sí. —*Muy bien.*

—Hasta que vuelva más paz a mi vida —murmura dulcemente y parece como si por fin se moviera un poco por la habitación y dejara colgar los brazos, aunque esto último podría haber sido pura imaginación mía.

Eso es lo que despierta mi curiosidad.

—¿Así que tu vida es inquieta en este momento?

—Nuevo trabajo —comenta—. Empezaré cuando terminen mis vacaciones.

Vuelvo a asentir para mis adentros.

—En eso es en lo que quieres concentrarte primero.

—Sí. ¿Y tú? —Pequeños pasos avanzan en mi dirección—. ¿Cuál es tu excusa? —Su entonación deja claro que sólo lo dice en broma.

—Mi actual trabajo —capto su formulación y la cambio—. Básicamente causa incomodidad permanente.

Parece que se acerca.

—¿Eso es bueno? ¿Estar incómodo permanente?

—Depende del tipo de incomodidad. —Instintivamente me giro hacia ella y dejo que siga caminando hacia mí—. En ese caso, sí.

—Parece que estás contento con cómo te van las cosas.

Me meto la mano en el bolsillo del pantalón.

—Ese soy yo, sí.

—¿No te haría preguntarte aún más por qué acabaste aquí?

Me congelo y pierdo la conexión. Pero no es por la pregunta que acaba de hacerme en la habitación a oscuras, sino porque se ha parado delante de mí y de repente puedo oler su perfume. Suaves y seductoras notas de un precioso prado de flores se cuelan en mi nariz. Sin siquiera pensarlo, absorbo el aroma y sólo después me pregunto si ella puede oírme oliéndolo y si me he delatado.

—A mí también me trajeron unos amigos —respondo finalmente. Entonces doy un paso atrás, saco la mano del bolsillo del pantalón y palpo el botón de mi venda. Para estar seguro. Para recordar dónde está exactamente. Por si la experiencia me resulta demasiado intensa. Porque lentamente, muy lentamente... mi pulso se acelera de forma inquietante y mis manos empiezan a sudar.

No sé si son mis palabras o si se ha dado cuenta de que he aumentado la distancia entre nosotros, pero de repente no dice nada.

Inmediatamente me siento mal y se me seca la boca y tengo que aclararme la garganta.

—¿Ya has pedido algo de beber? —la oigo preguntar.

—Sí, justo antes de que me trajeran aquí. ¿Y tú?

—Yo también. Nuestro pedido debería llegar pronto.

De nuevo, me limito a asentir. Hasta cierto punto, sigue siendo inusual tener los ojos vendados.

Vuelve el silencio.

Un silencio que no me parece agobiante en absoluto, pero que sigue sin gustarme.

Su voz... suena demasiado dulce como para no querer volver a oírla.

—Entonces, ¿esperamos a que lleguen nuestras bebidas? —sugiero en tono amistoso, no, esperanzado—. ¿Incluso si en realidad no queremos estar aquí?

Entonces hace un ruido que suena como si sonriera.

—Creo que sí. Están incluidos en el precio, no deberíamos perdérselo.

—¿Qué has pedido?

—Agua —dice—, ¿y tú?

—Whisky con hielo.

—Vaya, ¿directo al grano?

Me encojo de hombros.

—Eso fue lo último que tuve antes de acabar aquí en el club. En la limusina. Así que pensé que sería mejor seguir con la misma bebida. Hasta que esos idiotas vuelvan a recogerme.

Hace una pausa.

—Espera un momento. Así que... literalmente tus amigos te dejaron aquí?

—Sí... —murmuro contrito.

Parece que se tapa la boca con la mano e intenta reprimir una carcajada... en vano.

—¿Hablas en serio?

Resoplo y sacudo la cabeza.

—Esos idiotas... —Al segundo siguiente me doy cuenta de lo mucho que me hace sonreír su encantadora risa.

—¿Qué hiciste para que te dejaran fuera de la fiesta?

—Nada —insisto—. Y nada de nada. Realmente no he hecho nada.

Vuelve a guardar silencio, pero esta vez imagino que sonrío con escepticismo.

—Parece que no estaba lo bastante de humor para fiestas —murmuro.

—Fiesta... whisky... —reflexiona en voz alta—. Limusina... —Se le corta la respiración—. ¡Estabas en una despedida de soltero!

—El énfasis está en estaba —confirmando y me imagino estrangulando a Will. Primero a él y luego a Patrick—. Estoy aquí ahora, como sabes.

—Pero espero que no fuera tuya.

—¿Qué?

—Tu despedida de soltero.

—Ya veo.

—Si fueras el novio, estaría muy mal abandonarte, y encima delante de un club para solteros.

—No, definitivamente no soy el novio. Como he dicho, ser soltero me viene muy bien en este momento. Igual que a ti.

Una vez más, se esfuerza por no reír a carcajadas. Y me sorprende lo dulce y hermosa que me parece.

—Sí, sí, riete de mí... —me hago el sufridor—. ¿Dónde están las bebidas?

Ahora se ríe con más ganas.

—Si esto sigue así, yo también voy a necesitar el whisky.

—¿Por qué? Obviamente yo soy el idiota aquí.

—Yo no he dicho eso —responde ella, divertida—, los idiotas son tus amigos, ¿verdad?

—¡Exacto! —me quejo—. Pero me desquitaré cuando pueda poner mis manos sobre ellos.

—¿Entonces qué?

Cuando me doy cuenta de lo curiosa que suena de repente, levanto una comisura de los labios.

—¿Qué pasa entonces? —pregunta.

Ahora doy otro paso hacia ella.

—¿Te gustaría saberlo? —Y uno más.

Viene hacia mí.

—Tal vez. Sí, para ser sincera, estoy interesada en saberlo —ella continúa casi sensualmente—. ¿Qué puedo esperar si estás molesto?

Si estoy...

Ella...

Pero...

¿Está jugando conmigo?

¿Se me está insinuando?

Porque funciona.

Sin demasiado esfuerzo por su parte.

—¿Sí? —respira, haciéndome estremecer agradablemente.

De repente me doy cuenta de que estoy delante de ella. Apenas debe haber unos centímetros entre nosotros. Oigo claramente su respiración, huelo su perfume floral y siento su cercanía. Se me pone la carne de gallina bajo el traje. Empiezo a sentir un hormigueo por todo el cuerpo.

Respiro profundamente.

—Oh, wao... —murmuro abrumado. Luego me froto los ojos y noto la venda en los dedos.

Mm.

En teoría, podría quitármelo y, al menos, reconocer hasta cierto punto en la penumbra el

aspecto de la mujer con la que llevo minutos hablando. Qué cara corresponde a esa dulce voz. Cómo se levanta alguien con quien es tan divertido hablar y cómo es su postura. Si está haciendo algo que me diga lo que piensa de mí. Y qué aspecto tiene.

Sí, podría hacerlo aquí y ahora.

La tentación es enorme.

Si no fuera tan condenadamente injusto para ella al mismo tiempo.

Y de alguna manera definitivamente no quiero ser eso para ella.

Injusto, en cualquiera de sus formas.

¿Y pulsar el botón? ¿Caminar? ¿Quieres llamar?

Yo tampoco quiero nada de eso.

Ya no.

Mis dedos se rozan con presión por pura inquietud. Como si prefirieran sentir y tocar otra cosa.

—¿Cómo te llamas? —sale de mis labios al instante.

Antes de que pueda contestar, llaman a la puerta.

—¡Sí! —grito en la dirección.

Alguien entra.

—Su pedido. —Reconozco la voz. Es la mujer mayor que antes me puso la cinta de raso negro en los ojos y me la ató en la nuca.

Como la señora aún puede ver perfectamente, se nos acerca decidida y le da primero el agua a mi compañera.

—Aquí tienes.

—Muchas gracias. —Se aleja un poco de mí, supongo que para poder beber mejor sin chocar accidentalmente conmigo.

Poco después, siento un vaso en los dedos y puedo alcanzarlo.

—Su bebida, señor.

Lo que daría por poder ver lo que ella puede reconocer en este momento. A diferencia de mí, la señora puede ver claramente el aspecto de mi compañera y cómo está de pie. Al menos tan claramente como lo permite la iluminación indirecta. Pero aun así revela mil veces más de lo que yo puedo ver con esta maldita venda en los ojos. ¿No me parecía bien hace un momento para poder dedicarme a mis otros sentidos? Ahora lo odio. Me gusta. Y lo odio. Maldita venda. ¿De dónde viene esta extraña inquietud? En realidad, la respuesta hace tiempo que es obvia. Más concretamente, está justo delante de mí.

—Gracias —digo en su lugar.

—¿Quieres pedir la siguiente ronda directamente?

—¿Qué quieres decir? —le pregunto a la persona que tengo delante.

—Con mucho gusto —responde ella.

—¿Desea lo mismo? —quiere saber la señora.

Al momento siguiente, es como si mi interlocutor y yo intercambiáramos una mirada y nos comunicáramos... a ciegas.

—Yo tomaré un whisky con hielo —dice.

—Y yo tomaré un agua. —Tengo que sonreír. Y me alegra imaginar que ella hace lo mismo.

—Bueno, que encantadores —dice la señora cuando se da cuenta de que estamos pidiendo exactamente lo mismo que la otra persona—. En un rato se los traeré. —Luego vuelve a salir de la habitación y deja que la puerta vuelva a caer en la cerradura.

Tenemos que reírnos.

—¿Has oído eso? —me dice—. Somos encantadores.

—*Muchísimo.*

—Pero es bueno que ya hayamos ordenado. Lo que tarde esto.

—Al fin y al cabo, no queremos quedarnos aquí mucho más tiempo —intento sonsacarla.

Se ríe dulcemente y se esfuerza por volver a ponerse seria.

—Es cierto. No queremos.

—Pero quién sabe cuántos encargos tiene que atender todavía —le digo—. Por eso no debemos ser demasiado estrictos con ella. —*Y tomarnos nuestro tiempo.*

—Buena pregunta. ¿Cuántos solteros puede haber ahora mismo en las otras habitaciones? —Se ríe sensualmente—. ¿Y cuántos de ellos encontrarán el amor verdadero esa noche?

—¿Es así como te lo imaginas? —pregunto, levantando el vaso de whisky para llevármelo a los labios—. Muchas parejas de enamorados a nuestro alrededor, que...

—Para —me amonesta de repente.

Obedezco de inmediato y hago una pausa.

—¿Qué pasa?

Como puedo oír, ahora camina de nuevo hacia mí y, curiosamente, esto me hace tan feliz que podría arrancar árboles. Me pregunto qué estará tramando y me alegro de que así sea.

—Escucha... —me dice suave y sensualmente cuando por fin vuelve a ponerse delante de mí.

—¿Sí?

—¿No ibas en serio a...? —Creo que se inclina hacia mí—. ¿beber sin chocar las copas conmigo? —Su vaso choca con el mío.

—Con todo respeto. ¿Cómo lo sabías? ¿Y cómo pudiste golpear mi vaso de inmediato?

—¡Entonces es verdad! —La melodía de su risa llega de nuevo a mis oídos.

—Oye, eso no es una respuesta.

—¿Qué quieres que te diga? —Se aparta un poco y parece sorber su agua. Automáticamente, la imagino humedeciéndose los labios—. Adiviné.

—Y diste en el blanco —murmuro—. Justo en el blanco.

Cuando por fin le doy un sorbo al whisky y dejo que la gota de alta graduación se deslice por mi garganta, se produce un silencio que esta vez se siente como un crujido electrizante.

Maldita sea, pequeña, ¿cómo te llamas?

Acabo de preguntarte exactamente eso.

Cuantas más palabras intercambiaba contigo en esta habitación, más urgente era mi deseo de saberlo.

Pero ahora...

Mientras pasamos aún más tiempo juntos y simplemente no puedo deshacerme de este sentimiento en mi pecho...

En cambio, me pregunto si sería buena idea averiguar su nombre.

—Okay —la oigo decir—. Estoy lista.

Tengo que tragar saliva.

—¿Para qué?

—Para que me lo preguntes de nuevo.

Inseguro, sonrío hacia la tentadora oscuridad.

—Déjame ayudarte a empezar, querías saber mi nombre.

—¿Nos sentamos? —intento cambiar de tema y empiezo a tantear el terreno. Hasta que encuentro un lugar donde dejar el vaso y lo hago. Se supone que aquí hay sillas y un sofá, por lo que me dijeron. —Mientras mi mano sigue deslizándose por la penumbra, de repente choca con algo. Con una piel suave y cálida. En su mano.

Una especie de descarga eléctrica recorre mi cuerpo, pero ella se estremece audiblemente y deja caer su vaso. Al segundo siguiente, cae al suelo. Puede que el suelo entre nosotros ya esté empapado de agua, pero contrariamente a lo que esperaba, el vaso no se rompe en mil pedacitos. Cristal inastillable, entonces. O plástico de alta calidad. Por supuesto. En un club como éste, debería haberlo esperado.

Pero ¿alguno de nosotros comenta el incidente?

No.

Ni una sola sílaba.

Como si fuera lo más natural del mundo, nuestros dedos se entrelazan.

—Me llaman Sra. B. —dice tan secamente que después tengo que sonreír aún más.

Maldita sea.

Con nosotros esto no ha hecho más que empezar.

Ya no aceptaría otra cosa.

Capítulo 6

Audrey

¿De verdad acabo de hacerlo? Sí, busqué su mano y la encontré, dejé que estrechara mi mano para que ahora su calor y su fuerza fluyeran en mí, sin cesar.

Hasta se me cayó el vaso de lo alucinada que estaba de sentirlo sobre mí. Y solo estamos hablando de unos dedos.

Y también le dije mi nombre, bueno al menos la primera letra de mi apellido. Teniendo en cuenta que esperaba un fracaso absoluto, eso es bastante atrevido.

Pero eso es todo.

Esta cita está tan lejos de ser un fracaso como puedas imaginar.

¿Cuándo fue la última vez que me divertí tanto hablando con un hombre?

Pero ni siquiera puedo verlo.

Oh Dios, ¿están las dos cosas conectadas? Si supiera cómo es, ¿las cosas entre nosotros serían de repente menos casuales? ¿O si pudiera verme?

Y ... ¿podemos siquiera hablar de una cita cuando él no quería estar aquí más que yo? ¡Todavía no sé si no seré yo la única que ha cambiado de opinión mientras tanto!

Ayuda, tantas preguntas...

Sigo de pie cerca de él y dejo que nuestros dedos se rocen suavemente como si nos estuviéramos acariciando.

Pero es como si...

¡Nosotros lo estamos haciendo! ¡Nos acariciamos!

Con mucho cuidado, con mucha ternura.

Pero está pasando.

Está pasando de verdad.

Él... corresponde a mis sentimientos.

Así que espero no ser la única que se siente atraída por arte de magia.

¿Verdad?

—Me llamaban Sr. D —suenan su voz masculina, profunda y clara, llena de emoción y confianza en sí mismo al mismo tiempo. Su pulgar sigue deslizándose suavemente sobre el mío, moviéndose hacia delante y hacia atrás en un movimiento acariciador.

—¿Sr. D? —Me aclaro la garganta con entusiasmo—. Encantada. Como he dicho, soy la Sra. B.

Su mano agarra la mía con más fuerza, me acaricia con más presión, me acerca más a él.

Aturdida, dejo que suceda, tambaleándome hacia él y sin saber ya dónde tengo la cabeza. Este

tipo de aturdimiento no tiene nada que ver con el hecho de que no pueda ver nada, sino que se debe únicamente a todos los sentimientos que el Sr. D desencadena en mí. Y, de alguna manera, tengo muchas ganas de sentir más.

—Puedo decir... —murmura y se sienta.

Le devuelvo el aliento y quiero saberlo.

—¿Que hueles fantástico? —continúa.

Agacho la cabeza tímidamente y sonrío para mis adentros, luego vuelvo a levantarla.

Se ríe acaloradamente.

—Sé que suena un poco tonto, pero ¿qué otra cosa puedo decir? —Vuelve a ponerse más serio y al momento siento su otra mano en mi pelo. Pellizca un mechón entre sus dedos y juega con él —. Si es la verdad.

Mi respiración se acelera.

Bueno, Sr. D. usted también huele increíblemente bien con su loción de afeitar, y además...

—Se siente bien —me atrevo a decir.

Suelta un gruñido que me deja sin aliento. Me suelta el mechón, pero solo para acercarse aún más y ponerme la mano en la mejilla.

Y entonces ocurre.

Acerca su boca a mi cara y me deja saborear sus labios. Se acurrucan suavemente contra los míos y reclaman un beso tierno. Al principio. Pero luego me sujeta más fuerte con ambas manos y aprieta más su boca contra la mía. Su barba me hace cosquillas agradables y no hace más que estimularme aún más.

—Mm... —me siento como la mantequilla que se derrite y se deshace.

¡Vaya!

Lo que se siente al ser besado de esta manera...

Sólo lo saboreo y huelo a él, sólo nos oigo mientras nos entregamos al siguiente beso, siento todo lo que sólo puedes sentir cuando unos labios masculinos te anhelan.

En mi mente estallan fuegos artificiales de colores, una y otra vez.

No tardo en volverme activa y devolverle el beso, presionando y exigiendo más. Esto le permite soltarme la cara.

El sonido más caliente del placer se le escapa mientras abre los labios e introduce su cálida lengua en mi boca para darme más y tomar más.

—D... —respiro anhelante entre dos besos.

Una y otra vez su boca se posa en la mía o viceversa, una y otra vez nuestras lenguas se burlan la una de la otra en un juego húmedo y caliente.

—¿Qué? —murmura por fin y sigue besándome como si no pudiera parar.

—Nada, yo... sólo... quería decir tu nombre, mm...

Se ríe sexy contra mis labios y los besa, los lame.

Dios, ¿por qué no me lo dices? ¡Cuál es tu nombre! Yo... quiero... uhh, se siente increíblemente bien, lo que está haciendo...

El Sr. D me mordisquea el cuello y lo chupa.

Le pongo la mano en la nuca, meto la mano en su abundante pelo y lo aprieto contra mí.

—Mmm —dice esta vez y parece disfrutarlo tanto como yo.

Jadeo por el aire y hace tiempo que estoy loca por ser mimada por él. Por muy loco y prohibido que sea lo que estamos haciendo aquí, cada fibra de mi excitado cuerpo anhela que continúe y que nos...

De repente llaman a la puerta.

¡Uy!

Hacemos una pausa.

—¡No! —grita entonces el Sr. D. Esta vez con mucha más agitación que la última vez que respondió a la llamada, pero también más dominio en su voz masculina.

—Sus bebidas —resuena a través de la puerta.

Oh querido, ¿no puedes ver lo que acabamos de hacer? ¡No quiero que nadie entre ahora más que él!

—¡Ahora no! —exige.

—Pero...

El Sr. D. amenaza con perder la paciencia con la señora.

—¡Vuelva más tarde, maldita sea! Cuando te llamemos.

—A la orden.

Riendo, nos abalanzamos de nuevo el uno hacia el otro y seguimos besándonos apasionadamente.

—Eso estuvo caliente —admito de buena gana.

—¿Qué?

—Sólo tú.

—¿Sí?

—Sí.

Me deja oír de nuevo su risa acalorada.

—Que se atreva a molestarnos...

—Pero ahora ella sabe... lo que estamos haciendo...

—¿Tú crees?

—O incluso, uhhmm, imagina más.

—¿Algo más, Sra. B?

—Cosas en las que mejor trancamos la puerta —¿De qué estoy hablando?

Me deja oír de nuevo su gruñido ardiente y se cuelga literalmente de mis labios.

Siento un cosquilleo en el centro y en los muslos, apretándome contra él. Se tambalea un poco hacia atrás cuando lo hago sin avisar, pero luego tensa los músculos y recupera el equilibrio, apoyándose en mí. En el segundo siguiente, recibo la respuesta de mi descarado avance y siento sus manos en mi trasero. Aprietan más fuerte, agarran mis curvas con presión y me suben un poco la falda. Mientras lo beso aún más apasionadamente y emito inconfundibles sonidos de placer, me empuja con cuidado hacia atrás hasta que me golpeo la espalda contra la pared y puede sujetarme.

Cómo su presa.

Sólo que no me siento indefensa en lo más mínimo, sino completamente dispuesta.

Sus dedos buscan mi pezón, lo encuentran, lo pellizcan y me excitan profundamente.

—Oh Dios —le jadeo—. ¿Qué... estamos haciendo aquí...?

—No lo sé —murmura, metiéndome la lengua en la boca con impaciencia mientras me sujeta contra la pared.

—D...

—¿Sí...?

—Ni yo misma entiendo todo esto, pero... yo... no puedo más... —No, de verdad, yo no me conozco así, ¡pero lo hago!

—¿Qué significa?

Mis dedos buscan la base de su camisa. Me doy cuenta de que lleva chaqueta. Un traje que parece más que caro. Claro que lo lleva. Ha estado en una despedida de soltero. Pero ya debe de tener demasiado calor con este traje tan caro. Al menos eso espero, y empiezo a tirarle de la chaqueta.

—D., ¿no puedes cerrar la puerta?

Hace una pausa y me deja oír su respiración agitada. Probablemente para simbolizar una mirada penetrante, me toma la cara entre las manos.

—¿Estás segura?

Sonrí con expectación. Le beso y le quito la chaqueta.

—Nunca he estado más segura de nada.

—Maldita sea, B... —murmura. Al momento siguiente me suelta, pero sólo para arrojar la chaqueta hacia el sofá, si no he oído mal, y luego dar zancadas hacia la puerta en la oscuridad—. No deberías haber dicho y hecho eso ahora.

Capítulo 7

Alexander

¡Esa estúpida puerta! Pasan demasiados segundos antes de que por fin la encuentre y la explore, cada uno de los cuales parece una eternidad. El hecho de que me cueste tanto separarme de B. es un territorio nuevo para mí. Y me abruma demasiado como para darle muchas vueltas y analizarlo. Sólo perdería más segundos preciosos hasta que por fin pudiera volver a sentirla sobre mí. El deseo de volver a sentir su piel contra la mía es demasiado grande. Oír su respiración agitada. Respirar su aroma. Saborear sus labios, y disfrutar mucho más de ella. Así que inmediatamente atravieso la habitación hacia ella y maldigo mentalmente la puerta.

—¿Dónde estás? —pregunto a medias, porque estoy tan impaciente como ella por revelarse ante mí y volverme loco.

—Aquí —me deja oír su voz suave y pura—. ¿Y bien?

Parece que se ha alejado de la pared. Sin mi permiso. Ya me pican los dedos por dejarle claro, sin usar palabras, que estoy acostumbrado a la obediencia absoluta. De una forma que espero que le guste.

—Como sospechaba. No se pueden cerrar.

Pero, ¿deberíamos seguir con esta tormenta?, pienso mientras vuelvo hacia ella. De alguna manera, esa estúpida puerta ha estropeado las cosas. No es una interrupción de mi pasión por B., no, en absoluto, porque la deseo más que nunca. Sino más bien... una calma forzada después de nuestra tormenta. Una calma que podríamos disfrutar ahora que ha surgido. Juntos.

—Espera —le ordeno, lo que me consigue una risa expectante. Me dirijo hacia donde creo que está mi vaso de whisky. Después de tantearlo, lo encuentro en el aplique de la pared y compruebo si los cubitos de hielo se han derretido del todo.

No lo han hecho. Excelente.

—¿Qué haces? —quiere saber con voz divertida.

Saco los cubitos más pequeños del vaso y los pellizco entre los dedos.

—Di algo.

—Estoy aquí, D.

—¿Puedes encontrar el sofá?

—Un momento... —Escucho sus pasos elegantes resonando en la habitación—. Sí, aquí está. Puedo sentirla. Y tu chaqueta.

Levanto una comisura de los labios y agarro con más fuerza los cubitos de hielo. Su frialdad me embriaga.

—Háblame.

—¿Qué te gustaría oír de mí? —Suenas como si ella también sonriera con anhelo—. Será mejor que te des prisa. No se me ocurre nada más. Pero esa no es la única razón por la que quiero que te des prisa. Esperaré.

Sigo su voz como una llamada.

—¿Tienes algún plan para hoy?

—Claro, me esperan en la habitación de al lado dentro de media hora —bromea secamente—. A ver si tu sucesor me mantiene entretenida tanto tiempo como tú.

¿Por qué me parece que nos conocemos desde hace mucho tiempo y al mismo tiempo estoy seguro de que no?

—Qué traviesa —murmuro y le toco el brazo con la mano libre. Por fin vuelvo a sentirla como si fuera la mayor liberación, así que no lo dudo, la agarro por la cintura y tiro de ella hacia mí para besarla.

—Mmh, por fin... —respira y toma mi lengua—. Ahí estás...

Riendo, suelto su cintura y acaricio su mejilla aterciopelada y acalorada.

—Hola.

Ella se ríe dulcemente.

—Hola.

Nos besamos de nuevo, más apasionadamente, más intensamente.

Sin parar, la empujo hacia atrás hasta que se detiene porque se golpea las piernas contra el sofá.

—Siéntate —le exijo y la empujo ligeramente hacia atrás para que ni se le ocurra resistirse.

Afortunadamente, no tiene intención de hacerlo. Con ruidos que me indican lo dispuesta que está a seguir mis instrucciones, se deja caer en el sofá. Dispuesta como está, se tumba y me pide que la siga, con la respiración cada vez más agitada.

El agua fría gotea de mis dedos. Me arrodillo en el borde, me inclino sobre B. y palpo su escote por encima de su fina blusa con la mano libre. Luego le paso los cubitos de hielo por encima y dejo que la fría humedad gotee sobre ella. Su cuerpo tiembla notablemente de excitación bajo mis dedos y su respiración se descompensa. Me tomo la libertad de explorar sus curvas con la otra mano; B. se siente fabulosa. Cerca de mí. Al alcance de mis dedos. Debajo de mí.

Los cubitos de hielo se disuelven cada vez más. Mis dedos fríos y húmedos se pasean por debajo de su blusa y le rodean un pezón, poniéndoselo duro de nuevo.

—Hijo de puta —me jadea.

—¿Debo parar?

—Sí.

Aparto la mano.

—No —corrige su afirmación suplicante y me coge la mano antes de que pueda volver a salir del todo de su blusa.

Me río sensualmente.

—¿Me has mentido?

—Tal vez.

No obstante, saco los dedos de su blusa, pero sólo para llevarme el hielo restante a la boca y buscar sus labios en su lugar. Sin estar preparada para ello, B. se estremece y ríe excitada cuando le meto en la boca el delicado resto de un último cubito de hielo. Mientras deja que se derrita en su lengua, nos besamos y vuelvo a inclinarme sobre ella, cojo su cara entre mis manos y la abrazo con fuerza. No tardo en tumbarme encima de ella. Mi entrepierna presiona contra la suya, B. está encantada de devolver la fricción y se mueve hacia mí una y otra vez. Sus ruidos llenos de lujuria me hacen perder la cabeza, que hace tiempo he apagado gracias a ella, y los pantalones me aprietan mucho. La camisa también me aprieta demasiado y estoy pensando seriamente en quitármela en los próximos segundos.

—Date prisa ya —la oigo jadear mientras se aprieta contra mí—, D., ¿por qué tardas tanto?

De nuevo, me hace reír de lujuria.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

Increíble.

Hijo de puta.

Date prisa.

Nadie me habla así.

En realidad.

—D...

Me enderezo todo lo que puedo, la agarro y la pongo boca abajo.

—¡Uhh! —dice, sorprendida pero también emocionada.

Hace tiempo que me he dado cuenta de que lleva falda, lo que se adapta perfectamente a mis manos. Por mucho que mis dedos se hayan mantenido alejados de ella hasta ahora, ahora empujan la falda hacia arriba con más vigor. Con la misma impaciencia que B., le quito las bragas. A cambio, ella emite ruidos de satisfacción y lujuria. Mi mano se mueve bajo su vientre, se desliza con presión hasta su centro, lo frota suavemente, luego con más firmeza, haciendo gemir a B. Luego la empujo hacia mí para que estire hacia mí su torneado trasero. Ella obedece de buen grado y se coloca en la posición perfecta para recibirme.

Capítulo 8

Audrey

Respirando agitadamente, se desabrocha los pantalones detrás de mí. Me doy cuenta de que soy yo quien marca el ritmo. Por un lado, deseo tanto sentir a D. dentro de mí que estoy a punto de volverme loca. Puede que también se deba a la venda de los ojos, pero en gran parte se debe a él y a la indescriptible química que hay entre nosotros. Por otra parte, de alguna manera disfruto tanto mandándole como parece que lo lleva en la sangre.

—¿Por qué tardas tanto? —no puedo evitar preguntar, aunque no tarda tanto en desabrocharse los pantalones y acercarse a mí.

—Imposible —murmura con voz sensual—. Realmente eres imposible. —Empuja su dura hombría dentro de mí y me llena.

Los sonidos más calientes salen de su boca, que sabía tan perfectamente a hombre y a lujuria. Yo también jadeo y gimo al recibir sus embestidas llenas de anhelo.

—Ve más rápido —exijo, mitad exigiendo y mitad suplicando.

—Luego.

—No, ahora, uhh...

Me deja oír de nuevo su risa sexy.

D. me agarra por la cintura y me clava con más fuerza su mejor pieza.

Echo la cabeza hacia atrás.

—¡Oh, Dios! —gimo.

¡Se siente prohibitivamente bien!

Concentrarme en otros sentidos que no sean la vista hace que todo sea más intenso de lo que jamás hubiera imaginado. Cada movimiento, cada roce, cada contacto de sus dedos sobre mí es como fuegos artificiales.

Sus ruidos me avivan aún más.

D. respira, suspira, gruñe, jadea, empuja.

Empiezo a sudar y me alegra imaginar que él también lo hace bajo la camisa y el pantalón de traje.

Nunca he experimentado nada más caliente.

Nunca me he involucrado en nada más loco.

Nunca he hecho nada más deshonroso.

Nunca le había pedido a un hombre con tanta impaciencia que me lo metiera.

Nunca me había sentido tan bien haciéndolo con un desconocido en un entorno extraño.

Nunca he confiado más en un hombre que apenas conozco.

Nunca he suspirado más por un hombre, no importa lo bien que lo conozca.

Su gruñido se hace más fuerte, profundo y ardiente.

¡Estos ruidos de su boca me vuelven loco!

Su miembro se siente genial dentro de mí, mi lujuria sin límites me hace sonreír feliz.

—D... —jadeo, más de una vez.

Se mueve más rápido.

Nos movemos más rápido.

Rápidos, bruscos y en perfecta armonía entre sí.

En este momento, el mundo es para mí la perfección absoluta, y al mismo tiempo ya no existe.

Me siento tan libre, tan bien, tan deseada, ¡tan llena de felicidad!

Un calor abrumador recorre mi cuerpo, explotando en mi interior.

Exploto.

Ya voy.

Gimo mi lujuria en voz alta, saboreo cada segundo de este fuego, me retuerzo, ardo, exploto, me derrito.

Con más ruidos calientes D. se vierte dentro de mí y me deja oír el gemido más caliente que jamás he escuchado de un hombre.

Al principio permanecemos en esta posición, ninguno de los dos quiere romper nuestra conexión, nuestra fusión. Sus manos fuertes y cálidas siguen posadas en mi cintura y me sujetan como si fuera su posesión. Una posesión puesta voluntariamente a su disposición.

Respiro hondo e intento bombear todo el aire que mis pulmones ansían después de esta increíble experiencia.

—Vaya... —gimo—. Eso...

D. me suelta, saca su virilidad de mí y da un paso atrás.

—Uhm... —murmura en un tono de voz que no puedo interpretar.

—Eso fue... —empiezo y me doy la vuelta con una sonrisa, sentándome derecha.

—Qué... —murmura.

Me recojo la ropa, sabiendo que tarde o temprano alguien del personal podría irrumpir.

Me siento como en una nube.

—Mmh, sí... —Vuelvo a reír y me siento aturdida y embriagada de la forma más hermosa imaginable, al tiempo que alcanzo un estado de profunda relajación—. Ha sido... una locura, ¿verdad?

Oh sí, eso era. ¡Loco! ¡Osado! ¡Prohibido! ¡Inmoral! Y precisamente por eso fue tan bueno. Porque lo viví con una persona especial, ya no tengo ninguna duda al respecto. El hecho de que sólo después nos enteremos de cómo es y cómo se llama la otra persona es una historia que nuestros amigos que nos dejaron aquí probablemente no lleguen a escuchar con suficiente

frecuencia.

Suelto una risita.

—Sí ... eso fue realmente una locura...

Silencio.

—¿D.? —pregunto.

—Yo... —eso es todo lo que dice, en lugar de eso, de repente suena como si se subiera la cremallera de los pantalones apresuradamente de nuevo.

Aturdida y relajada, ¡mi culo! Esta sensación salta por los aires. Una sensación de intranquilidad se apodera de mí, me sacude hasta la médula.

—Eh... —Mis músculos se tensan, mi estómago se aprieta.

Cuando me doy cuenta, por el ruido de fondo, de que se está poniendo la chaqueta a toda prisa, me levanto del sofá y lo busco en la oscuridad.

—¿Qué pasa?

—Lo siento.

Se me cae el corazón a los pantalones.

—¿Por qué? —Tengo que tragar saliva—. ¿Qué pasa?

—Lo siento.

¿Por qué se disculpa conmigo?

—Espera, déjame...

—¡Maldita sea! —grita con una severidad y dureza que no me ha dejado sentir ni una sola vez desde nuestro primer intercambio de palabras.

Me estremezco y necesito un momento para serenarme.

—Pero... —murmuro con labios temblorosos, al borde de las lágrimas—. ¡No lo entiendo! ¿Qué está pasando de repente? No debería ser esta la parte en la que por fin nos miramos a los ojos y...

No responde. ¡En cambio, suena como si se alejara de mí!

—¡D.! —grito—. Me voy a quitar...

¡Qué fastidio! No puedo deshacer el nudo doble apretado y la venda está demasiado apretada para quitármela sin más.

Al momento siguiente, la puerta se abre de golpe. Luego vuelve a cerrarse de golpe. Y de repente parece que estoy sola en la habitación. Completamente sola.

—¿D.? —pregunto con voz temblorosa—. ¿Hola?

Nada.

¿Qué... está pasando?

—¡Hola! —grito más fuerte. Desesperadamente.

Nada.

En mi impotencia, no tengo otra opción: mis dedos buscan el botón de la venda y lo pulsan.

Poco después, alguien empuja la puerta y entra corriendo.

—Hey, ¿qué está pasando aquí? —Parece la señora que nos trajo las bebidas—. ¿Está todo bien?

—Yo... no, ¡ah! —es todo lo que consigo decir. Presa del pánico, sigo intentándolo y finalmente creo que consigo quitarme la venda—. ¡Por favor! —grito—. Maldita sea, ¿no puede alguien por fin quitarme esta estúpida cosa...?

—Espera, te ayudaré —dice la mujer.

Cuando me quita la venda y mis ojos intentan adaptarse a la luz, que ahora es sorprendentemente brillante, la reconozco.

—¿Señora? —pregunta.

Parpadeo varias veces.

—Huh, esto es brillante...

—Esto ocurre automáticamente con las luces cuando se pulsa el botón.

—Pero... —Miro a mi alrededor frenéticamente, pero no parece haber nadie más en la habitación aparte de ella y yo.

¡D. ha desaparecido!

—¡Espera! —grito hacia la salida—. ¡D.!

La mujer se pone delante de mí y me mira con urgencia.

—Señora, por favor, cálmese.

¿Qué? ¿En qué película equivocada terminé?

—¿Hm? —Frunzo el ceño y tengo que ponerme en orden—. ¿Dónde está?

—Salió enfadado y dijo que la cita no era, bueno —hace una pausa—, nada para él. Como no había ninguna llamada de emergencia, le dejamos pasar. Sólo entonces apretó el botón. ¡Dígame, señora! ¿Le ha hecho algo? ¿Debemos detenerle?

—Eh...

—Puedo enviar a seguridad tras él.

—Eh, no... no es necesario... Él no me ha hecho nada —Al menos no lo que ella temía.

¿Cómo?

¡D. ha huido del club!

¡Diciendo que nuestra cita a ciegas no fue nada!

¿Cómo es posible? Pensé que él sentiría algo muy parecido a mí. Claro, todo sucedió terriblemente rápido entre nosotros, pero teníamos una química incomparable.

O...

¿Salió a echar un polvo rápido?

¿Como la estrella porno?

No.

No me lo imagino ni con la mejor voluntad del mundo.

Ni con una sílaba, ni con una respiración, ni con un movimiento, D. parecía buscar sólo sexo.

Pero ¿cuál era el problema entonces?

Así que la cita no era para él.

En otras palabras, resultó ser un fracaso para él.

Al final.

De repente.

Dios mío...

¿Se quitó la venda, me vio y se sintió decepcionado?

¡Tan decepcionado que ni siquiera quiso despedirse de mí y prefirió huir!

Me tapé la boca con la mano.

—N-no... que...

Me quedo clavada en el sitio.

Confundida hasta la médula.

Profundamente herida.

—¿Señora?

Abrumada y descontenta, miro fijamente a la señora.

—Sólo para que quede claro, tenemos sus datos personales. Si le ha hecho algo, dígalo.

¿Quieres denunciar al hombre? ¿Llamamos a la policía?

—No y no. —Respiro hondo—. De verdad, no. No ha pasado nada. —Mantén la calma—. Todo va bien, pero gracias. ¿Puedo usar el baño, por favor?

—Por supuesto. Vamos. La llevaré.

Asiento tímidamente e intento con todas mis fuerzas contener las lágrimas.

—Gracias.

La sigo en silencio hasta el baño de damas y vuelvo a darle las gracias apenas. Apenas puedo levantar la cabeza y mucho menos mirarla a los ojos. Me retiro a uno de los cubículos, hago mis necesidades, me aseo... y rompo a llorar.

¿Cómo ha podido pasarme esto a mí?

¿Qué ocurrió en primer lugar?

¡Ya no entiendo el mundo!

Poco después, cuando me pongo delante del espejo y me miro en él, mi cara vuelve a contorsionarse de pena y se me humedecen los ojos. Sollozando, me lavo las manos y me siento mal, ¡muy mal!

Oh, D...

O no tenía interés en más que un encuentro rápido desde el principio...

O le resultó tan decepcionante verme que cambió de opinión en ese momento.

No sé cuál de los dos sería realmente peor.

El hecho es que no quiere saber nada más de mí.

Y así que nunca fue el hombre que yo creí que era. El que imaginé en mis ingenuas ilusiones.

A pesar o quizás a causa de todas las decepciones del pasado.

D...

Así que yo era lo suficientemente buena para un rapidito.

Mientras no supieras cómo era.

Eso no encaja para nada con el hombre que conocí en ti antes.

Pero cuanto antes acepte que he cedido a una tonta ilusión, mejor.

No me obligó, no.

Y sin embargo me ha hecho más daño del que esperaba y del que puedo soportar en este momento.

Soy... tan estúpida...

Capítulo 9

Alexander

Una vez más, me encuentro en la limusina entre fiesteros, bebiendo whisky como si fuera agua o al menos vino.

—¡Salud! —dice Will—. ¡Por el novio!

Patrick sonríe.

—Últimamente no oigo eso con suficiente frecuencia. En serio, me estoy acostumbrando. ¿No pueden homenajearme todos los días a partir de ahora?

Exhalo y subo una comisura de los labios, intentando ocultar lo que realmente me pasa por dentro.

—Olvídalo.

—Entonces dínos por qué no deberíamos recogerte fuera del club, sino unas calles más allá. ¿Qué has estado haciendo en las últimas dos horas, Alex?

Dos horas.

En dos horas pueden ocurrir muchas cosas.

Por desgracia, también muchas cosas malas.

Puede llevar a una empresa a la ruina.

O romper el corazón de una mujer.

—No —me limito a responder.

—¡Sí, lo harás! —protesta Patrick—. Soy el novio, ¿recuerdas? Mi palabra es ley.

—¡Sí! —Will está de acuerdo con él—. ¡Obedece a tu rey!

—Estás borracho, así que te perdono esa estupidez —le digo.

Ambos se ríen.

—¡Vamos, Alex, empieza a hablar!

—¡Sí, hazlo!

—¿Cómo fue? ¿Entraste?

—Debe haber estado en alguna parte.

—¿Cómo son las chicas?

—¿Había muchas? —continúa Patrick.

—De todos modos, sólo hablan allí. En la oscuridad.

—¿Apagan las luces?

—Te tapan los ojos.

—¿Por qué?

—¡Ese es el concepto, es lógico, hombre!

—Ya veo...

Mis ojos se fijan en Will y me reincorporo a la conversación porque me gustaría saber una cosa.

—¿Cómo te enteraste del club en primer lugar?

Se encoge de hombros.

—¿Te acuerdas de Nelly, la lesbiana? Ella me lo contó.

—¿Así que esto es un club de lesbianas? —pregunta Patrick.

—No.

—¿Entonces por qué mencionaste que es lesbiana?

—No lo sé —responde Will—. Quizá porque soy superficial. —Su mirada gira hacia mí con una sonrisa—. ¿Te ayudó el club, Alex? ¿Te libraste de tu superficialidad porque tuviste una conversación profunda con una chica? —Se ríe, eructa y se tambalea cuando la limusina se apaga.

Suspiro.

—Estás más borracho de lo que pensaba.

—¡Eh, cállate! —le gritó Patrick—. ¡Cuéntanoslo todo! ¿Cómo es el club?

No.

Estoy realmente harto de este tema.

—Mañana —le digo.

—¿Por qué no hoy? —quiere saber Patrick.

—Porque hoy te rendimos homenaje a ti, el Rey.

—¡Sí!

—¡Woohooo!

—¿A dónde vamos ahora, querido padrino?

—¡Eso es una sorpresa!

Muy bien.

Debido a mi ausencia de dos horas, ya no estoy a su nivel de alcohol, pero al menos sé aprovechar que los hombres borrachos tienen la capacidad de atención de una mosca.

Mañana se despertarán con resaca en algún sitio y tendrán otras preocupaciones.

Y ahí se acaba el asunto.

Preferiblemente para siempre.

Eso es lo que quiero.

Capítulo 10

Audrey

Una vez más estoy sentada frente a mis dos mejores amigas en el *Space Needle*, nuestro restaurante favorito. Cuántas veces hemos estado aquí, hemos comido hasta hartarnos, hemos probado de arriba abajo la carta de cócteles, incluso hemos pasado aquí uno que otro cumpleaños... Pero esta vez el ambiente es aún más opresivo que la última vez y yo jugueteo desolada con la pajita de mi Bloody Mary.

—¡Qué idiota! —dice Grace con más fuerza después de un rato—. ¿Qué se cree ese patán?

Nelly también resopla.

—Imposible...

Grace golpea la mesa.

—¡Hombres! ¡Puedes olvidarte de todos ellos! De verdad, cariño, piénsatelo dos veces antes de cambiarte a nuestra orilla—.

—Bueno... —Nelly levanta las cejas—. Las mujeres pueden ser igual de imbéciles como los hombres. Piensa en mi ex. ¿Cuántas veces me engañó?

—Nadie quiere hablar de tu estúpida ex —replica Grace—. Era demasiado estúpida para darse cuenta del tesoro que tenía delante. Gesticula salvajemente:

—¡Igual que ese D.!

—Tranquila, querida. Sólo recuerda. Ya podrías estar embarazada. Es muy probable, de hecho.

Grace la mira esperanzada.

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto! Esta vez ha funcionado. Estoy segura de que sí.

Se miran enamoradas y dejan que sus manos se unan.

—Son un encanto —digo y me fuerzo a sonreír—. De todas formas, preferiría que volviéramos a hablar de algo alegre ahora. Entonces, ¿te harás la próxima prueba de embarazo mañana?

Ambos me miran de nuevo.

—Lo siento, cariño —responde Grace—, pero todavía estoy tratando de entender esto. ¿En serio este tipo te dejó sola en el club?

Cuando vuelvo a recordarlo, me da una puñalada en el corazón.

—¡Sola en la oscuridad! —añade Nelly.

—Oh, bueno, ¿qué quieres decir con en la oscuridad...? —admito confundida—. Sólo tenía esa venda en los ojos.

—Es lo mismo —afirma.

Grace asiente.

—No hay necesidad de defenderlo, cariño. ¡Lo que te hizo es realmente horrible!

Intento sonreír de nuevo sin conseguirlo.

—Qué amable de tu parte apoyarme.

—Oye, es lo menos que podemos hacer —dice Nelly—. ¿Qué más podemos hacer por ti? ¿Deberíamos molestar a la gente del club hasta que nos den sus datos y hacerle una visita?

Levanto una ceja.

—¿Y después qué? ¿Vas a echarle una maldición o qué vas a hacer con él? —En cualquier caso, no quiero saber su nombre ni dónde vive. ¿Para qué? ¿Para qué me lastime de nuevo? No, gracias.

Se frota la barbilla.

—Esa sería una opción. ¡O podríamos hacer un muñeco vudú de él y clavarle mil agujitas! ¡Así! ¡Ja! —Hace una demostración con movimientos salvajes de las manos—. ¡Toma esto! ¡Y esto!

Al menos me hace reír de verdad.

—¡Oh querida, eso es bastante exagerado, Nelly! No sé si lo merece después de todo.

—¡No, Audrey! —me amonesta Grace inmediatamente—. ¡No empieces así otra vez! ¿Por qué siempre tienes que defenderlo a él, a este... cómo se llama?

—D. —digo y me estremezco al pronunciar esta única letra.

Una sola letra.

Una sola cita.

Y, sin embargo, han ocurrido muchas cosas.

Me encojo de hombros.

—No intento defenderle, es sólo que... no sé... quiero olvidarle cuanto antes, ¿entienden?

—¡Qué bien! —dice Nelly y se cruza de brazos—. Olvídate de ese tipo. No te merece.

Grace vuelve a asentir.

—Encontraremos al hombre de tus sueños.

Eso me hace aguzar el oído.

—¿Qué?

—Funcionará la próxima vez. Te lo aseguro.

—¡No! —resuello presa del pánico.

—Pero...

—Paren, ¿sí? —Las miro a ambas con urgencia—. Ya es suficiente. Ya se los dije la última vez. Y esta vez... —Mis labios empiezan a temblar y mis ojos se humedecen—. Por favor, yo...

—Asiento apresuradamente e intento alejar las lágrimas, porque D. no se las merece. Y pronto lo

habré olvidado. Porque no lo necesito. Pero hasta entonces...—. Yo... yo...

Me miran con más preocupación que nunca.

—Oh cariño... —Grace pone su mano sobre la mía en un gesto de cariño.

Aprieto los labios.

—¿Saben qué? Estoy deseando empezar mi nuevo trabajo. Por este reto. Por un nuevo capítulo en mi vida.

Me sonríen.

—Y nos alegramos por ti.

—Sí, estamos orgullosas de ti.

—Gracias. Yo por ustedes también. Por mi nuevo trabajo. Por su bebé. ¡Va a ser genial!

—¡Sí!

—¡Por supuesto!

Brindamos por eso.

Por todo lo que pueda venir.

Todo será hermoso.

Una cosa a la vez.

Quiero mirar al futuro con confianza.

Y disfrutar del presente.

Por fin puedo estar segura de una cosa, y puedo verlo en las caras de mis amigas. No intentarán juntarme con alguien otra vez.

El dolor que acaban de ver en mis ojos ha zanjado este asunto de una vez por todas.

Al menos este desagradable dolor cumple un propósito.

Y lo habré olvidado lo más pronto posible.

—Y este es el restaurante—continúa Liz.

—Vaya. —Dejo que mi mirada recorra la sala, donde ya se está preparando la comida y unos cuantos colegas están sentados en las mesas para disfrutar de un café, charlar o leer una revista —. ¡También tenemos nuestro propio restaurante!

—No sólo para nuestra agencia de publicidad, por supuesto —dice mi nueva colega—. Todos los empleados del Grupo Donovan pueden comer aquí. —Se pasea por delante de los distintos mostradores y yo la sigo—. Hay tres menús diarios, postres cambiantes y algunos platos que siempre están en oferta, como pizza, ensaladas y una sopa vegetariana.

—Una buena selección.

Liz asiente.

—Y a un gran nivel. El chef trabajaba en un hotel de cinco estrellas, pero el señor Donovan le hizo una oferta que no pudo rechazar, ya me entiendes.

—Sr. Donovan... —murmuro.

—Alexander, sí. El jefe de todo esto.

La miro con los ojos muy abiertos.

—¿Puedes llamarlo por su nombre de pila? —Entonces, ¡esta parte de la historia de Kyle sobre su encuentro con mi nuevo jefe es realmente cierta! Pero eso no significa que el resto sea cierto, es decir, que Alexander le pidió desesperadamente consejo a Kyle.

—Sí, todos los empleados pueden llamarlo por su nombre de pila. Algunos incluso le llaman Alex.

—¿Lo conoces? —pregunto con curiosidad.

—De vez en cuando nos cruzamos. Luego saluda a todo el mundo amistosamente. Parece mentira que sólo tenga treinta y tres años, ¿verdad? Y que además sea tan guapo. Si no estuviera casada y no me gustaran los hombres mayores... bueno, ya sabes. Lo que digo es que normalmente no confiarías en un chico tan joven y guapo para dirigir todo este lugar.

—Sí —me maravillo—. Es impresionante.

Pero cuando estaba investigando para mi entrevista de trabajo en aquel momento, leí algo al respecto. Hace unos años, Alexander Donovan siguió los pasos de su padre tras su inesperada muerte.

Peter Donovan.

Construyó todo esto hace dos décadas.

Creo que tenía alguna enfermedad cardíaca.

En cualquier caso, su hijo es desde entonces el nuevo director general. Mucho antes de lo previsto. Sobre todo, parece estar haciendo un trabajo realmente bueno.

Y, por supuesto, recuerdo las fotos de prensa de Alexander Donovan que adornan Internet. Pero eso no es lo que importa al final con él como jefe. Lo importante es que continúa el legado de su padre con responsabilidad. Y está claro que así es.

—Se rumorea incluso que pronto nos pagarán a todos las vacaciones, además de la paga extra de Navidad —es lo siguiente que escucho conscientemente de Liz.

—Todo suena casi demasiado bueno para ser verdad. Pensé que las cosas serían más estrictas aquí.

—En cierto modo, es lo mismo. Por ejemplo, nunca debes ir a ningún sitio sin tu tarjeta de identificación de empleado. También es mejor llevar siempre encima la tarjeta de identificación, nuestra seguridad es extremadamente meticulosa.

—Entiendo —digo—, pero parece que aquí sigue habiendo muy buen ambiente. ¿O me

equivoco? —Nos dirigimos a la máquina de café—. Oh, ¿tengo tiempo para eso tan temprano? Bueno, para un café aquí.

—Por supuesto —responde ella con calma y pulsa el botón de un capuchino—. Hoy y los próximos días son para que conozcas la empresa. Y como yo tengo que enseñártela, me espera una semana tranquila. Vamos a disfrutarla.

Me arranca una sonrisa.

—¡Eso es una orden! Quiero seguir tus instrucciones y no estresarme. Si ese es mi trabajo para esta semana... —Le guiño un ojo. Vuelvo a echar un vistazo al moderno pero acogedor restaurante—. En general, me gusta la filosofía de aquí. Aunque la empresa es muy grande con todas sus departamentos y secciones, y tiene normas estrictas, no te sientes como un número insignificante. Al menos esa es mi primera impresión, aún no he tenido ninguna experiencia real aquí.

También me pido un capuchino y leo en un cartel que el café es gratis para todos los empleados.

—Pero tu primera impresión es correcta. Llevo aquí cinco años y estoy muy satisfecha. Creo que eso forma parte de la receta del éxito. A la gente le gusta trabajar aquí... y en consecuencia son concienzudos y están motivados. No es pura caridad por parte de la dirección, sino parte del modelo de negocio más lucrativo posible, si me lo preguntas.

Me encojo de hombros.

—Mucho mejor, ¿no? No sólo te gusta trabajar aquí, sino que no te van a despedir al cabo de un mes porque no entre más dinero.

Liz se ríe.

—¡Exacto! Claro que dirigir una empresa tan grande es mucho más que eso, pero no conozco todos los detalles. Hay muchas cosas que los simples mortales no podemos saber. Pero, como he dicho, me siento muy a gusto aquí y la empresa está en números negros.

Con nuestros capuchinos, nos dirigimos a una de las grandes mesas redondas libres.

—¿Quieres quedarte aquí más tiempo? —le pregunto mientras me siento frente a ella.

—En realidad, sí. Pero poco a poco me gustaría que me dieran más responsabilidades. ¿Y tú, Audrey? ¿Por qué cambiaste de trabajo?

Encogí los hombros nuevamente.

—Mi instinto me dijo que era el momento de dejar mi antiguo trabajo. —Sonríó—. Y ahora estoy aquí.

Se ríe.

—Creo que eso es bueno.

Brindamos con nuestras tazas blancas.

—A veces sólo necesitas un cambio —dice, antes de llevarse la taza a la boca.

Asiento con la cabeza.

Ah, sí.

A veces lo es.

Y sobre todo después del incidente en el club, en el que ya no quiero pensar, un cambio de aires me vendría muy bien.

Como si fuera el destino que me trajo aquí.

También tengo un presentimiento al respecto.

[Bien] le respondo.

La respuesta no se hace esperar.

[¿Bien? ¿Sólo bien?]

[Excelente] le respondo [¿Así está mejor?]

[Siempre que sea verdad, claro.]

Sonrío.

[Lo es.]

[Entonces espero que no te importe que te diga que tus antiguos colegas te echan de menos. Yo te echo de menos.]

Oh, Matthew...

[Yo también te echo de menos. Pero seguiremos en contacto, eso es lo más importante.]

Sin embargo, en realidad quería dejar pasar mucho más tiempo antes de volver a ponerme en contacto con él. Pero ahora que me ha preguntado por tercera vez cómo han ido los primeros días en mi nuevo trabajo, no podía seguir ignorando sus mensajes. Es un adulto y sabrá lo que hace. Si podemos volver a hablar sin que le moleste en absoluto, por supuesto que me alegro.

[Sí] es su siguiente frase para mí en la ventana de chat.

Seguido de: [¿Tienes planes para esta noche?]

Hm...

¿Es inofensivo o sigue esperando más?

[¿Por qué lo preguntas?] Escribo en el chat y me interrumpen.

—¡Hola Audrey! —Liz me llama—. ¿Vienes?

—¡Sí, ya voy!

Así que borro la pregunta del porqué y empiezo de nuevo: [He quedado con un colega para tomar una cerveza después del trabajo. ¿Y tú?]

Matthew teclea otra vez. [Lo mismo. El jefe nos invitó.]

Ya veo. Entonces sólo quería invitarme a una reunión informal con un colega. Entonces todo

está bien entre nosotros. Pero desafortunadamente no puedo.

[¡Genial! Diviértete.]

[¿A qué lugar vas?] quiere saber.

[Creo que el bar se llama Lynnick's. ¿Y tú?]

[Sin duda, el gran Kyle Scott nos lo revelará pronto. O mejor dicho, lo anunciará solemnemente. Y recalcará una vez más que invita a todo el mundo.]

Me río.

[Necesita el factor sorpresa. Que te diviertas. :-)]

—¿Audrey?

—¡Ya voy!

[Hasta luego] le escribo a Matthew, guardo el celular en mi cartera y cojo mis cosas para dejar atrás el escritorio.

Más tarde, de camino al bar, leí su respuesta: [Hasta luego.]

Me río a carcajadas.

—Oh Dios, ¿en serio?

Sonriendo, Liz se lleva la copa de cóctel a los labios.

—¡Lo juro, así es como pasó!

—¿En serio? —quiere saber Mike, otro empleado de nuestro departamento de redacción de ventas.

—¡Sí! Iba con una cadena de oro, la piel bronceada, un jersey demasiado ajustado de color naranja chillón y todos los adornos —dice Liz alegremente.

—¡Y acababa de caer en la zanja! —No puedo parar de reír—. ¡Y quedó totalmente sucio después!

—Pero debe haber estado acordonada la zanja ¿no? —pregunta Mike—, Si no, la ciudad tendría un problema.

—Lo estaba —dice Liz, secándose los ojos—, pero el tipo no lo entendió, fue directo a la zanja y se tropezó.

—No me extraña que estuviera tan ocupado poniéndose en ridículo —digo y doy el siguiente, y último, sorbo a mi *caipirinha*.

—Estaba tan ocupado porque no sólo me silbaba y hacía comentarios sexistas, sino también a todas las mujeres que veía.

—¡Entonces sí que se merecía caer a la zanja! —le digo y choco las copas con ella.

—¡Oh, sí! Hombres, ¡esos idiotas!

Me vuelvo a reír.

—¡Exacto!

—¡Ey! —se queja Mike—, yo también soy un hombre.

—Pero no el tipo de hombre del que estamos hablando —le respondo, dirigiéndole una mirada amistosa. Cerdos superficiales que siguen tratando a las mujeres como objetos intercambiables en pleno siglo XXI.

—Además, tú mismo te reíste cuando te conté la historia —añade Liz con seguridad.

Luego se permite sonreír de nuevo.

—Es un cine mental maravilloso...

—¡Ya está! —dice.

Respiro aliviada. Tomar una cerveza con ellos dos después del trabajo, que no tiene por qué ser necesariamente una cerveza, me sienta bien.

—¿Qué te parece si me toca la siguiente ronda?—sugiero.

—No tengo nada en contra de eso.

—Yo tampoco.

—¿De verdad cerveza esta vez?

—Claro, ¿por qué no?

—Bien, ahora vuelvo. Deséame suerte sobreviviendo a las prisas en el mostrador.

—¡Puedes hacerlo!

Tomo mi cartera, me levanto, me alejo de nuestra mesa y me dirijo al mostrador.

—Tres cervezas —pido cuando uno de los camareros por fin me presta atención.

Asiente sin decir palabra y se pone manos a la obra.

—Son dieciocho dólares.

—De acuerdo. —Me vuelvo hacia la cartera y saco un billete de veinte dólares.

—Disculpe —una voz masculina, profunda y clara, suena de repente a mi lado.

Miro al hombre que está a mi lado.

Me sonrío encantadoramente.

—¿Nos conocemos?

Me quedo inmóvil un momento y me lo pienso.

—No que yo sepa. ¿Y tú?

—No sé... —Me mira, hipnotizado, y sigue sonriendo, frotándose la barbuda barbilla—. Me resultas muy familiar. Para ser más preciso... —Mientras reflexiona, mi mirada se posa en su boca perfecta—. ¿Tu... voz?

Se me corta la respiración.

¿Qué? Desgraciadamente, no consigo localizar *su* voz entre todas las conversaciones que nos rodean y, sin embargo, ya me invade una extraña sensación.

¡Dios mío! ¿Es posible que...

Mi corazón late más rápido, mis manos sudan.

—¿Eres el del club?

Sus ojos se fijan en mí.

—Así es. Así es como nos conocemos.

Capítulo 11

Audrey

Asiente despreocupadamente.

—Así que nos volvemos a ver. —Enseguida se permite escudriñarme de arriba abajo—. Vaya, estás estupenda.

—Eh...

—¿Cómo podría olvidar esa bonita cara angelical?

Levanto las cejas.

—¿No se supone que huiste del club por verme?

—Claro que no —afirma—. Simplemente tuve que marcharme urgentemente. Por desgracia, eso significó que nos perdimos de vista.

—Perdimos de vista, interesante juego de palabras, teniendo en cuenta que no vimos nada en el club.

Sonríe de nuevo.

—Sí ... estaba muy oscuro allí, ¿no?

Le miro con escepticismo. Luego inspiro y quiero decir algo.

—Tres cervezas —interviene el camarero y me pone delante los vasos con las bebidas recién servidas.

No tengo más remedio que volverme hacia él y darle el billete de veinte dólares.

—Tenga.

—Genial, gracias.

Asiento con la cabeza. Luego vuelvo a centrar mi atención en el hombre que está a mi lado, que sigue mirándome como si fuera la única mujer del mundo.

Hace algún tiempo habría dado cualquier cosa por ser mirada por D. de esta manera sin una venda en los ojos, pero...

—No estabas en el club —le digo.

—¿Qué?

—Nunca nos hemos visto antes.

Levanta las comisuras de los labios con inseguridad.

—¿Cómo lo sé? Es muy sencillo. En primer lugar, parece que no tienes ni idea de qué tipo de club estaba hablando. Y en segundo lugar, tú no puedes ser D. de todos modos, porque él ciertamente no se acercaría a mí voluntariamente y llamaría la atención sobre sí mismo. Especialmente no para decirme lo mucho que me echaba de menos. No, olvídalo. Buen intento, pero no soy tan estúpida como para caer en eso.

—¡Lo siento! —afirma—. Cuando te vi a mi lado hace un momento, tenía muchas ganas de conocerte y no se me ocurrió nada mejor que esa estúpida frase de que me resultabas familiar.

—Como quieras. —Quiero tomar los tres vasos de cerveza e irme.

—Espera —me pide con urgencia—. No sé quién es ese D., pero parece un poco idiota.

—Da la casualidad de que tienes razón.

Esperanzado, me muestra de nuevo su hermosa sonrisa.

—Pero, como he dicho, me gustaría conocerte. ¿Qué dices?

Hm...

En realidad, sería exactamente mi tipo.

Cabello oscuro. Ojos oscuros. Barba corta y cuidada. Más alto que yo. Buen físico. Buen estilo de vestir. Gran sonrisa.

Pero...

Él simplemente no es...

—Me mentiste —me oigo decir de repente—. Eso no sería una buena base, pase lo que pase.
—Finalmente cojo las gafas y me doy la vuelta.

—¡Pero si sólo era para empezar una conversación! —continúa desesperado.

Lo siento, digo con los ojos. No puedo.

Una mentira sigue siendo una mentira.

Aunque sólo fuera una frase para ligar.

O, más bien, una frase de familiarización.

No obstante.

No hay manera de que pueda involucrarme con alguien así.

Eso no es posible.

Por esta única razón.

Sólo por eso.

De lo contrario, no habría objeción.

Pero es una buena razón.

¿Verdad?

Con estos pensamientos en mente, llevo los vasos a la mesa. Liz y Mike están charlando animadamente allí.

—Esta podría ser mi oportunidad —dice Liz antes de mirarme.

—Oh, gracias, Audrey.

—Gracias —dice Mike y acepta el vaso.

Mientras tanto, nuestros vasos vacíos han sido retirados.

Vuelvo a sentarme.

—¿Dónde estaba? —Liz reflexiona—. Ah sí. Mi oportunidad, ¿sabes?

—¿Qué es? —pregunto y brindo con ellos por la nueva ronda—. Oh, déjame adivinar. ¿Es sobre la nueva campaña que ha anunciado hoy el señor Rodríguez?

—Exactamente. Dijo que aún no se decide quién lo dirigirá. Y yo quiero hacerlo. Sé que sólo soy un redactor oficial sin título universitario, pero... puedo hacerlo. Me siento preparada. Ahora mismo. Quiero tener esa oportunidad y aprovecharla.

—Entonces será mejor que vayas a verlo el lunes y se lo hagas saber —dice Mike—. Lo conoces a él y a los otros jefes de departamento. No dudarán mucho.

Ella asiente.

—Por supuesto. Tengo que ocuparme de eso ahora mismo.

—¿Tienes ya alguna idea concreta? —quiero saber—. ¿O todavía lo estás pensando?

—No, ya tengo todo eso en la cabeza. —Se da golpecitos en la frente—. El lunes habré formulado mis propuestas y podré mostrárselas. Sólo necesito el valor de acercarme a Rodríguez...

—Puedes hacerlo —le digo.

Mike asiente.

—Hace cinco años que eres redactora en su equipo, Liz. Una de las mejores, como dijo una vez.

—¿Sí? —pregunto—. ¡Mucho mejor!

Liz sonríe insegura.

—Yo... sólo tengo que atreverme... ¡oh, Dios! ¡Ojalá hubiera ido directamente a él hoy! Pero fui demasiado cobarde.

—Oye. —La miro con urgencia—. El lunes a primera hora lo haces. Si no, te arrepentirás para siempre tanto como hoy.

—Sí...

—En serio —digo con urgencia—. Te ayudaré. Envíame tus ideas el fin de semana si quieres y les echaré un vistazo si quieres. Pero, de cualquier manera, Liz. Vas a verlo el lunes. Si no lo haces, no te diré ni una palabra más, y ninguno de nosotros quiere eso, incluido Rodríguez. ¿De acuerdo?

Ella ríe agradecida.

—Trato hecho.

—No, en realidad nadie quiere que dejes de hablar con ella, Audrey. —asiente Mike—. Sobre todo después de que te hayas portado tan bien en las reuniones desde el principio.

Sonríó.

—Haré lo que pueda.

Mi teléfono móvil vibra. Por casualidad, me doy cuenta inmediatamente y lo compruebo.

[¿Sigues en Lynn's?] Me pregunta Matthew.

Mis dedos ya vuelan sobre el teclado de mi celular.

[Iremos a otro lugar, pero aún no sabemos adónde] respondo.

Maldita sea.

Eso es mentira.

Pero no quiero verlo esta noche.

Bien.

Una persona miente para conocer a alguien. La otra para proteger los sentimientos de un antiguo colega. O los suyos propios.

Básicamente, no me decepcionó en absoluto el hombre guapo del bar. Su pequeña mentira piadosa sirvió para entablar conversación conmigo. Es posible que me hubiera explicado la mentirijilla poco después. Y es muy posible que a mí no me hubiera parecido mal, incluso me hubiera parecido dulce.

En otras circunstancias.

Si lo hubiera permitido.

Pero no lo hice.

No puedo.

Todavía no.

Les he dicho a Nelly y Grace que he terminado con los hombres por ahora. Las decepciones han sido demasiado grandes últimamente y necesito concentrarme en mi nuevo trabajo.

Pero si soy sincera, hay algo más que me impide tener una cita.

El nuevo trabajo no lo es. Donde hay voluntad, hay un camino.

Y tampoco es por mis experiencias con los hombres.

Bueno, sólo una.

Una experiencia muy específica.

Toda su belleza. Todo su dolor.

Sólo tengo que agradecerle al hombre los muros protectores que he construido alrededor de mi corazón, y no se lo merece en absoluto.

Sr. D. ...

Pero al menos ya no tengo ganas de llorar. Eso significa que las cosas van mejor.

¿Y por qué no iban a serlo? Apenas lo conozco. Y lo que creía saber no era cierto.

Esto es lo que ocurre.

Dale tiempo, Audrey.

No esperes demasiado de ti mismo hasta entonces.

El recuerdo de la sensación de hormigueo que provocó en ti se desvanecerá pronto.

¿Y quién sabe?

Quizá conozca a un gran hombre que haría cualquier cosa por conocerme. O por el que yo

haría cualquier cosa por entablar conversación con él.

—¿Señorita Bryce?

Levanto la vista de la pantalla y miro a mi nuevo jefe de departamento. —¿Sí, Sr. Rodríguez?
Se aclara la garganta.

—¿Tiene un momento?

—Por supuesto. —Es probablemente la única respuesta aceptable que puedo dar en un momento así.

—Bien. —Se dirige a su despacho, sin duda esperando que le siga.

Y eso es lo que hago.

—*¿Qué quiere de ti?* —me pregunta Liz con los ojos.

No lo sé, respondo con mímica mientras me alejo.

¿Ha pasado algo?, leí en los ojos de Mike.

¡Yo tampoco lo sé! ¡Y ahora cállate!

Mi camino me lleva fuera de la oficina diáfana donde trabajo, por el pasillo y al despacho del Sr. Rodríguez.

—Por favor, cierra la puerta detrás de ti —me indica.

—Sí.

Oh cielos...

No me molesta que mi nuevo jefe de departamento sea lo bastante serio como para que nunca puedas ir a tomarte una cerveza con él. Es exactamente el tipo de jerarquía que esperaba en una empresa de este tamaño, mucho más estricta de lo que es en realidad.

Pero...

¿Qué he hecho para que el Sr. Rodríguez quiera hablar conmigo en privado? El lunes a primera hora. ¡Después de sólo dos semanas que llevo aquí!

Tómatelo con calma.

Puede ser algo normal de lo que quiera hablarte.

O incluso algo realmente bueno.

—Por favor, tome asiento.

—Gracias.

Abre su chaqueta gris claro y se sienta en su silla.

—Srta. Bryce...

¿Sí?

—Como sabe, la línea para la próxima campaña publicitaria sigue abierta.

Asiento con la cabeza.

—Sí, me acuerdo. —Y muy bien, porque Liz quiere solicitárselo hoy mismo.

—Bueno, ¿qué le parece...

¿Sí, Sr. Rodríguez?

—... si uno de nuestros redactores tomara la iniciativa esta vez?

—Oh, creo que es una muy buena idea, señor.

—Maravilloso. ¿Entonces acepta hacerlo?

Tropiezo.

—¿Yo...?

Capítulo 12

Audrey

—Por supuesto —responde con naturalidad y se recuesta en su silla, cruzando las manos sobre el regazo.

Permanezco en silencio.

—Puede que sea nueva, Srta. Bryce, pero me han gustado mucho las ideas que ha aportado en las últimas reuniones.

Mis mejillas se calientan.

—Gracias, claro que me alegro.

—En más de una ocasión, no sólo presentó buenos textos, sino que también fue capaz de desarrollar espontáneamente excelentes ideas bajo la presión del tiempo que iban más allá de un mero texto. Por los colores. Por la atmósfera. Las imágenes. El grupo objetivo. Planteamientos emocionantes que atraen al cliente. Audacia lúdica dentro de las posibilidades técnicas. Lo lleva en la sangre, Srta. Bryce. Mantener una visión general de toda una campaña. Por eso hablé de ello con los demás jefes de departamento.

—Como he dicho, gracias por el cumplido, pero... —Me acomodo nerviosamente el largo pelo rubio detrás de la oreja—. Por mucho que me gustaría aceptar la oferta, no puedo.

—¿No? —expresa con sorpresa—. ¿Por qué no?

Sonrío tímidamente.

—Muchos otros de nuestros departamentos matarían por una oportunidad como ésta. Sobre todo, cuando sólo llevan quince días con nosotros —continúa.

—Soy muy consciente de ello, señor Rodríguez, y en algún momento probablemente me habría dirigido a usted para esta oportunidad. Pero no esta vez.

Sus ojos se entrecierran y me escrutan.

—¿Porque no llevas tanto tiempo con nosotros y no tienes confianza? Me parecería una pena.

—No —respondo con seguridad, decidiendo en ese momento a más tardar ser sincero—. Pero sé que otra persona ya está muy interesada en la gestión de la campaña y le gustaría reunirse con usted hoy. —Incluso tiene que hacerlo, porque yo la convencí de eso.

—¿Entonces no quieres quitarle nada a este alguien? —pregunta.

—Es mucho más que eso —respondo—. También sé que la persona en cuestión ya ha elaborado un concepto. Un concepto que es bueno. ¿Cómo lo sé? Simplemente porque tenemos una buena relación. Si aceptara su oferta aquí y ahora, podría dañar esa relación. Y no quiero eso.

Inspira y quiere responder.

—Y probablemente usted tampoco quiera eso —añado—. La persona en cuestión es un empleado antiguo y leal que siempre ha hecho un buen trabajo en el pasado. Ya me han informado de ello también. Así que, si es un buen jefe de departamento, no querrá llevar a esta persona a la competencia o arriesgarse a causar resentimiento entre otro buen empleado y yo.

Se toma otro respiro para decir algo.

—Por supuesto —continuo mientras intento interpretar la expresión de su cara—. Podría decirse que los colegas de profesión nunca deberían permitirse semejante disgusto y deberían pasar de él. Pero seamos sinceros, así son las cosas, y eso es bueno. Los empleados tienen que demostrar su valía a sus superiores, pero también tienen que ser apreciados por ellos. De lo contrario, el superior jerárquico habrá fracasado en su papel. Siempre es una calle de doble sentido. Y la decisión de dejarme a mí, un completo novato, a cargo de la campaña podría hacer que otros compañeros se sintieran ignorados.

El Sr. Rodríguez se aclara la garganta en voz alta.

—Lo siento. —Levanto las comisuras de los labios avergonzada—. He terminado con mi, bueno, discurso ahora de todos modos.

Parece serio.

—Bien, realmente fueron muchas palabras.

Oh-oh. He puesto todos mis huevos en una cesta. Esperemos que no sea un tiro en el brazo.

—Bueno, Srta. Bryce... —Se sienta y se frota los ojos.

¿Sí?

Luego se ríe.

—Me gusta su franqueza. En realidad, no debería sorprenderme. Coincide con su participación activa en las reuniones, aunque aún sea nueva.

—Me alegro de que lo vea así. Lo que es bueno para una persona a veces es considerado irrespetuoso por otra.

De nuevo, me gano su risa ahumada por mis palabras directas.

—En eso tiene razón, pero puedo tranquilizarla al respecto, porque parece que estamos en la misma sintonía.

Aliviada, asiento con la cabeza y sonrío.

—Muy bien, Srta. Bryce... ¿podría enviar a ese alguien a mi despacho? Después de todo, prometí a los otros jefes de departamento que hoy les entregaría un jefe de campaña.

—Eh...

—Te referías a Liz Aldrin, ¿no?

—¿Cómo lo supo? —No quería delatarla, porque por mucho que quiera animar a Liz a presentarse, al final es su decisión.

—Estaba hablando de cómo reconocer a un buen supervisor, Srta. Bryce. Entonces dígame,

¿yo soy uno? —Me guiña un ojo.

Eso me hace sonreír.

—No puedo prometerle nada, pero le preguntaré a si quiere venir a verle.

Satisfecho, asiente.

—De acuerdo.

Me despido de él con una última mirada, me levanto y me dirijo a la puerta.

—Oh, ¿y, Srta. Bryce?

Me vuelvo hacia él.

—¿Sí?

—Te das cuenta de que podrías simplemente haber aceptado la oferta de dirigir la campaña, ¿no?

—Por supuesto.

Me vuelve a saludar con la cabeza.

Entonces salgo de la habitación, atravieso el pasillo a toda prisa de vuelta al despacho diáfano y me muero de ganas de pedirle a Liz que vea al Sr. Rodríguez.

Un rato después, Liz vuelve a su asiento radiante de alegría. No tiene precisamente cara de póquer, pero ni siquiera parece intentar ocultarlo. Nos sonríe ampliamente a Mike y a mí.

—Chicos... ¡lo he conseguido!

—¿Quieres decir que dirigirás la campaña? —pregunta Mike.

Alegre, Liz asiente y se pone a bailar.

—¡Es estupendo! —dice Mike—. ¡Felicidades!

Me levanto de la silla, corro hacia ella y la abrazo.

—¡Qué bien! ¡Sabía que pasaría!

—Gracias. —Me devuelve el abrazo y me mira a los ojos—. Por todo.

—¿Hm? —digo.

—Escucha, no voy a preguntarte qué quería el Sr. Rodríguez que hicieras y si soy la segunda opción.

—Eh...

—No me importa, ¿sí? El hecho es que me han puesto al mando. Y voy a demostrar a los de arriba que tomaron la decisión correcta.

Ahora yo también tengo que sonreír feliz.

—¡Sí!

—Y tú serás mi suplente.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿En serio?

—Por supuesto. Eso ya está acordado. El trabajo en la campaña para el proveedor de telecomunicaciones llevará mucho tiempo. Necesito tu apoyo y me gustaría saber que puedes intervenir si yo no estoy disponible. —Vuelve alegremente a su asiento—. Así que prepárate para unas cuantas horas extra, Audrey.

Me río.

—¿Contigo, Liz? Siempre.

—¿Estás contenta por las horas extra? —dice Mike con una mueca y sacude la cabeza—. Lo haces porque sí. Yo sólo quiero escribir unos cuantos textos al día y luego irme a casa.

Nos reímos.

—Hablando de eso —añade—. ¿Qué tal si vamos por una cerveza después del trabajo hoy?

—¿Otra vez? —pregunto con una sonrisa—. ¿Se supone que tenemos que mezclarnos así con la gente?

—Ahora que somos tan importantes y estamos tan ocupadas... —lo molesta también Liz—. Primero tenemos que revisar nuestra agenda.

—Quieres decir que ahora que estás subiendo en la escala profesional, puedes seguir adelante e invitar a un pobre mortal como yo a una cerveza o dos.

—Oh, ¿varias? —Tengo que reírme otra vez.

—Bromista —le reprocha Liz en tono cariñoso—. Nosotras también somos simples mortales.

Ella y yo nos miramos.

—¡Todavía! —bromeamos las dos al mismo tiempo.

Mike suspira.

—Lo principal es que me den mi cerveza.

¡Oh!

Parece que fue una decisión absolutamente acertada acabar aquí.

Aquí mismo.

En Grupo Donovan.

—Aunque deliberadamente se utiliza muy poco, la escritura cursiva es una parte importante del concepto —explica Liz.

Esa es mi señal y muestro la siguiente diapositiva de la presentación en el proyector.

—En cada texto publicitario se pone un máximo de una palabra en cursiva, mientras que el resto de las palabras se muestran en el tipo de letra normalizado —prosigue—. Esto nos permite controlar con elegancia en qué término se centra la atención. Sin embargo, este efecto sólo puede ser eficaz si también difundimos anuncios que no utilicen la cursiva en absoluto. En su lugar, los elementos gráficos cobrarán protagonismo en estos anuncios.

Los jefes de departamento que se han reunido para escuchar la presentación de la campaña asienten con satisfacción.

Vuelvo a tocar la tableta para que aparezca la siguiente diapositiva.

Liz continúa.

—En estos elementos gráficos también se utiliza el color rojo vivo, que no solo ofrece un fuerte contraste con el logotipo azul oscuro de la empresa de telecomunicaciones, sino que también aparece como elemento unificador en todos los anuncios y apariciones. —Luego sonrío al grupo—. Hasta aquí el diseño de nuestra campaña, muchas gracias por su atención.

Los jefes de departamento aplauden.

—Mis felicitaciones, señora Aldrin, ha hecho un trabajo excelente —dice Tom Evans, que dirige el equipo gráfico.

—Gracias, pero el mérito no es sólo mío, sino de todos los redactores, diseñadores gráficos, programadores y demás colegas que trabajaron en el concepto. —Al momento siguiente me señala a mí—. Por último está mi representante, Audrey Bryce.

También me saludan con la cabeza.

Sonrío agradecida y también asiento con la cabeza.

—Teníamos una líder estupenda —le devuelvo la pelota a Liz, que sonrío en respuesta.

—¿Hay alguna pregunta? —dice a continuación a las damas y caballeros.

Los jefes de departamento de la agencia de publicidad intercambian miradas.

—No —responde entonces el Sr. Rodríguez—. Has hecho un trabajo demasiado bueno para eso. Por favor, prepare todo lo necesario para que la campaña pueda ser presentada al cliente.

—Me encantaría.

Liz y yo estamos radiantes de alivio y alegría.

—Muchas gracias —presenta el final de la reunión—. Espero que pasen una velada estupenda.

Los jefes de departamento asienten, se despiden y abandonan la sala de conferencias. Finalmente, solo quedamos el Sr. Rodríguez, Liz y yo.

—Muy bien hecho —nos dice a las dos—. Estamos muy contentos, y esperamos que el cliente también.

Liz asiente.

—Ése es el objetivo.

—Si el cliente sabe lo que es bueno, le encantará —digo.

Los dos se ríen.

—Ha vuelto a dar en el clavo, Srta. Bryce. —Sonríe—. Bien, entonces si no hablamos hoy, ya es bastante tarde, las veré mañana para la reunión del departamento.

—Por supuesto —dice Liz.

Se da la vuelta para marcharse. En ese momento, tres sombras pasan revoloteando por delante de la puerta abierta.

Oh, ¿no era el dueño... el Sr. Donovan?

—¡Alexander! —grita el Sr. Rodríguez y corre tras él. Sale de la sala de conferencias por el pasillo y desaparece de mi vista—. ¿Tienes un minuto? —le oigo preguntar en voz alta.

Vuelvo a mirar a Liz y respiro hondo.

—Vaya, la presentación no podía haber salido mejor, ¿verdad? —Le devuelvo la tableta.

—¡Tú lo has dicho! Por precaución, me preparé mentalmente para el hecho de que pudieran querer hacer cambios, pero esa preocupación probablemente fue en vano. —Desconecta la tableta del proyector.

—Porque tu campaña es buena.

—Nuestra campaña —corrige, agarrando la tableta bajo la axila.

Me río.

—Sí, de acuerdo.

También inspira y exhala fuerte.

—Las horas extras de las últimas semanas parecen haber dado sus frutos.

La sigo hasta la puerta.

—Si dejas que Mike oiga eso, querrá que le invites a una cerveza para celebrarlo.

—Oh, ¿por qué no?

—Así es, ya era hora otra vez.

Regresamos hacia el pasillo. Veo que el Sr. Rodríguez está de pie unos metros delante de nosotros, hablando con alguien. Otros dos hombres están más atrás y parecen esperar. Cuanto más me acerco, más segura estoy de que con quién habla es el Sr. Donovan. Eso encajaría con el hecho de que nuestro jefe de departamento acabe de dirigirse a él como Alexander.

¡Vaya, Alexander Donovan se ve increíble!

Incluso mejor en la vida real que en las fotos de prensa.

Teniendo en cuenta cuántos empleados dependen de él y las sumas de dinero que maneja a diario, es fácil que se sienta intimidado.

Al mismo tiempo, irradia pura calidez e incluso familiaridad.

¡Y esa risa que acabo de oír!

Prohibidamente encantador.

Y tan... familiar.

—De todos modos, mi mujer y yo celebraremos pronto nuestras bodas de plata y nos encantaría que tú también vinieras, Alexander —escucho decir a nuestro jefe de departamento—. Pero por supuesto entendemos si no tienes tiempo.

—Gracias por la invitación —resuena la voz profunda y fuerte de Alexander—. Si hay tiempo, me encantaría ir.

Queremos pasar por delante de los dos peces gordos sin decir palabra, pero cuando el Sr. Rodríguez se fija en nosotras, aprovecha para informar a Alexander Donovan.

—Ah, Alexander, ¿puedo presentarte? Estas dos señoritas dirigen la campaña publicitaria de *Kab Tech*, y puedo decirle que el concepto ha resultado brillante. —Nos señala a su vez—. Liz Aldrin y Audrey Bryce.

—Encantado de conocerte —dice y estrecha la mano de Liz.

Hm...

Suelta una risita nerviosa.

—El placer es mío, Sr. Donovan.

—Por favor, llámame Alexander.

Esta voz...

Le estrecha la mano con demasiada prisa.

—Pero sólo si me llamas Liz.

Su gran carcajada vuelve a sonar y consigo ver su deslumbrante sonrisa.

—Me encantaría, Liz. —Su mirada gira hacia mí. Y con ella, el olor de su loción de afeitar.

¡Dios mío! ¡Dios mío!

Él es...

—Sra. Bryce, hola —me dice y también me ofrece la mano para un saludo formal—. ¿O puedo decir Audrey?

Esto no es posible.

Esta voz.

Esta risa.

Ese olor.

Aún recuerdo todo esto mejor de lo que me permití.

¡Es él!

¡Sí, cielos, es él!

¡Es D.!

Capítulo 13

Audrey

—Disculpe —añade, porque sigo sin poder emitir sonido alguno, y mucho menos aceptar su ofrecimiento de estrecharle la mano—. ¿Puedo...? —Se calla y parece darse cuenta de lo angustiada que estoy.

Lo miro con ojos enormes.

No puedo creer que sea él.

No se consigo darle la mano.

Quiero darle una bofetada.

Tengo que salir de aquí.

Todos estos pensamientos y muchos más pasan por mi cabeza al mismo tiempo.

—¿Audrey? —pregunta ahora Liz.

Parpadeo, la miro, retrocedo unos pasos y dejo que mi mirada oscile entre ella y Alexander. Tiene que ser una broma.

—Sra. Bryce —pregunta ahora el Sr. Rodríguez—, ¿se encuentra bien?

Alexander da un paso hacia mí. Me mira preocupado, abre la boca, quiere decirme algo.

Entonces me doy cuenta. Giro sobre mis talones y salgo corriendo. Sin pensármelo ni esperar su reacción, salgo corriendo.

—Qué... —oigo decir a Alexander.

—¡Audrey! —grita Liz.

Pero no puedo. No puedo estar cerca de él ni un momento más. Su presencia me ahoga la garganta, su mirada, el sonido de su voz y su olor aún más. Ya es bastante malo que me recuerde lo que oí y olí en el club antes de que me rompiera el corazón en mil pedazos, pero el hecho de que ahora tenga que ponerse delante de mí en carne y hueso además de ser mi nuevo jefe ¡es demasiado!

Completamente angustiada, corro al baño de mujeres más cercano, entro furiosa y me encierro en uno de los cubículos. El corazón me va a mil por hora, y no solo porque corra como si me persiguiera una manada de leones hambrientos.

El león del que he huido lleva un traje de color gris oscuro y zapatos negros de diseño.

D.

¡Así que es Donovan!

¡No puedo creerlo!

Hay tres millones y medio de habitantes en Seattle, ¿y él más que nadie debe ser quien me conoció en el club y me dejó tirada como un perro?

¡Él más que nadie!

¡Mi nuevo jefe!

Destino, ¡tienes muy mal sentido del humor!

Ayuda...

Respiro con dificultad y me seco las lágrimas. Sollozando, salgo del cubículo y voy hacia el lavabo.

Así que ahí estoy, de pie frente al espejo de un baño, llorando y llena de pena, mirándome a mí misma, un triste montón de miseria.

Gracias a él.

Otra vez.

¡Eso no puede ser verdad!

¿Por qué él?

¿Por qué yo?

¿Por qué, destino, por qué?

Mis ojos se entrecierran como rendijas mientras sigo mirándome en el espejo. A la tristeza abrumadora se une una rabia paralizante.

Él...

¡Ni siquiera me reconoció!

Por supuesto que no.

Él me hizo enojar hace mucho tiempo.

¡Qué egocéntrico!

De acuerdo.

Cálmate, Audrey.

Tranquilízate.

Seca las lágrimas.

Otra vez.

Respira hondo.

Una vez más.

Y luego contrólate, joder.

Así que no te reconoció. Bueno, no hiciste ningún ruido en su presencia y, ahora que lo pienso, hoy llevas un perfume diferente al que llevabas ese día. Así que la única forma en que podría haberte reconocido es si te hubiera visto después de que... ya sabes qué... hiciéramos algo el uno al otro.

Cuando me doy cuenta de lo unidos que hemos llegado a estar él y yo en esta habitación oscura, se me pone la piel de gallina.

Él y yo, tuvimos...

Juntos...

¿Yo con él?

¿Con Alexander Donovan, el exitoso y guapo director general para el que trabajo desde hace unas semanas?

¡Concéntrate, Audrey, ahora no se trata de eso!

Así que...

No me reconoció.

No, no lo hizo, de lo contrario habría reaccionado de manera diferente. Ciertamente no tan molesto como yo, pero diferente cuando me miró. Quizás molesto. Avergonzado. Divertido. Indiferente. Pero no tan sorprendido como acababa de mirarme.

Sin embargo.

El hecho es que no tiene ni idea de que soy B.

Probablemente ni siquiera recuerde este... nombre.

Eso es bueno, ¿no?

En caso de que quiera quedarme aquí.

Como empleado de esta empresa.

Su empresa, ¡oh Dios!

No, Audrey, cálmate. No pasa nada.

Aunque nunca descubra por qué reaccioné así, mi comportamiento fue muy extraño.

Para él, yo podría ser la mujer más grosera o la más loca que haya conocido.

¿Tendrá consecuencias mi huida?

¿Ya no tengo trabajo?

¿Debería quedarme aquí?

Mis pensamientos dan vueltas en círculos.

Pero es una cuestión importante.

Tomando en cuenta lo último que pasó, ¿quiero quedarme aquí?

Aquí... en Grupo Donovan... sabiendo que el logotipo de mi jefe me recordará día tras día lo que ocurrió en el club y lo mal que me sentí después.

Eso sería duro.

Extremadamente duro.

Para mí. Para nadie más. Pero para mí.

Este agotador carrusel de pensamientos sigue dando vueltas en mi cabeza durante un buen rato. Sin llegar siquiera a una conclusión, finalmente tengo que obligarme a salir del baño. Puede que Liz ya esté preocupada. O el señor Rodríguez podría estar enfadado. O ambas cosas. Prefiero no imaginarme lo que podría pensar Alexander sobre el incidente.

Lo principal es que no tengo que volver a verlo.

Nunca más.

¿Eso significa... que se fue?

Esta pregunta abrumadora me hace querer aventurarme de nuevo en el pasillo. Respiro hondo otra vez, me miro en el espejo para ver si vuelvo a tener buen aspecto y finalmente me recojo el cabello.

Respiro hondo otra vez.

Entonces abro la puerta, salgo del baño, miro hacia arriba... ¡y hago una mueca de horror!

Justo enfrente está nada menos que Alexander, apoyado contra la pared, con las manos metidas despreocupadamente en los bolsillos de sus pantalones de traje gris oscuro. Inmediatamente me doy cuenta de que no puede ser una coincidencia que esté esperando, y precisamente aquí.

Ni idea de dónde están Liz y el Sr. Rodríguez ahora.

Puede que su jefe le haya dicho que se fuera. Oh, tal vez mi imaginación está corriendo conmigo ahora, ya no estoy lúcida de todos modos.

En cualquier caso, Alexander se dio cuenta de adónde había huido y desde entonces ha estado acechando justo al otro lado de la puerta.

Espera y acecha.

Por mí.

Me paralizó de nuevo y lo miro con los ojos muy abiertos. Como un ciervo asustado al que atropella un coche sin frenos. Odio sentirme y comportarme así. Por segunda vez en pocos minutos. Pero la mirada de Alexander y todos los dolorosos recuerdos que ahora asocio con él no me dejan otra opción.

—Hola —dice, apartándose de la pared, sacándose las manos de los bolsillos y dando uno o dos pasos hacia mí.

Hola.

Como entonces en el club.

¿Es esto también algo más que una coincidencia?

¿Me ha reconocido mientras tanto y quiere... hablar?

Tengo que tragar.

—Hola.

Sonríe inseguro.

—Por favor, perdóname si te he despistado.

¿Hm?

—Sé que no a todo el mundo le gusta —continúa—, tutearse enseguida, aunque aún no te conozca.

Lo comprendo. Todavía no sabe que soy la mujer del club. O simplemente no le importa.

—Forma parte de nuestra filosofía aquí, y espero que puedas acostumbrarte con el tiempo.

Todavía lo miro como si fuera un extraterrestre.

Un alienígena increíblemente guapo.

Con el corazón helado.

Todas esas palabras amables... ese cálido resplandor...

Un espejismo.

O quizás una de sus verdaderas caras. En la oficina durante el día.

Pero desde luego no por la noche en ningún club.

Esperanzado, sigue intentando convencerme. Esperanzado y con una sonrisa encantadora que parece arrancarme el corazón del pecho una vez más.

—Por favor, no te lo tomes como una orden, pero... eres nueva aquí y quiero que hagas muy bien tu trabajo. Por eso espero que nos llevemos bien.

Sí, por supuesto.

En absoluto.

¿Así que eso es lo que te gustaría... D.?

¿Y así funcionará a partir de ahora?

¿Qué nos llevemos bien?

Impensable.

Alexander se aclara la garganta.

—Okay, no quiero seguir interrumpiéndote, seguro que tienes mejores cosas que hacer.

Dios, es lindo cuando dice algo así, él de todas las personas, el jefe ocupado...

¡No! ¡Deja de pensar que es lindo ahora mismo!

¡Eso no está bien!

Sobre todo, porque amenaza con hacerme llorar de nuevo.

Es...

Duele tanto...

¿Y eso por qué? ¡Cuando en realidad sé que es un mujeriego!

—Lo entiendo —dice—. Ahora te dejo en paz.

Así que... ay...

—Una vez más, bienvenida a la familia Donovan.

¿Soy la Sra. Donovan?

No, ¡claro que no se refería a eso!

¡Ja, eso sería aún mejor!

Se aclara la garganta.

—Pero antes de despedirnos, ¿me dirás cómo puedo llamarte ahora? Entonces se atreve a dar otro paso para acercarse.

Me doy cuenta de que me tiemblan los labios. Y de lo molesta que sigo estando por no haber sido reconocida por él. También siento la necesidad de decir algo que realmente va en contra de toda razón.

—¿Audrey? —pregunta, lo que me hace estremecer.

No lo hagas, Audrey.

No digas eso ahora. No.

—¿O prefiere Srta. Bryce?

O también podrías llamarme B.

¡Di! ¡Dilo! ¡No!

Como sigo de pie, callada y quieta, se toma el derecho de acercarse aún más a mí.

—¿Hola? —Y entonces me da un golpecito serio en la frente—. ¿Audrey?

Capítulo 14

Alexander

No sé por qué hago esto, pero supero los últimos centímetros que nos separan, me pongo justo delante de ella y me atrevo a darle un golpecito en la frente. Por un lado, me atrae mágicamente desde que nos encontramos hace unos minutos. Por otro, aún no ha hecho ningún ruido y empiezo a sentirme como un completo idiota hablando solo. ¿Qué le pasa?

—¿Hola? —le pregunto, golpeando suavemente mi dedo índice contra su frente una vez—.
¿Audrey?

Por desgracia, lo único que consigo es que se estremezca y me mire aún más aturdida que antes.

Dios... Esos brillantes ojos verdes. Podría perderme fácilmente en ellos.

Pero el hecho de que el horror escrito en su dulce rostro se dirija a mí me perturba. Por lo visto, lo empeoro con cada movimiento y cada palabra.

Tengo que aclararme la garganta otra vez. Sorprendentemente, se me seca la boca una y otra vez cerca de esta mujer.

Su nerviosismo me pone nervioso.

Sí, debe ser eso.

Joder.

Me encantaría seguir mirándola insistentemente y aguantar hasta que por fin me cuente qué pasa.

Mejor dicho, que me cuente qué problema tiene conmigo.

Conmigo.

De eso no cabe duda.

No lo entiendo ni con la mejor voluntad del mundo.

Pero una persona ciega probablemente lo reconocería.

Un ciego...

Ciego...

De nuevo, eso me recuerda...

No, ahora no. Hay otra mujer delante de ti en este momento, y parece que le estás haciendo la vida más difícil a ella también.

Aparentemente ese es realmente mi estilo. Hacer infelices a las mujeres.

Tanto si es mi intención como si no.

Una maldición.

Mi destino.

¿Dónde estaba? Ah, sí.

Debería dejar de mirarla y de hablarle. Antes de que todo degenera en acoso.

Acoso no deseado, eso sí.

Y, sin embargo, parece que es así.

Estoy acosando a esta mujer.

Este ángel rubio llamado Audrey Bryce.

Hm.

Se parece un poco a la actriz Blake Lively, diría yo. No exactamente así. Pero al menos igual de guapa. Nariz perfilada. Labios perfectos. Una bonita marca de nacimiento a la derecha de la nariz que invita a besarla.

Oh.

Dios.

Ya no se me puede ayudar, ¿verdad?

—De acuerdo —murmuro, doy un paso atrás y dejo que mis manos vuelvan a desaparecer en los bolsillos del pantalón.

Asiento con la cabeza a modo de despedida.

Y luego pienso en lo que podría decir como conclusión a esta conversación en la que solo he hablado yo.

Curiosamente, no se me ocurre nada. Eso es nuevo para mí. Esta mujer me inquieta de una manera que nunca antes había experimentado. Aunque el sentimiento parece ser mutuo.

Sin decir nada más, doy media vuelta y me voy. En cualquier otro caso, hacer eso habría sido una grosería, pero en este caso, probablemente le hice el mayor favor de todos. No entiendo por qué. Y parece que nunca lo sabré.

Cuando me alejo un poco de ella, la oigo empezar a moverse también. Sin más preámbulos, me detengo y me doy la vuelta de nuevo. Para mi decepción, se dirige en dirección contraria. Mi sentido de la orientación que debe de ser más fuerte en mi propio edificio me dice que se está desviando para alejarse de mí lo antes posible ahora que la he dejado sola.

Extraño.

Qué encuentro tan extraño.

He experimentado muchas cosas cuando he conocido a nuevos empleados por primera vez.

Adulación.

Nerviosismo.

Metidas de pata.

Euforia.

Tensión.

¿Pero esto?

Esto fue...

Incomparable.

Tan agonizante como me miraba Audrey, sólo puedo desear por ella que no tenga que volver a cruzarse en mi camino.

De hecho, sí lo deseo.

Capítulo 15

Audrey

Atrás queda una noche terrible y sin dormir. Incluso cuando dejo que el ascensor me lleve al piso donde trabajo, estoy muy nerviosa. No me extraña no haber podido dormir. Desde que me fui del trabajo ayer, me atormenta una gran pregunta:

¿Tengo que renunciar?

Por un lado, la experiencia de ayer demostró lo difícil que me resulta superar a D., o mejor dicho, toparme con Alexander. Y mientras siga siendo empleada de su empresa, eso podría ocurrirme de vez en cuando.

Por otra parte, me siento como en casa en la agencia de publicidad que forma parte de su grupo de empresas. Mis proyectos son increíbles. Colegas como Liz y Mike hacen el trabajo más ameno. Y el hecho de poder ayudar a Liz con la campaña y ganar mis primeros puntos profesionales supera mis sueños más salvajes para ser mi primer mes en Grupo Donovan.

Donovan... D. ...

¿De verdad quiero dejar que me estropee todo esto?

¿Eso también?

Tal vez en el futuro pueda afrontarlo mejor si alguna vez se encuentra cara a cara conmigo. Ahora que sé que tengo que esperar ver a D. de vez en cuando. Fugazmente.

En cualquier caso, aún no he oído nada sobre mi despido. Ningún correo electrónico ni ninguna llamada telefónica lo sugieren. Quizá Alexander hace tiempo que se olvidó de mí y ya no piensa en la angustiada redactora publicitaria nueva. Y mientras no quiera renunciar por voluntad propia, seguiré viniendo a trabajar.

Es cierto que por un momento me planteé la idea de decir que estaba enferma, al menos por el momento. Pero ¿eso me haría sentir mejor?

Probablemente no.

Entonces estaría echada en casa todo el día.

Ningún hombre en el mundo tendrá este poder sobre mí.

Nadie.

Ni siquiera a él.

Así que el lema es: “Cierra los ojos y sigue adelante”.

Con suerte, Alexander no volverá a cruzarse conmigo tan pronto. Afortunadamente, las posibilidades son buenas, teniendo en cuenta lo grande que es Grupo Donovan.

Sin embargo, estoy a punto de enfrentarme a un encuentro desagradable.

Porque ahora que me dirijo a nuestro departamento, no tengo más remedio que visitar antes al

Sr. Rodríguez en su despacho y disculparme por mi comportamiento de ayer. Aunque todavía no se me haya ocurrido una buena excusa.

Me detengo ante su despacho cerrado y respiro hondo. Luego toco la puerta y espero.

—Adelante.

Abro la puerta y entro, haciendo inmediatamente una mueca de culpabilidad.

El Sr. Rodríguez me mira.

—Ah, Sra. Bryce. Buenos días.

—Sí, bueno, buenos días, escuche...

Se ríe. Y parece sorprendentemente relajado.

—¿Te sientes mejor hoy?

—Sí, mucho mejor. Gracias.

—Qué bueno. Por Dios, ayer me diste un buen susto. Te pusiste muy pálida.

—Lo siento mucho. No quería asustarlo.

—Está bien. Al principio quería mandar a buscarte o llamarte yo mismo. Pero me aseguraron que no era necesario.

Lo comprendo. Ayer cuando volví a mi puesto le aseguré a Liz que no me pasaba nada y que sólo me encontraba mal. Enseguida me preguntó si podía estar embarazada, pero enseguida le aseguré que no era así. Mis náuseas tenían otros motivos. Entonces supuso que podría haber comido algo en mal estado. O que estaba demasiado emocionada por la presentación a los jefes de departamento. Lo dejé así y me despedí. A lo mejor le pedí que le dijera al Sr. Rodríguez que ya me encontraba mejor, no recuerdo.

—...Srta. Bryce —es lo siguiente que oigo de él.

—¿Hm? Disculpe, ¿podría repetir lo que dijo?

El Sr. Rodríguez vuelve a reír.

—No se preocupe por eso. No se preocupe por nada. Todo está bien. ¿De acuerdo?

Sonríó aliviada.

—Sí, gracias por su comprensión. Ha sido bastante desagradable para mí.

—¡No tiene por qué! —Hace un gesto con la mano—. No se preocupe. Y estoy encantado de poder invitarte a mi aniversario de boda.

—Oh —digo—. ¿Me está invitando a la celebración de sus bodas de plata?

—Veo que ya estás bien informada —dice con satisfacción—. Así es, mi esposa y yo celebramos que nos dimos el “sí, quiero” hace 25 años. Y nos encantaría que nos acompañara el próximo día 5.

—Vaya, gracias, señor, yo... —No esperaba que me invitara.

¿Pero no estará también Alexander? No lo sé. ¿Ha dicho que sí? ¡No puedo preguntarle eso al Sr. Rodríguez!

—¿Entonces mi esposa y yo podemos contar contigo? —quiere saber.

Sonríó nerviosa y me quito un mechón rubio de la cara.

—¿Cuántos invitados se esperan en realidad? Tengo curiosidad.

—Bueno, mi mujer tenía la idea de una gran celebración.

—Eso suena bien —digo con alivio—. ¿Así que también vendrán muchos empleados?

—Empleados, amigos, familiares: todo el paquete —se ríe—. Habrá trescientos invitados en total.

—¡Wao! —me maravillo.

Se ríe.

—¿Qué puedo decir? Cuando a mi esposa se le mete algo en la cabeza...

—Y las esposas siempre tienen razón —bromeo y me relajo cada vez más.

—Ha vuelto a dar en el clavo, Srta. Bryce. Esposa feliz, vida feliz.

Ahora me permito reírme.

—Estupendo, entonces mi esposa y yo esperamos verla. Le enviaré una invitación oficial durante la semana. Incluirá la hora y la dirección del restaurante.

—Gracias, Sr. Rodríguez. Tengo muchas ganas de ir a la fiesta.

Y en ese momento, tomo una decisión: ¡no dejaré que D. alias Alexander me estropee nada! ¡Ni un trabajo, ni un paseo por el edificio, ni una fiesta!

Poco después, me despido por ahora de mi jefe de departamento y continúo mi camino hacia el despacho donde tengo mi escritorio. Mike ya está allí y me saluda amablemente, pero ya está absorto en su trabajo. Liz no tarda en entrar en el despacho.

—¡Hola Audrey! —salta sobre mí enseguida—. ¿Te sientes mejor? o estás... ya sabes... —Me señala el estómago.

—No estoy embarazada. Me siento mejor. Especialmente ahora que el Sr. Rodríguez me ha invitado también.

Me mira interrogante.

—¿Invitado? ¿A qué?

—Bueno, a su aniversario de boda.

—¿En serio?

—¿No te invitó? —pregunto, igualmente desconcertada.

—No que yo sepa. Pero quizá se dio cuenta enseguida de que ese día yo estaba de vacaciones.

—Puede ser. —Me encojo de hombros—. O te invitará después. Porque dijo que iba a ser una gran fiesta.

Liz enciende el ordenador.

—Quién sabe. Da igual. De todas formas, no puedo. —En realidad parece relajada y hace rato que está ocupada revisando su correo electrónico—. Que invite a Mike.

Me río.

—¿Mientras haya cerveza?

—¿Hm? —dice Mike y nos mira.

—Oh, nada —decimos Liz y yo sincronizadas.

—¡Sí, claro! ¡Acabo de oír que dijeron cerveza!

Eso nos hace reír.

Oh... en realidad todo es igual que las últimas semanas. Igual de hermoso.

Sigo sintiéndome como en casa.

Y no me gustaría renunciar a eso.

Esta mañana me enteré de que la inseminación artificial de Grace funcionó esta vez, ¡qué maravilla! Estoy encantada por las dos. Pero también quiero tomarlo como un buen augurio para mí.

Quiero mirar hacia delante.

El satén verde oscuro se ciñe a mis curvas mientras camino hacia el restaurante. Cuando el Sr. Rodríguez me envió los detalles de su banquete, no sólo pidió donativos benéficos en lugar de regalos, sino también un buen traje de noche. El hecho de ponerme mi vestido más caro y mis mejores joyas parece haber sido una buena decisión. Incluso desde fuera, el restaurante da una impresión elegante. Me dirijo a la entrada por una alfombra roja y me recibe un conserje de edad avanzada con un elegante uniforme. Con una elegante inclinación de cabeza y un cortés saludo, me abre la puerta y me desea una agradable velada. Me pregunto brevemente si debería preguntarle adónde tengo que ir, pero al darme cuenta en el vestíbulo, un gran cartel con letras plateadas indica el camino a los invitados de la fiesta de los señores Rodríguez. Sigo las instrucciones y acabo en una sala mediana magníficamente decorada.

—Buenas noches, señorita —me saluda el primer camarero vestido con un traje blanco. Con una sonrisa amable, levanta su bandeja y me ofrece una copa de bienvenida, puedo elegir entre champán, Negroni, whisky y Kir Royal.

Me decido por lo segundo y tomo una de las copas de champán rojo fuego de la bandeja.

—Gracias.

El camarero me desea una buena noche y se va.

Con la copa de champán en la mano derecha, me adentro en el bullicio y echo un vistazo a mi alrededor. Busco en vano una mesa de regalos, cuando recuerdo que doné doscientos dólares a *Feeding America*, y me hace sentir bien. Pero hay algo que abunda en esta sala: trajes negros y relucientes vestidos de noche por todas partes. La gente bebe y charla bulliciosamente. No dejo

de ver si encuentro a alguien que conozca.

De hecho, reconozco algunas de las caras, ya que conozco a una o dos personas de la empresa. Bastantes empleados de Grupo Donovan se han reunido aquí para celebrar por todo lo alto el 25 aniversario de boda de los Rodríguez. Sin embargo, no tengo una relación estrecha con la gran mayoría de ellos. Y hay una razón muy sencilla, estos colegas en su mayoría mayores, son jefes de departamento y de división de la agencia de publicidad o de otros departamentos. A otros no los conozco, pero podrían ser inversores o algo así.

Sí, cuando miro ahora a mi alrededor, hay bastantes empleados Grupo Donovan, pero básicamente son los de más arriba. De hecho, ¡sólo están ellos! Incluso cuando miro a mi alrededor, no veo ni una sola persona de mi departamento, ni un solo diseñador gráfico, programador u otro empleado normal.

Ya sabía que tanto Liz como Mike no estarían aquí. Resultó que no sólo Liz no podía asistir hoy, sino que Mike tampoco tenía tiempo. Ya sabía desde hace días que el señor Rodríguez había sido informado de eso y que podría no haberlos invitado por este motivo.

Por lo demás, dejé que la velada viniera a mí. Las celebraciones de boda son maravillosas, y me gustaría seguir formando parte de la compañía. No debería importar quién esté entre los invitados y si incluso me encuentro con Alexander, si es que está libre hoy. Y si llegase a pasar esto, esta vez estaré preparada y reaccionaré con más calma. Como no se ha puesto en contacto conmigo en los últimos días y el Sr. Rodríguez no ha vuelto a mencionar el incidente, espero tener esta segunda oportunidad.

Pero...

¿Soy el único empleado normal aquí?

—Ah, ahí está —oigo decir más alto a una voz conocida.

Instintivamente miro a mi alrededor buscando el origen de estas palabras hasta que veo al señor Rodríguez frente a mí, con una mujer de su edad a su lado y a... ¡Alexander! Mi mirada no sabe dónde detenerse y oscila de un lado a otro, perdida. Sin embargo, consigo esbozar una sonrisa que enmascara mi verdadero estado de ánimo.

Hasta aquí, todo bien.

—Srta. Bryce —me saluda mi jefe de departamento—, me alegro de que haya podido venir. Le presento a mi encantadora esposa, que lleva veinticinco años junto a mí.

Inspiro y estoy a punto de responder cuando alguien se dirige a Alexander.

—Un momento —nos pide—. Ahora vuelvo. —Él y la otra persona se alejan un poco, al parecer para hablar de algo confidencial o relacionado con los negocios.

No quiero distraerme más y dirijo mi atención a los anfitriones.

—Buenas noches, señora Rodríguez, señor Rodríguez. —Les doy la mano uno a uno—. Mis mejores deseos en su boda de plata.

—Muchas gracias, Srta. Bryce —responde ella.

—Tengo que darle las gracias por invitarme. Es un honor y un placer estar aquí en esta ocasión tan especial.

—Vamos —dice tranquilamente el Sr. Rodríguez—, dadas las circunstancias, es normal que asistieras.

¿Qué circunstancias?

—¡Por favor, no hay por qué ser tímida! —comenta el Sr. Rodríguez ante mi silencio—. Esta noche no se trata de trabajo, ¿de acuerdo? Así que, por favor, siéntete libre de bailar.

—Gracias... —digo perpleja.

—Ya te he dicho lo que siento al respecto.

¿Sí?

Hm...

Sí, es cierto, cuando me presenté en su despacho tras mi inesperado reencuentro con Alexander, también me dijo una vez que no había por qué avergonzarse. Pero eso era en referencia a mi extraño comportamiento, ¿verdad? ¿O no?

¿Y qué circunstancias hacen que sea natural que esté aquí esta noche como un empleado más?

—En cuanto Alexander me dijo que usted era su acompañante, no lo dudé e hice que la pusieran en la lista de invitados, Srta. Bryce.

Casi se me cae el vaso.

¿Qué?

Capítulo 16

Audrey

Miro a Alexander, que sigue hablando con alguien.

—De todas formas, no puedo decirle a Alexander lo que tiene que hacer —continúa el señor Rodríguez, haciendo que vuelva a mirarlo—. Pero no tengo absolutamente ninguna objeción en su conexión.

¿Conexión?

¿Entre Alexander y yo?

Qué demonios...

Mis ojos giran de nuevo hacia él, es el hombre más atractivo de toda la sala. Y ahora vuelvo a mirarlo así. Sin palabras. Abrumada. Casi angustiada.

—¿Va todo bien, Srta. Bryce? —mi jefe de departamento vuelve a llamar mi atención.

—Eh, sí... —Sonrío insegura al Sr. y la Sra. Rodríguez—. Muchas gracias.

Mi jefe de departamento quiere decir algo más, pero otros invitados llaman a la pareja anfitriona y quieren hablar con ellos.

—Nos están llamando —se despide de mí.

—Hasta luego —me dice su esposa—. Disfrute de la noche, Srta. Bryce.

—Sí, gracias.

Los dos siguen adelante y son felicitados por los siguientes invitados el día de su boda.

De repente me encuentro sola y siento que me he equivocado de película, una vez más. Con la esperanza de que esto al menos me calme un poco, bebo un poco de mi trago. El champán de gran calidad recorre mi garganta. El sabor es estimulante, pero la cantidad no es suficiente para contrarrestar mis nervios.

Cuando me doy cuenta por el rabillo del ojo de que alguien viene hacia mí, mi mirada se desplaza en esa dirección. Nadie más que Alexander venía hacia mí. Me mira a los ojos con determinación y parece haberse propuesto hablar conmigo aquí y ahora. Lleva un whisky en la mano derecha. Qué irónico sería que hubiera agua en mi vaso.

Su conexión, resuena en mi cabeza.

¡Eso no tiene ningún sentido!

—Audrey —dice mi nombre y se me acerca.

Es entonces cuando ocurre. Me entra el pánico. Otra vez. Sin más preámbulos, giro sobre mis talones y salgo a toda prisa de la habitación. Por el camino, entrego mi vaso vacío al camarero más cercano.

—¡Audrey! —lo oigo gritar tras de mí.

Lo siento, pero no puedo hacerlo.

Verlo y tener que entablar una conversación trivial con él es una cosa, pero ¿qué demonios le contó al Sr. Rodríguez? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué espera Alexander que haga? No quiero averiguarlo. ¡No puedo!

Huyo al vestíbulo y me siento segura.

—¡Oye! —La voz de Alexander suena detrás de mí.

Sorprendida, me doy la vuelta y me doy cuenta de que me ha seguido hasta aquí. Inmediatamente quiero continuar mi huida, no importa adónde. Así que me doy la vuelta y empiezo a moverme de nuevo.

Sin embargo, ni un segundo después, ¡siento que me agarran!

Trotando, Alexander debe haberme alcanzado, ahora me agarra por la muñeca y me sujeta con fuerza.

No lo hagas, le suplico con la mirada e intento alejarme de él.

Pero no piensa en soltarme.

—¿Ves? —dice—. Eso es exactamente por lo que estás aquí. Porque no puedo descansar hasta que hayamos resuelto esto.

Suéltame, trato decirle con mis expresiones faciales.

Como si pudiera interpretarlo inmediatamente, reacciona de mala gana y afloja su agarre de mi muñeca.

Me aparto de su contacto y lo miro.

—¿En serio es porque te dije Audrey? ¿Sólo por eso?

Mis ojos se entrecierran hasta convertirse en rendijas. Y entonces digo lo primero que se me ocurre.

—Audrey, Bryce o B... ¡da igual!

La sorpresa de Alexander se dibuja de repente en su rostro y tiene que tragar saliva.

De acuerdo.

Ahora ya lo sabe.

Que soy la mujer del club.

Porque me revelé como B. y volvió a oír mi voz por primera vez desde este incidente.

Ahora vete, me ordena de nuevo esa voz en mi interior.

Pero estoy cansada de esto.

De huir de él.

De mis sentimientos.

Así que me detengo frente a él y me enfrento a su reacción. Más que eso. Voy más allá.

—No te preocupes, no esperaba que me reconocieras ahora.

—Ni siquiera tuve la oportunidad de hacerlo —replica—. Hasta ahora no sabía qué aspecto

tenía B. ni cómo sonaba la voz de Audrey Bryce. ¿Cómo podría haber adivinado que se trataba de la misma mujer? De ti.

—Así que tú no... me miraste en el club y... —Intento aclararme—. ¡Como sea! —Respiro hondo—. Quiero que sepas que estaba abrumada la primera vez que nos vimos y por eso me comporté de forma tan extraña. Igual que cuando me enteré hace poco de que se supone que soy tu acompañante hoy. Es una locura.

Encoge sus anchos hombros, que rellenan perfectamente su traje.

—Como he dicho, era importante para mí quitarme el problema de encima. Y esperaba que este ambiente pudiera ayudar.

—Escucha —vuelvo a tomar la palabra—. No tienes que preocuparte. Ya me calmé. Mientras no planees más sorpresas para mí, las cosas no tienen por qué volver a ponerse raras entre nosotros. Nunca más.

Me mira en silencio y no parece muy contento con esta respuesta.

—No quiero ser vengativa —añado para tranquilizarlo—, pero sí quiero tratar esta situación con profesionalidad. Al menos a partir de ahora. Lo prometo.

—Audrey —murmura—. La forma en que se dio nuestro reencuentro, que aunque en aquel momento no me di cuenta de que era un reencuentro, se me quedó grabada en la mente. Incluso llegué a mentir sobre eso delante del Sr. Rodríguez.

Con los ojos muy abiertos, le devuelvo una mirada ferviente, casi leal. No se me escapa el tono cálido de su voz masculina.

—Quería verte aquí esta noche a toda costa y enfrentarte. Para demostrarte que no soy tan mal tipo como crees que soy —continúa.

Dios, ¿tiene que mirarme así y decirme algo así? Yo... yo... debo ponerme como prioridad. De lo contrario, sólo saldré lastimada terriblemente como la última vez.

—Definitivamente sí eres bastante malo como para haberme dejado tirada en el club como lo hiciste.

De acuerdo. Eso hizo. Ni siquiera trata de ocultarlo.

¿Y por qué no lo intenta explicar?

Porque es cierto.

—Dejémoslo así —digo finalmente, me despido con la cabeza y decido volver al vestíbulo.

Ninguna explicación resuena tras de mí. Ningún paso me persigue. No vuelvo a sentir el agarre dominante de Alexander en mi muñeca. Me reprendo a mí misma por el hecho de que una pequeña parte de mí desearía exactamente eso. Vuelvo al salón aún más decidida de por fin disfrutar de la fiesta.

Observo que el Sr. y la Sra. Rodríguez se han reunido en el centro del salón y están pronunciando un discurso. Algunos invitados han tomado asiento en las mesas redondas,

mientras que otros están de pie escuchando el discurso. Así que mi retraso pasa desapercibido. Disimuladamente, compruebo en el mapa de la entrada dónde me corresponde sentarme. Luego me dirijo a la mesa que me han asignado, veo la tarjeta con mi nombre y tomo asiento.

Inmediatamente se me acerca una camarera y me pregunta si quiero algo más que el agua que ya me está esperando. Le digo amablemente que no, así que me sirve agua con gas y se retira de nuevo.

—Me gustaría retomar un dicho muy conocido y decir que mi mujer está igual de guapa que el día que nos conocimos —escucho que continúa el señor Rodríguez—, pero eso no es cierto. Porque con cada día que paso a su lado, se vuelve aún más hermosa para mí.

¡Oh, qué dulce!

Otros invitados también emiten sonidos de emoción, mientras el Sr. y la Sra. Rodríguez se miran enamorados. Luego continúa con su discurso.

Mientras sigo escuchando y bebo un sorbo de mi copa, mi mirada se desvía hacia la tarjeta que tengo al lado. A. Donovan está escrito en cursiva plateada. Por supuesto. Después de que Alexander me registró como su acompañante, nos sentamos uno al lado del otro en la misma mesa. ¿Vendrá Alexander a su sitio? Y si no lo hace, ¿será porque esta vez ha sido al revés y yo lo he dejado sin palabras?

Bueno, entonces nos estamos asustando entre nosotros...

Qué gran cosa para tener en común...

En cuanto este pensamiento se cruza por mi mente, siento una fuerte presencia detrás de mí que me pone la piel de gallina bajo mi vestido de satén verde oscuro. Al momento siguiente, ese familiar olor a loción de afeitar vuelve a golpearme la nariz y veo que Alexander aparece por mi derecha, lo suficientemente cerca como para que me resulte imposible ignorarlo.

—Hola —me dice.

Muy, gracioso.

Pero mis exigencias hacia mí misma me prohíben no responder a esto ahora que estoy razonablemente serena en su presencia.

—Hola.

—¿Puedo? —pregunta señalando su asiento.

—Es tu asiento —le digo secamente.

—Además, eres una de las personas de mayor rango de toda la sala—. No tienes que pedirme permiso.

—Sí —responde y me mira con urgencia—. Después de todo lo que ha pasado, debería.

Cuando lo oigo decir eso, se me seca la boca y vuelvo a sentir esa punzada en el corazón. Acaba de reconocer que me ha tratado mal. Otros pueden verlo como un gesto bueno, incluso fuerte. Para mí, sólo hace que la suposición anterior de que me dejó plantada en el club se

convierta en una amarga realidad. Así que no hago ruido y me limito a señalar su silla, porque no puedo dejarlo de pie.

—Gracias —oigo su voz profunda y clara. Alexander abre la chaqueta de su traje negro y se sienta a mi lado.

Sus movimientos hacen que su olor vuelva a flotar en mi dirección y me estremezca. Sin que pueda evitarlo, una escena de mis recuerdos se reproduce en mi mente.

De repente estoy de nuevo en esta habitación a oscuras de Seducción y siento los labios perfectos y sensuales de Alexander en mi cuello. Tierno y posesivo al mismo tiempo, mordisquea mi piel sensible, llevándome a la cima del placer. Huelo su loción de afeitar, oigo mis propios gemidos, escucho su respiración, experimento mi excitación, siento su devoción. En este momento, todo lo que es y todo lo que tiene es mío y sólo mío. Me hace sentir deseable y que soy la única mujer del mundo. Fundirme con él y sudar la gota gorda haciéndolo me hace sentir bien.

Es aterrador que el mismo hombre me destrozara el corazón en mil pedacitos sólo unos instantes después. Como mujer, hay que tener mucho cuidado de no amargarte con todos los hombres como resultado de una experiencia así.

Porque realmente no quiero llegar a ese punto.

Los aplausos resuenan en la sala y devuelven mi atención al presente. Al parecer, los anfitriones han terminado su discurso de bienvenida. Me uno a los aplausos y les dedico una sonrisa.

—Señoras y señores —habla el presentador por el micrófono—, hace exactamente veinticinco años, tuve el honor de ser el padrino de esta encantadora pareja. Por lo tanto, es un honor especial para mí poder guiarles durante el resto de la velada. El primer plato se servirá en breve. Para acortar el tiempo de espera, dos de mis mejores amigos abrirán la pista de baile. Están cordialmente invitados a unirse al baile durante la primera canción interpretada por la orquesta. Con ustedes, el Sr. y la Sra. Rodríguez.

Los invitados aplauden de nuevo, incluyéndome a mí y a Alexander. Con toda la disciplina de la que soy capaz, intento mantener la mirada fija en los verdaderos protagonistas de la velada en lugar de ceder a mi impulso de convencerme una vez más de lo escandalosamente guapo que está Alexander. Sobre todo, con ese traje hecho a medida. Debía de tener un aspecto muy parecido hace unas semanas, cuando lo condujeron a una sala muy concreta y pronto pude intuir que llevaba un traje. Un traje que poco después ya no llevaba sobre su cuerpo bien entrenado, sino...

—¿Estás bien? —me pregunta Alexander y me mira.

Me estremezco y me doy cuenta de que he hecho exactamente lo que me había dicho que no hiciera, ¡mirarlo fijamente!

—¿Ah? Eh, sí. Por supuesto.

Asiente con la cabeza. Su mirada sigue posada en mí.

—¿Te gustaría bailar?

Se me dispara el pulso. Levanto las cejas para disimularlo.

—¿A qué te refieres?

Sus profundos ojos marrones me atrapan.

—Sabes exactamente lo que quiero decir.

—¿Qué?

—Que bailemos, Audrey. Que bailes conmigo.

17. capítulo

Alexander

Nunca un solo segundo me ha parecido más largo y angustioso que este. Audrey sigue haciéndome esperar una respuesta y no me dice si bailará conmigo.

No puedo explicar por qué siento la necesidad de pedirle que baile conmigo, como tampoco puedo explicar el hecho de que la haya traído hasta aquí para volver a verla.

A estas alturas sólo sé una cosa y es que encaja cómo fue nuestro primer encuentro.

En aquel momento.

En la Seducción.

Allí también ocurrieron muchas cosas que nunca pude explicar con la razón y la lógica.

Y cuanto más a menudo se repite este extraño comportamiento en mi vida, más claramente creo reconocer el patrón.

—Entonces, ¿te animas? —pregunto, ladeando ligeramente la cabeza—. ¿Vas a aceptar mi oferta o puedo invitar a alguien más a bailar?

—Oh, estoy segura de que hay muchas mujeres aquí a las que les encantaría bailar contigo. — Ella mira alrededor demostrativamente.

Me doy cuenta de lo relajada que parece ahora. Parece que desde que me ha dicho la verdad en el vestíbulo cada minuto que pasa, es más capaz de soportar mi presencia.

La miro, hipnotizado.

—¿Quién hablaba de otras mujeres? —Ahora yo también miro a mi alrededor—. Podría preguntarle a Ricardo.

Se ríe dulcemente.

—¿Qué? ¿Al Sr. Rodríguez?

—¿Por qué no? —Me encojo de hombros.

La dulce risa de Audrey se transforma en una sonrisa inquieta, aunque expectante.

—¿Vas a interrumpir su baile de apertura para bailar con él?

—Si no me dejas otra opción —es mi respuesta.

—¡Oye! ¡Es una locura!

Para poner en práctica mis palabras, me levanto y me abrocho la chaqueta. Respiro con determinación.

—¡Alex! —exclama y me agarra de la manga. Me mira fijamente—. Te lo ruego. Deja el teatro. Todos aquí saben quién eres.

Sonrío con confianza.

—Así es.

Cuando se da cuenta de lo serio que soy y de lo relajado que estoy con mi propia exposición

planeada, abre ligeramente su perfilada boca y sigue mirándome.

Me zafo con cuidado de su agarre, me doy la vuelta y me dirijo hacia la pista de baile.

—Alex —la oigo decir de nuevo.

Y sólo me incentiva más para llevar a cabo el plan que acabo de hacer.

¿Qué me hace ella?

Paso a paso, me dirijo a la pista de baile, caminando hacia Ricardo y su esposa.

¿Qué demonios me está haciendo ella...?

Ya me estoy preparando para acercarme a ellos y pedirle a Ricardo el siguiente baile. Sus cabezas giran en mi dirección, bajan el ritmo y sólo me prestan atención a mí... junto con muchos de los invitados, cuyos ojos notos claramente clavados en mí. Respiro y quiero decir algo.

En ese segundo, alguien me agarra y me aparta de ellos. Audrey me encara y se pone en posición para bailar juntos. Aunque no me puso nervioso acercarme a Ricardo, sonrío en señal de alivio al darme cuenta de que por fin he conseguido que Audrey me conceda al menos este baile. Un extraño podría pensar que la estoy manipulando. Pero entonces, ¿por qué siento que es al revés y que soy yo el que está sometido todo el tiempo a su voluntad?

Con elegantes movimientos, se acerca a mí y me pone la mano en el hombro. Deja que su otra mano se una a la mía. Yo, a mi vez, llevo mi mano libre a su espalda. Nos acercamos y nos miramos a los ojos.

—Ha sido un truco muy malo —me reprocha, aunque con un tono de voz suave.

—Sólo quiero bailar contigo, Audrey. ¿Cómo puede ser eso malo?

Tras estas palabras, me pongo en movimiento y la conduzco a través de la pista de baile. Para mi alivio, me doy cuenta de que ella está de acuerdo. Aunque ella no parece entender mejor que yo por qué nos sentimos atraídos el uno por el otro una y otra vez.

Audrey...

B...

No puedo creer que sea ella la que se entregó a mí en plena oscuridad. Aquella con la que tuve esa experiencia especial. Especial, o también loca.

Sí, es una locura.

Todo lo que pasó entre nosotros en Seducción hace unas semanas.

Pero también todo lo que ocurrió después.

Nuestro inesperado reencuentro en mi empresa.

La forma en que me miró cuando se dio cuenta de que era D.

Que le mentí a Ricardo para poder volver a verla esta noche fuera de la oficina.

Cómo huyó de mí. Otra vez.

Lo decidido que estaba a seguirla.

Para después enterarme que era B.

Loco hasta la médula.

Y ahora estamos aquí, bailando juntos al son de la música clásica y mirándonos a los ojos como si todo lo demás a nuestro alrededor ya no existiera. Mis manos la sujetan con fuerza, como si no quisiera soltarla nunca más, al tiempo que mis dedos se cuidan de no aplastar este precioso tesoro. La conduzco con seguridad a través de nuestro baile juntos, ella se adapta a cada uno de mis pasos con elegante aplomo. Juntos nos movemos por la pista de baile, en absoluta armonía, como si hubiéramos estado preparados para esto toda la vida. El brillo de sus ojos verdes me atrae mágicamente y no me canso de mirarla. Sin embargo, su dulce boca llama mi atención una y otra vez, invitándome a buscarla con mis labios. Sobre todo, porque recuerdo demasiado bien lo fantástica que sabe.

Al pensar en hacerlo de nuevo, mi mano ejerce un poco más de presión sobre su delicada espalda. Su vestido de noche verde oscuro está cortado de tal forma que mis dedos pueden sentir su aterciopelada y suave piel y están deseando acariciarla. Creo que incluso lo hago un poco. Bastante automáticamente.

Sigo sin encontrarle una explicación, pero siento que podría arrancar árboles. Y cuando lo pienso, en realidad esa es explicación suficiente, incluso la única explicación que necesitaba.

Maldición, estoy loco por esta mujer.

Desde que nos vimos por primera vez.

Pero hay un problema.

Uno muy grande, de hecho.

En el club, la dejé atrás.

Por una razón muy concreta.

Lo recuerdo muy bien.

Si interpreto correctamente la expresión de las ventanas redondas de su alma, sigue siendo claramente consciente de lo que le he hecho, incluso ahora que bailamos juntos de esta manera.

¿Pero sabe ella por qué?

¿Por qué tuve que hacerlo?

—Gracias —dice y se detiene, sin dejarme otra opción que hacer lo mismo—, por el baile.

Sólo entonces me doy cuenta de que la canción ha terminado y de que los invitados han aplaudido a la orquesta. Estaba demasiado distraído para darme cuenta.

Demasiado ocupado.

Inexplicable. Y sin embargo, eso me dice todo lo que necesito saber.

—Audrey... —empiezo.

Pero en ese momento, se separa de nuestro contacto y se aleja de mí. —Buenas noches —dice amablemente y al mismo tiempo con una firmeza que probablemente pretende dejarme claro que no hay nada que temblar en su despedida.

De repente me quedo clavado ahí.

Joder.

Todo en mí se resiste a permitir que la distancia entre nosotros sea cada vez mayor y que éste sea nuestro último intercambio de palabras.

Así que tomo una decisión y la sigo.

—Alex —alguien que conozco me habla.

—Ahora no —digo enérgicamente y no quito los ojos de mi objetivo.

—Pero Alex...

—¡Ahora no!

Capítulo 18

~ *Audrey*

Veo que ya están sirviendo las entradas en las primeras mesas. Pero no tengo ganas de comer. En cambio, siento la necesidad de refrescarme. Salgo de la sala y me dirijo al baño.

Una vez más, me encuentro frente al espejo de un baño público, me miro con expresión preocupada y tengo que respirar hondo varias veces. Y una vez más, Alex es la razón.

Pero esta vez... No lo sé.

Ni una sola lágrima rueda por mi mejilla.

Pero tampoco me siento radiante de felicidad.

Estoy bastante confundida en este momento.

Aún siento algo por Alex, de eso no hay duda. Cuando bailamos juntos hace un momento, hubo esa magia entre nosotros de nuevo. Una química realmente extraordinaria. Por otro lado, nunca olvidaré cómo terminó nuestra última cita. No sólo se decidió en mi contra, simplemente se fue. No hay nada peor que eso. Y no puedo olvidarlo.

No, no puedo permitirme hacer eso.

Confiar en él sería demasiado peligroso para mi corazón.

Por eso tuve que dejarlo en este baile. Antes de olvidarme de mí misma y volverme tan irrazonable como en *Seducción*. Eso es todo lo que pasó en el club. Irrazonable. En aquel momento, pensé que ese tipo de sinrazón era algo romántico y especial. Esa noche, sin embargo, sólo yo lo sentí así.

No lo podré olvidar. Nunca.

Y menos hoy, en esta noche mágica con el ambiente más romántico que pueda imaginarse y un Alexander Donovan con traje mirándome como si de verdad significara algo para él. Una falacia que no debí permitirme entonces y que amenaza con volver a nublar mis sentidos ahora, sin venda en los ojos.

Una vez tomada esta decisión, dirijo a mi reflejo una última mirada segura de mí misma y salgo del baño.

Lo que me espera a continuación es otro caso de *déjà vu*. Alex está de pie junto a una de las mesas redondas del vestíbulo, mirando hacia los baños, y en cuanto nuestras miradas se cruzan, cualquiera diría que me está esperando. Cualquier última duda sobre esta suposición se desvanece cuando se pone en marcha sin más preámbulos y se dirige hacia mí sin dejar de mirarme ni un segundo.

Me acerco a él con una sonrisa expectante.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto directamente.

—¿Qué parece?

Giro la cabeza ligeramente hacia un lado con una mirada escéptica, pero también con una sonrisa esperanzada.

—Yo diría que estás demasiado ocupado para hablar conmigo sin una cita. O al menos... demasiado ocupado.

—¿Y a quién le importa eso, Audrey? Al menos a mí no.

Nos miramos profundamente a los ojos.

—Alex.

—Sí.

—¿Qué haces aquí?

Abre la boca, quiere decir algo.

—Sabes a lo que me refiero —añado—. ¿Qué esperas conseguir viniendo a verme otra vez?

La expresión de su rostro cambia, como si estuviera cincelada en piedra.

—No quiero que se acabe todavía —dice.

Mi corazón comienza a palpar.

—Por eso estoy aquí.

Mi respiración se acelera y abro un poco la boca para exhalar.

Alex...

Cuando dices algo así, me tiemblan las rodillas y ya no sé dónde tengo la cabeza.

Sin embargo...

—No acabará como la última vez —tengo que dejar claro.

Duda.

—Por supuesto que no.

—No me refiero solo a que me dejes ahí tirada.

Alex echa un poco la cabeza hacia atrás y exhala audiblemente.

—Pero también lo que pasó antes de eso.

Tú y yo, dos cuerpos sudorosos consumiéndose el uno al otro y fundiéndose en el más alto placer.

Se hace el silencio. Al menos brevemente.

—De acuerdo —dice entonces, con una calidez que me produce una especie de descarga eléctrica en todo el cuerpo. Pero lo que más me electriza es lo fácil que le resulta mirarme a los ojos.

—¿De acuerdo?

Asiente con la cabeza.

—Para ser honesto, ni siquiera había pensado en eso, pero es bueno saber lo que tienes en mente.

—¿Perdón?

Alex me guiña un ojo.

De repente siento calor y frío al mismo tiempo.

—¡No! Yo... ¡no! No estaba pensando... bueno, pensando en cómo nosotros...

Por si fuera poco, también tiene el descaro de sonreír con encanto.

—Sólo quería dejarlo claro —afirmo—. Por si sólo estabas buscando ya sabes qué.

—Sexo —dice.

—Entonces estás perdiendo el tiempo conmigo —termino mi frase.

—Y ya he dicho que no estoy buscando eso.

—Oh, ¿y qué quieres entonces? ¿Hablar?

—Sí, Audrey. Quiero hablar contigo.

Y otra vez. Una vez más, no tiene ningún problema en mirarme a los ojos cuando dice eso. Además, alguien como él no necesita persuadir o engañar a una mujer para tener sexo, ¿verdad?

A menos, por supuesto, que esto fuera algún tipo de juego para él.

Un juego bastante enfermizo que sólo a un hombre se le podría ocurrir.

Así que la pregunta es: ¿quiero creerle?

Maldita sea, yo...

Confío en él.

No sólo porque no quiero acabar amargada con los hombres.

No, es mucho más que eso.

Cuando miro los ojos marrones de Alex, creo reconocer de nuevo esa calidez en ellos.

A menos que sólo sea una ilusión.

—De acuerdo —digo finalmente—. Entonces hablemos.

—Bien. —Sus ojos se dirigen a mi boca durante un segundo ante de volver a mirarme a los ojos—. Pero no aquí.

¡Maravilloso!

Así que quiere irse conmigo.

¿Me he vuelto a equivocar con él?

Capítulo 19

Alexander

Nunca esperé que me viniera a la cabeza una imagen como ésta. Pero cuando, tras dudarlo un poco, Audrey acepta acompañarme a dar un paseo nocturno y charlar, siento como si me revolotearan mariposas en el estómago.

Para mí está perfectamente claro por qué dudó. Tiene dudas. Probablemente bastante fuertes. En lo que a mí respecta.

Por eso tengo que ser prudente a toda costa. Porque persigo un objetivo. Y cuando me propongo algo, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

Forma parte de lo básico que le ponga la chaqueta de mi esmoquin sobre sus delicados hombros sin que me lo pida cuando salimos a la calle.

—Gracias —acepta.

Paseamos codo con codo por Seattle de noche.

—¿Crees que alguien nos echará de menos? —pregunta—. Sobre todo, a ti, claro.

—No seas tonta. Y si lo hace, Ricardo nos echará de menos a los dos y no se sorprenderá. No es tan inseguro como para necesitar la atención de todos todo el tiempo.

Audrey me deja oír la dulce melodía de su risa.

—¡Así es! Todo lo contrario que Kyle.

Inmediatamente agudizo el oído e incluso me detengo un momento.

—¿Quién?

—Mi antiguo jefe de departamento.

Siento alivio.

—Ya veo.

—Oh, ¿de verdad lo conoces? Dijo que te conoció una vez en una gala y que estabas desesperado por su consejo. Kyle Scott de West & Partners.

—Hm. —Hace mientras seguimos caminando—. Lo siento, eso no lo recuerdo, pero pedir consejo desesperadamente no suena a mí.

—Eso es lo que pensaba.

—Bueno, el hecho de que se suponía que estaba desesperado me irrita. Probablemente lo recordaría.

Ella lo ignora.

—Créeme, eso le conviene. El autoelogio es siempre lo primero en su lista.

—¿Era un buen supervisor para ti?

—Sí, lo fue. No me puedo quejar.

Me cuelgo de sus labios, esta vez en sentido figurado.

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

Sonríe.

—¿Cómo sabes que me fui por decisión mía? El Sr. Alexander Donovan está demasiado ocupado para conocer los antecedentes de cada empleado en cada departamento. Para eso tiene a sus jefes de personal.

—Puede ser, pero contigo, no puedo imaginar que alguien sería tan estúpido como para dejarte ir voluntariamente.

De repente se hace el silencio. De repente nos rodea un silencio que me inquieta. Avergonzada, Audrey baja la cabeza.

Joder.

Dejarte ir voluntariamente.

Eso es exactamente lo que hice en el club.

Probablemente acabo de recordárselo una vez más con mi comentario.

¡Soy un completo idiota!

—Eh... ah... bueno... —tartamudeo con un pánico al que no estoy acostumbrado, seguido de un nervioso carraspeo.

—Sí —dice suavemente y vuelve a mirarme a los ojos—. Tienes razón. Me he resignado. Y para responder a tu pregunta original... —perdida en sus pensamientos, vuelve a mirar al frente mientras camina, con una dulce sonrisa curvando sus labios—. Necesitaba un cambio. Un reto.

—Entiendo.

—¿En serio? —quiere saber.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno. Eres tu propio jefe. Todos te admiran, incluso los mayores. ¿Alguna vez ves tu trabajo como un reto?

—¿Bromeas? —respondo mientras seguimos paseando por la calle iluminada—. Ya hay bastante gente que no confía en mí sólo por mi edad y a la que le encantaría verme fracasar. Ya sean empleados por debajo de mí que quieren ascender, o la competencia.

Asiente con simpatía. De alguna manera tengo la sensación de que podría contarle cualquier cosa. Y cuando pienso en eso, tuve esa sensación, que no tengo con muchas otras personas que conozco desde hace años, con ella desde el principio.

—Me convertí en Director General de un día para otro. Todo se planificó de otra manera.

—Así es, tu padre... —sale de sus labios con ternura y compasión—. Peter Donovan. Lo siento mucho. Bueno, por tu pérdida y por sacar el tema.

—No, está bien. Es bueno hablar de eso. —*Contigo, B.*—. Y gracias. Era un defecto cardíaco.

—¿Es hereditario? —pregunta.

—En teoría, sí. Pero tras su muerte, los médicos me hicieron pruebas y se dieron cuenta de que no tenía ese defecto cardíaco.

Está radiante.

—Después de todo, son buenas noticias, por supuesto.

Me río.

—¿Estabas preocupada por mí? —murmuro, sintiendo el impulso de acercarme a ella, ponerle las manos en la cintura y robarle un beso.

—Por supuesto —responde con seguridad—. Si le ocurriera algo al Director General, ¿cómo afectaría al precio de las acciones?

—Qué respuesta tan tácticamente inteligente —digo, divertido.

Luego vuelve a ponerse seria.

—¿Eran unidos? Tú y tu padre.

—En cierto modo, sí. Tuvimos un contacto muy estrecho durante años. Nos pegábamos el uno al otro, por así decirlo, y hablábamos de todo tipo de cosas. Sin embargo...

—¿Era algo puramente profesional? —conjetura.

—Bingo. Me ha visto como su sucesor desde que era joven y me ha preparado exactamente para eso. —Sacudo la cabeza—. Ni siquiera recuerdo que me tratara como a su hijo y que hiciéramos o habláramos de algo que no tuviera que ver con los negocios.

—Entonces lo siento —dice—, a menos que eso es lo que querías.

Resoplo.

—Es difícil de decir. Como he dicho, nunca lo he conocido de otra manera. Bueno, y ahora... se ha ido. —Sin pensarlo, me detengo y miro al cielo, observando las estrellas. Nunca lo había hecho, pero ahora, en este momento, me apetece. Respiro sonoramente.

Al momento, siento una mano suave en el brazo. Mi mirada se desvía hacia Audrey y la miro a los ojos.

—Lo siento.

Sonrío.

—Deja de decir eso.

—Okay, lo siento. —Se ríe tímidamente.

Sonrío.

—No se te da muy bien obedecerme, ¿verdad?

—Todo depende.

—¿De qué?

Se acerca y me mira profundamente a los ojos.

—Me pregunto si esto es una instrucción de negocios.

Tengo que tragar.

—Estás en la cima de la cadena alimenticia, Alex. —La mirada de Audrey baja hasta mi boca, luego me mira de nuevo—. Nunca podría estar en desacuerdo con una directiva empresarial tuya. Maldita sea.

¿Está coqueteando conmigo?

La prematura muerte de mi padre parece haber despertado su compasión.

Eso podría jugar a mi favor.

¿Estoy ya al alcance de mi objetivo?

Decido ir a por todas y averiguarlo.

—Quizás... —Empiezo, acercándome y poniendo mi mano en su mejilla, acariciándola suavemente—. Quizá debería pensar en alguna instrucción. —La miro a los ojos con urgencia—. Sólo para ti.

Llena de expectación, me devuelve la mirada. Hasta que se separa de la mía y vuelve a avergonzarse.

—Lo siento —digo, dando un paso atrás y soltando de mala gana su mejilla—. Eso fue inapropiado.

—No, yo empecé. Eso fue lo inapropiado. —Parece como si quisiera pedirme perdón una vez más.

—¿Porque somos colegas?

—Colegas. —Las cejas rubias de Audrey se disparan—. Más que eso, eres el jefe de mi jefe. Con otros jefes de por medio. Pero no, no me refería a eso.

—¿A qué te referías?

Ella inspira y quiere responder.

—Déjame adivinar. —Me le adelanto y le pongo el dedo índice en los labios antes de tener que obligarme otra vez a no tocarla en todo el rato.

—Tienes cargo de conciencia porque acabas de coquetear conmigo.

Sus expresiones faciales me dan la razón.

—Pero coquetear es diferente del sexo, ¿no?

Se encoge de hombros tímidamente.

—Sí, pero una cosa suele ser precursora de la otra. Y ahora que he dejado claro dónde está el límite, quizá no debería decirte cosas así.

—Entonces. —De nuevo, mis dedos se sienten como en casa. Esta vez incluso pongo ambas manos sobre su cara y la sujeto con firmeza, dejando que mis pulgares se deslicen con ternura sobre su piel impecable—. En primer lugar, puedes ceder al impulso de coquetear conmigo si lo sientes.

—¿Y segundo? —Audrey pone su mano sobre la mía y devuelve la suave caricia.

—En segundo lugar, puedes dejarme los límites a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente que cuando amenaces con cruzar la línea esta noche, me aseguraré de que no ocurra.

Se ríe insegura.

—Ah, ¿y puedo confiar en ti?

—Por supuesto —afirmo.

—¿Así que puedo dejarme llevar, beber alcohol, bailar contigo, tumbarme en tus brazos, mirarte profundamente a los ojos, escuchar tus cumplidos, respirar en tus oídos, beber más alcohol... y no pasaría nada?

Oh, vaya.

Su imaginación estimula la mía.

Me encantaría dejar que todo ocurriera y ver adónde nos lleva.

Como si no fuera a pasar nada.

Podría imaginarme bastantes cosas.

Pero no puedo admitirlo ahora. De lo contrario, probablemente se iría más rápido que yo después de nuestro encuentro en el club.

—Así es —le respondo. Por Dios, Alex, eso es mentira. No te delates con tus expresiones faciales—. De hecho, esta sería la oportunidad perfecta para demostrarte lo que dije antes. Para mí no se trata de sexo. Quiero llegar a conocerte. Y demostrarte que no soy el imbécil que creíste que era después de nuestro primer encuentro.

—Con razón —dice y se aleja de mí.

—¿Qué? —Protestando, agarro su mano, la estrecho cálida pero también posesivamente con la mía y la sujeto con fuerza.

—Tenía razón al sospecharlo. ¿O por fin tienes una explicación para tu comportamiento de entonces? Quiero decir, ¡simplemente saliste corriendo!

Oh-oh.

Mierda.

De repente, la conversación toma un giro más que incómodo.

¡Joder!

¿Qué puedo decir a eso ahora?

No lo sé.

No tengo ni puta idea.

—Escucha, Audrey... Cometí un error cuando te dejé sola en el club. Probablemente el peor error de mi vida. Sin mencionar que fue muy malo para ti.

—De hecho, eso fue pésimo de tu parte.

Tengo que tragar.

Me sonríe.

—Pero no pasa nada. A estas alturas ya lo entiendo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Como acabas de decir. Cometiste un error en el club. Ahora te arrepientes. No sólo porque te atraigo. Porque en realidad eres un buen tipo.

Me río aliviado.

—El tipo más dulce que puedas imaginar.

Ahora se ríe de nuevo.

—Si tú lo dices, Alex. —Y entonces hace algo que me sorprende y me deja aún más boquiabierto. Deja que sus labios busquen mi boca y me da un beso—. Pero me gustaría darte la oportunidad de demostrarlo.

Riendo satisfecho, acepto el beso y saboreo su sabor.

—Mmm —murmuro—. Eso es lo que yo llamo un delicioso salto de fe.

—Habrá más si las pruebas son buenas —dice sensualmente, separándose de mí por completo y dando pasos hacia el restaurante.

¿Más besos?

¿O más?

No tengo nada que objetar.

Parece que mi paciencia me está dando sus frutos.

Aprovecho la situación y disfruto observándola.

Qué mujer.

En realidad, por fin debería confesarle algo.

Ojalá no fuera tan difícil para mí.

Tras unos pasos, se detiene y gira la cabeza hacia un lado.

—¿Qué pasa?

—Ya voy —murmuro y empiezo a seguirla.

Capítulo 20

Audrey

Espero no volver a equivocarme con él, pienso mientras camino hacia el pub. El paseo ha sido maravilloso y quiero confiar en que dice en serio cada palabra que acaba de salir de sus perfectos labios.

Codo con codo, volvemos al restaurante. La chaqueta de Alex aún me rodea por los hombros, de modo que su olor me envuelve y se cuela constantemente en mi nariz, como si hubiera estado acurrucada contra su pecho. Pero ahora que estamos dentro, le devuelvo la chaqueta a Alex.

—¿Quieres quedártela? —me pregunta, y podría besarle sólo por eso.

—Gracias, pero es obvio que los caballeros deben llevar traje, y no queremos provocar un escándalo.

Se ríe con sensualidad.

—No, no queremos eso en absoluto. Si lo hiciéramos, sería divertido y valdría la pena.

Me hace sonreír.

¿Quién está coqueteando realmente con quién aquí?

Con un guiño, se pone su chaqueta negra y se la abrocha.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

—Para ser honesta, me muero de hambre. ¿Vamos a nuestra mesa?

—Por supuesto. —Me coge de la mano como si fuéramos pareja desde hace mucho tiempo y caminamos juntos por el vestíbulo.

Cuando un camarero se acerca a nosotros, Alex coge sin decir palabra dos vasos de whisky de la bandeja con la mano libre y me los acerca, diciéndome que coja uno de ellos.

—Toma —dice—Te lo debo.

Me detengo y lo miro.

Alex también se detiene y me devuelve la mirada.

—Gracias —vuelvo a decir y cojo el vaso, sabiendo perfectamente que está aludiendo a mi fracaso a la hora de pedir en el club.

—Salud. —Choca su vaso contra el mío. Sin dejar de mirarme, se lo lleva a los labios y bebe un sorbo.

Yo hago lo mismo.

—Salud.

Cuando quiero ir más lejos, siento que sus dedos ejercen más presión sobre mi mano y me sujetan.

—Hola —me murmura e intensifica su mirada en mis ojos. La tensión se dibuja en su rostro

—. No vuelvas a pedirme perdón, ¿entendido? Yo soy el que tiene que pedirte perdón. No al revés. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza.

—Lamento profundamente lo que hice. Resultó ser el mayor error de mi vida.

—Eso podría ser cierto —respondo secamente.

Visiblemente tiene que tragar saliva.

—Sí.

Permanezco en silencio al respecto.

—Lo siento, Audrey. Desde el fondo de mi corazón. Por favor, perdóname.

Asiento con cautela.

—Lo pensaré.

Sonríe fugazmente antes de que esta deslumbrante sonrisa desaparezca de nuevo.

—Eso es todo lo que puedo esperar. Ya lo sé.

Juntos nos ponemos de nuevo en marcha y regresamos a la sala.

Pero así son las cosas, Alex.

Estoy pensando seriamente en perdonarte para siempre y volver a confiar plenamente en ti.

Hace tiempo que este pensamiento liberó en mi corazón una nueva chispa de esperanza, que se opone valientemente a la amenaza de la amargura.

La hora siguiente pasa volando. Alex y yo nos sentamos a la mesa, disfrutamos de la comida y charlamos con nuestros vecinos. Luego volvemos a bailar, seguidos de varias conversaciones animadas con otros invitados. No debería sorprenderme que Alex resulte ser un imán para la gente. Constantemente se le acerca alguien que ya conoce o alguien que realmente quiere conocerle. Aunque muchas de estas personas son mayores que él, se nota que lo admiran. Muchos lo miran, lo escuchan con atención y están encantados de estar en su barrio. Y lo entienden. Alexander Donovan es exitoso, encantador, seguro de sí mismo, escandalosamente atractivo; es propio de la naturaleza humana sentirse atraído por los animales alfa. Incluso otros alfas se sienten atraídos por Alex. Así es como funciona su mundo, al menos desde la muerte de su padre, pero posiblemente incluso antes.

Me impresiona aún más que Alex nunca se olvide de prestarme atención durante todas las conversaciones en las que se ve envuelto. No deja de ponerme la mano en la espalda y de acercarme a él. No deja de mirarme como si no hubiera nadie más en la habitación aparte de nosotros dos. No deja de susurrarme cosas dulces al oído, como si estuviéramos los dos solos. Y me pregunta con voz suave si estoy bien o si necesito algo, como una copa. Entonces me trae

algo, normalmente agua sin gas, como si fuera mi criado personal, delante de todo el mundo.

Tengo que admitir que esto me produce cierto cosquilleo y tengo que reprimir una sonrisa varias veces. Sobre todo, una vez, cuando me doy cuenta de que una guapa pelirroja le está desnudando literalmente con la mirada y sólo se atreve a no hablarle porque, sencillamente, no se separa de mí. Sin embargo, cuando se fija en sus ojos, siente la necesidad de ponerme la mano en la cintura, acercarme y darme un beso que hace que me tiemblen las rodillas y es lo suficientemente inocente como para que el público lo tolere.

Cuanto más tiempo paso con él esa noche, más especial y hermosa es la química entre nosotros como cuando nos conocimos. Y así la chispa se convierte en una llama que promete encender un nuevo fuego de pasión.

En estos momentos estamos charlando con el Sr. Rodríguez y su hermano. Aunque mi jefe de departamento es la auténtica estrella de la velada, junto con su mujer, por supuesto, también suele estar pegado a Alex como una lapa. Mi impresión es que no quiere hacerle la pelota a su jefe porque no le hace falta, ya que Ricardo Rodríguez forma parte de la empresa desde hace demasiado tiempo. Incluso cuando Peter Donovan, el padre de Alex, aún dirigía la empresa, Rodríguez estaba a cargo de los redactores de la agencia de publicidad. Y Alex también parece estar muy contento con él. Sin embargo, esta noche Rodríguez presta mucha atención a Alex. A él también le gusta su joven jefe y disfruta a su lado.

—*¿Rafting?* —pregunto, mirando a los dos hombres, al igual que algunos de los demás invitados que se han reunido en torno a Alex y el Sr. Rodríguez.

—Sí —responde Rodríguez—, el mes que viene.

Me río.

—¿Vas a meterte en un bote de plástico y ser perseguido por un río con una fuerte corriente?

—Exactamente —dice Alex.

Mi cine mental se pone en marcha y me imagino a Alex en ropa de ocio informal, utilizando toda su fuerza muscular para enfrentarse a la húmeda fuerza de la naturaleza. Completamente empapado, se abre paso por el río y empuja su remo hacia las aguas bravas.

Ohh...

¿De repente hace más calor aquí?

—Todo esto se llama una medida para crear equipo —continúa, sin saber lo que me estoy imaginando.

Rodríguez asiente.

—Sólo podremos alcanzar nuestro objetivo si trabajamos juntos.

—Claro —le digo—, pero si tu bote se vuelca, el Grupo Donovan se encontrará de repente completamente sin equipo directivo.

Alex sonríe con confianza.

—Sin riesgo no hay diversión.

Oh Dios...

¿Tiene que mirarme así ahora?

El hormigueo entre mis piernas se convierte en resplandor.

—Ya veo —respondo e intento que no se me note.

Sin embargo, la expresión de los ojos marrones de Alex cambia en ese momento.

¿Acaso tiene idea de lo que me pasa por la cabeza? ¿Es posible que mis mejillas se hayan puesto tan rojas como las siento?

Sonrío y dejo que mi mirada recorra la habitación.

—¿Me disculpan?

—Por supuesto —dice el Sr. Rodríguez.

Alex y yo nos miramos.

—Ahora vuelvo —le digo.

Él asiente y sus ojos se entrecierran un poco, una sonrisa traviesa aparece en sus sensuales labios.

—De acuerdo.

Entonces me doy la vuelta y salgo de la habitación, lo suficientemente despacio como para no llamar la atención y, al mismo tiempo, lo suficientemente rápido como para escapar de una situación que ya no soporto.

Huyo hacia el vestíbulo. Para los demás, puede parecer que tengo que empolverarme la nariz. En realidad, tengo que retirarme de la compañía de Alex, al menos por un momento. Nada ha cambiado el hecho de que me sienta cómoda y deseable a su lado.

Pero ese es exactamente el problema.

Hace tiempo que vuelve a haber una enorme chispa entre nosotros y me cuesta entender cómo reacciona mi cuerpo. Siento un hormigueo en el centro, tengo calor y apenas puedo concentrarme en otra cosa que no sea mirar a Alex e imaginarme lo que me haría si fuéramos las dos únicas personas que estamos aquí.

Una cosa me quedó muy clara y así se lo dije:

No pasará nada entre nosotros esta noche.

No en ese sentido.

Hoy todavía no.

¡No debo olvidarlo!

—Disculpe —le digo a la siguiente camarera que veo—, ¿tiene cubitos de hielo para mí?

Hace una pausa.

—¿Sólo un vaso con cubitos de hielo?

—Sí. —Sonrío insegura.

—Por supuesto, te lo traeré enseguida.

—Gracias.

Miro el vestíbulo con inquietud, paseando un poco arriba y abajo.

Piensa en algo no erótico.

Por ejemplo...

Feos calzoncillos largos.

Genial, ¡ahora me imagino a Alex en calzoncillos!

Eso no ayudó exactamente...

—¿Señorita? —suenan voces de mujer y miro a mi alrededor buscándola—. Aquí tiene. —
Me tiende un vaso lleno de cubitos de hielo.

Aliviada, lo cojo y le doy las gracias. Luego miro a mi alrededor. ¿Dónde puedo desaparecer para hacer lo que quiero?

No tengo más remedio que ir al baño para que no me molesten.

Con una mirada furtiva, me acerco al baño de mujeres y finalmente desaparezco en uno de los cubículos con mi vaso lleno de cubitos de hielo. Aquí puedo encerrarme en y hacer lo que quiera sin ser vista.

En cuanto entro en el cubículo y lo cierro, me dejo caer sobre la tapa del inodoro y respiro hondo. Luego cojo un cubito de hielo del vaso y me lo golpeo contra la frente. El frío repentino me hace estremecer, pero espero que esta congelación de choque me refresque, cosa que mi cuerpo claramente necesita.

No pienses más en eso.

Nada de sexo esta noche.

En este sentido, ¡Alex está prohibido!

¡Está fuera de tus límites!

¡Piensa! ¡Piensa en ello!

El frío se vuelve desagradable y se me pone la piel de gallina. Para que el frío me resulte un poco más soportable, muevo el cubito de hielo y dejo que se deslice por mi cuello. Allí donde se derrite, las gotas de agua me humedecen y ruedan sobre mi piel. Suavemente, dejo que el cubito siga bajando por mis contornos hasta que llega a mi escote y me recuerda lo que me hizo Alex en el club. Allí también utilizó un cubito de hielo, volviéndome loca de lujuria. Mi respiración empieza a acelerarse y me doy cuenta de que lo que estoy haciendo me excita más que cualquier otra cosa.

¡Estupendo!

Incluso el enfriamiento aumenta mi deseo de Alex.

Cuando se trata de él, soy una causa perdida.

¿Qué me dice eso?

Sobre él.

Sobre mí.

Sobre nosotros.

¡A la mierda!

¡Entonces no estoy siendo razonable!

¿No ha sido eso lo nuestro desde el primer segundo?

Con esto en mente, me levanto, salgo del cubículo y me dirijo a la puerta.

Voy a ir donde Alex ahora y hacerle saber que voy a estar con él esta noche...

De repente, alguien empuja la puerta con fuerza y entra.

Sorprendida, me detengo y lo miro fijamente.

—Alex...

—Hola.

—Hola. —Sonrío tímidamente—. ¿Estás perdido?

Me mira con urgencia.

—No lo creo.

Capítulo 21

Alexander

—¿Estás perdido? —me pregunta con ojos expectantes.

—No lo creo.

—¿Qué haces aquí?

Mi mirada se posa en el vaso con los cubitos de hielo que tiene en la mano.

—Probablemente podría preguntarte lo mismo.

Como si la hubiera sorprendido haciendo algo prohibido, abre ligeramente la boca, pero no emite ningún sonido.

—Bien —digo—. Déjame ser el primero en responder.

Pero no con palabras.

Me abalanzo sobre ella, le cojo la cara con las manos y la aprieto contra la pared, frente al gran espejo. Utilizo todos mis músculos para sujetarla y la beso apasionadamente. Si quiere, puede ver mi reflejo sobre el suyo.

—Ohh, Alex... —gime sensualmente y me aprieta contra ella—. No, no...

—Pero tu cuerpo me dice otra cosa —susurro entre dos tormentosos besos con lengua.

—Pero y si... mmm... alguien entra...

Me río y le exijo el siguiente beso. Una puerta sin cerrar que podría abrirse de golpe en cualquier momento.

—¿Te recuerda a algo? —Meto la mano en el vaso y saco un cubito de hielo, dejándolo desaparecer bajo su vestido y deslizándose sobre su duro pezón con presión—. ¿Y esto? ¿Te recuerda a algo?

Ella jadea y apoya la cabeza contra la pared. Se sacude con excitación y deja caer el vaso. Cae al suelo y se rompe en mil pedacitos, haciendo mucho más ruido que el cristal de plástico del club.

Este es otro dulce recuerdo que compartimos y que nadie más conoce.

Que alguien nos pueda encontrar sigue estando escrito en las estrellas.

De momento, me importa una mierda.

—Joder, me estás volviendo loco —susurro y esta vez también estoy loco por mordisquear su tierno cuello y arrancarle los ruidos más dulces.

—Oh Dios... Alex...

—Mmh, Audrey... —Joder, ¡nunca he estado tan caliente con un traje puesto! Me encantaría deshacerme de él, aquí y ahora.

Ella también lo quiere, ¿verdad? Todo en su lenguaje corporal dice que sí.

Y entonces empiezo a tirar posesivamente de ella hacia uno de los cubículos.

—No deberíamos... —respira.

Oh sí, le respondo con la mirada y tirando de ella con impaciencia.

Riendo, se deja arrastrar hasta el cubículo e incluso es ella quien cierra la puerta inmediatamente. Me mira con ojos expectantes.

—¿Has estado alguna vez en un baño de mujeres?

Sonrío y disfruto mirando sus curvas.

—No que yo sepa.

Parece más que encantada de que viva el momento gracias a ella y de que sea por primera vez el interior de un baño de mujeres.

—Lástima que no tengamos más cubitos de hielo —digo mientras echo un vistazo rápido para asegurarme de que la tapa del inodoro está limpia y me siento—. Pero ya encontraremos algo que hacer. —Con estas palabras, la atraigo hacia mí y empiezo a arremangar su vestido de noche verde oscuro.

Llena de lujuria, exhala y me pone las manos en la nuca. Tomo esto como una luz verde para mi plan de desaparecer con la cabeza bajo su vestido en unos segundos. Estoy a punto de hacerlo cuando la puerta principal se abre de repente de forma audible, dándonos a ambos una pausa. Alguien entra al baño. Alguien con tacones altos. Una mujer, por supuesto. Y mientras ella parece dirigirse al espejo y quedarse allí de pie, yo miro a Audrey con una sonrisa.

Pero, por desgracia, me doy cuenta de que le hace mucha menos gracia el peligro de que la pillen. ¿O es otra la razón por la que ahora pone una cara tan tensa?

Mientras tanto, parece que la extraña mujer se está pintando los labios y tarareando.

Mis dedos buscan las piernas de Audrey, presionan su piel y suben hasta sus bragas. Al rozar la fina tela, las yemas de mis dedos se deslizan por debajo y quieren...

No lo hagas, leo de repente en los ojos de Audrey, por favor.

Me invade una sensación de inquietud y me paralizó. Una cosa es que ella no quiera que continúe, aunque a mí me encantaría. Pero ¿por qué sigue con esa cara de preocupación?

¿Qué es lo que pasa?

La extraña mujer vuelve a guardar audiblemente su pintalabios y sale con la misma rapidez con la que entró. Esto me hace respirar aliviado y, sonriendo, por fin quiero zambullirme bajo el vestido de Audrey para ayudarla a relajarse de nuevo.

—¡No, espera! —pronuncia de repente en voz tan alta que, por desgracia, no tengo más remedio que volver a hacer una pausa.

La miro interrogante.

Para mi decepción, sacude la cabeza y me mira seria y decidida.

—No lo hagas.

Tengo que tragar saliva y siento como si me arrancaran el suelo de debajo de los pies.

—¿En absoluto?

Respira hondo.

—Aquí no. Así no. Y quizá... mejor hoy no. —Se muerde los labios con pena, como si tuviera que obligarse con la máxima disciplina a ejercer la abstinencia.

Oh, vaya.

Ella realmente no quiere.

En cualquier caso, una parte de ella no lo quiere.

Otra parte probablemente lo desea, pero...

No tiene nada que ver con el hecho de que nos interrumpieran brevemente. Simplemente le recordó lo que realmente quiere.

Esperar.

Al menos eso creo.

Mierda.

Todo en mí se resiste a doblegarse a su voluntad.

Cada célula de mi cuerpo está literalmente clamando por liberarla por fin de este vestido impresionantemente hermoso, por hacer lo que no pude hacer en el club: verla tal y como Dios la creó, explorarla y complacerla, con toda su perfección.

Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Nada.

Nada de nada.

Tengo que respetar sus deseos.

Así que respiro hondo y me toco la nuca.

Su boca se tuerce con culpabilidad.

—Lo siento.

—¿Ya lo has olvidado? —Resignado, apoyo la frente en el centro de su cuerpo, lo que me provoca un cosquilleo. Un cosquilleo al que no debo ceder—. No quiero que me pidas perdón.

—Pero ¿y si me arrepiento de verdad de algo? —pregunta.

Entonces deshazlo, se me pasa por la cabeza. Dime directamente que continúe. Sólo una palabra tuya y me olvidaré de mí mismo. Sólo una mirada tuya y no seré capaz de detenerme. Por favor. Por favor.

Pero no lo hace. En lugar de eso, me mira con sus ojos grandes y redondos, que me hacen pensar de nuevo en un ciervo, aunque sean verdes. Luego se da la vuelta, se arremanga el vestido y abre la puerta. Audrey sale del cubículo y vuelve a mirarme.

En cuanto a mí, asiento con la cabeza y me levanto.

—Esperaré fuera.

—De acuerdo.

Intercambiamos una última mirada. Luego, de mala gana, me pongo en marcha y salgo del baño de mujeres.

Una vez fuera, me froto los ojos con la palma de la mano.

Lástima.

Podría haber funcionado.

Estuve tan cerca de complacerla.

Pero quien me conoce también sabe cuál es mi lema: “Quien no arriesga, no gana.”

Vuelvo a respirar hondo y miro alrededor del vestíbulo sin fijarme en ningún punto o persona en particular.

Hasta que me doy cuenta de que una hermosa pelirroja se acerca a mí con pasos elegantes.

—Hola forastero —me dice—. Por fin te encuentro solo, pero ¿por qué estás aquí con la mirada tan perdida?

Bien. Tengo que agradecersele a Audrey.

Inclino ligeramente la cabeza hacia atrás y miro a la belleza de su ajustado vestido de pies a cabeza.

Una sonrisa erótica se dibuja en sus labios rojos y me rodea el cuello con los brazos.

—Seguro que se puede hacer algo al respecto.

Capítulo 22

Audrey

Parece mentira la cantidad de recuerdos que compartimos Alex y yo y que nadie más conoce. Ya sea por el whisky, por un vaso roto, por el *hola...* o por el hecho de que una vez más estoy frente al espejo de un baño extraño intentando calmar los latidos de mi corazón.

Pero me he dado cuenta de una cosa mientras tanto: Cada vez que ocurre, hay una razón diferente detrás. ¡Y esta vez la razón no podría ser mejor! Mis labios bien hinchados y mis mejillas enrojecidas son testigos de lo que ha ocurrido entre nosotros hace unos instantes, aquí mismo.

Toda la pasión.

El deseo.

Anhelo.

Impaciencia.

Expectativa.

Uf...

Eso fue caliente...

Alex no sólo es escandalosamente guapo y tiene un cuerpo bien tonificado, sino que también besa increíblemente bien, y mucho más.

No me extraña que necesitara toda mi disciplina para seguir adelante. Contra mi lujuria. Y la suya. Casi me desmayo, me dejé llevar por completo y me entregué a él.

Pero no habría estado bien. No de esa manera. No tan pronto.

Y él lo aceptó.

Así que no hay razón para dejar que se estropee el resto de la noche.

Todavía quiero pasarlo con él.

Sólo que... sin sexo.

Eso sería mejor.

Para nosotros.

Por un futuro juntos.

Arreglo mi peinado recogido para que no revele lo que cierto caballero acaba de hacerme. Luego me alejo del espejo y quiero salir del baño de mujeres. Me llaman la atención los cristales rotos y el charco que antes estaba formado por cubitos de hielo.

Debería avisar al personal lo antes posible para que alguien pueda limpiarlo.

Con esto en mente, empujo la puerta y puedo ver claramente el vestíbulo... y a Alex de pie directamente delante de una mujer con las manos sobre sus hombros...

Y...

¡Besándose!

Sobresaltada, me tambaleo hacia atrás.

Cuando Alex me ve y se da cuenta de que lo he pillado desprevenido, también se sobresalta y empuja a la pelirroja.

¡Como si eso fuera a mejorar algo!

Mis ojos se entrecierran hasta convertirse en rendijas, mi mirada maligna está destinada a matarlo.

Dios, estoy más dolida y enfadada con él que nunca, ¡y eso es mucho decir teniendo en cuenta cuando me dejó el club!

—¡Audrey! —dice asustado y se precipita hacia mí.

Mi reflejo de huida se activa de nuevo y literalmente me grita que me vaya. Después de este terrible espectáculo, ¿quiero ceder?

—¡Alex, espera un momento! —con estas palabras, la pelirroja lo sigue—. ¡Por favor! ¡No me dejes!

Eso me hace resoplar y girar la cabeza hacia otro lado.

—Yo no quería esto —afirma con voz insistente y pone cara de desesperación—, ¡ella me obligó!

—¡Sí, claro! —Puse las manos en las caderas—. ¡Eso es lo que parecía!

—¡Audrey! ¡B.! Es verdad. Por favor, créeme.

—¡Alex! —dice la pelirroja, y luego me mira despectivamente—. ¿Así que es ella? ¿Tu otra chica?

Se le queda observando fijamente.

—¿Nos dejarías solos de una vez?

—Pero...

—¡No! —grita tan alto que bastantes invitados dan un vistazo en nuestra dirección.

La pelirroja resopla horrorizada, luego me lanza una mirada despectiva y vuelve a resoplar. Luego se marcha indignada.

—¡Imbécil! —grita.

—Audrey... —Alex levanta las manos apaciguadoramente—. Eso fue sólo...

—¿Qué le hiciste? —interrumpo enfadada—. ¿Jugaste con ella como jugaste conmigo?

¡Con las dos a la vez!

—¿Qué? ¡No!

—Como sea —siseo—. El hecho es que la besaste, sólo unos segundos después de que tú y yo... —No puedo ni decirlo, ¡duele tanto! Se me humedecen los ojos y quiero darle una bofetada.

Alex se acerca, me coge la mano y la estrecha entre las suyas.

—E... —Me mira atentamente—. Ella me besó. No al revés.

Retiro la mano y doy un paso atrás.

—Sí, claro.

—¡De verdad! Me pilló tan desprevenido que tardé un momento en reaccionar. Pero luego quise apartarla. Por favor, ¡tienes que creerme!

Miro fijamente, deteniéndome un momento. ¿Era quizás por eso que sus manos estaban sobre sus hombros? ¿Porque estaba a punto de empujarla de todos modos, primero con más cuidado para no hierla y luego con más fuerza?

Aprieto los labios con fuerza.

—No sé qué más creer, Alex. Pero, sabes, ese es exactamente el problema. Lo nuestro es demasiado complicado.

Se le va el color de la cara.

—¿Qué? Pero...

—No, Alex. Ya he tenido suficiente. Primero me dejas en el club... Luego me atraes aquí...

Tiene que tragar.

Continúo:

—Luego me sorprendes esta misma noche en el baño, qué escenario más romántico, por cierto... ¡Y eso a pesar de que dijiste de antemano que te asegurarías de que no se cruzara cierta línea para los dos!

—Audrey, por favor...

Para reafirmarme, me pongo más fuerte.

—¡Y luego te veo con otra mujer! ¿Qué esperas que piense de nosotros?

Se queda de pie, impotente, y a la vez negaba con la cabeza.

—Sé que no se ve bien, pero... —Cuando se da cuenta de la expresión de mi cara, se sienta y vuelve a sacudir la cabeza.

Yo hago lo mismo.

—Ya no puedo confiar en ti. Y esta vez lo sé con certeza. Nada podría cambiar eso ahora.

Permanece en silencio. Es posible que esté de acuerdo conmigo en esto.

—Dijiste que no debía pedirte más disculpas —añado—, pero tengo que hacerlo una última vez. Porque aparte de encuentros aleatorios en la oficina, no quiero volver a verte.

Alex abre la boca y me mira desesperado.

—Oh, B...

—Por favor, no me llames así nunca más.

—No tengo ningún problema con eso —afirma—, pero lo otro que acabas de decir... —Tiene que tragar saliva de nuevo. Es como si también estuviera a punto de llorar. Nunca lo había visto así, ¿pero qué significa eso? Parece ser un buen actor. Quizá lo lleve en la sangre sólo por

razones profesionales—. Eso no es cierto, Audrey. Eres importante para mí. Y puedes confiar en mí.

Y entonces lo digo. Lo que no debo decirle nunca más. Por última vez.

—Lo siento. —Con estas palabras, me doy la vuelta y me voy.

Vuelvo a la sala en relativo silencio y busco a la pareja anfitriona. Agradezco al Sr. y la Sra. Rodríguez la invitación y me despido de ellos. Después salgo del restaurante. Fuera, llamo a un taxi. Subo, cierro la puerta y le doy al conductor mi dirección.

Con todos estos pasos que doy, ningún Alexander Donovan desesperado aparece para intentar detenerme.

Y una parte de mí se siente aliviada por ello.

Duele tanto...

Pero ahora se acabó.

Y el proceso de despedida puede seguir su curso.

Al menos eso pienso mientras veo Seattle de noche con todas sus luces.

Al menos, eso ya lo hemos resuelto.

De una vez por todas.

Capítulo 23

Audrey

El ambiente no puede ser más depresivo. Estoy sentada en mi apartamento hablando con mi mejor amiga Nelly por teléfono. En cuanto salí del taxi, tuve que llamarlas. Acabo de contarles lo sucedido. Para cuando he terminado de contarles todos los detalles de lo sucedido, me he cambiado el vestido de noche por el pijama, me he desmaquillado y recogido el cabello en un moño.

—Vaya —dice Nelly en tono triste—. Eso... eso es asqueroso.

—Sí. —Suspiro—. Supongo que se podría decir eso.

—Quiero decir... Ni siquiera sabíamos que el tipo del club era tu nuevo jefe.

—Bueno, hasta hace poco, yo misma no sabía lo que sentía al respecto y si siquiera importaba. Antes de la fiesta, estaba dispuesta a aceptarlo como mi nuevo jefe y olvidar nuestro encuentro en el club.

—Lo entiendo —dice Nelly—. Eso fue antes de que ocurrieran todas las cosas en el restaurante.

—Exacto, pero que quede claro que no es mi superior directo, es el dueño de la empresa.

—¡Lo que es aún más loco! —exclama—. Quiero decir, ¿hay una coincidencia más loca? Si no se hubiera comportado de forma tan idiota contigo, pensarías que había poderes superiores en juego y que su reencuentro era cosa del destino.

—Pero se ha estado comportando como un idiota —siseo, paseando inquieta por la sala del apartamento—. Más que eso.

Su silencio me da la razón.

—¿Y ahora qué? —quiere saber Grace. Como está luchando contra las náuseas, se contiene un poco durante nuestra conversación, lo cual es comprensible.

—¿Cuál es el problema? —le pregunto encogiéndome de hombros—. Alex y yo hemos terminado. Simplemente no puedo confiar en él.

—Pero parece que significas algo para él —comenta Nelly pensativa.

Cuando la oigo decir eso, un escalofrío me recorre la espalda porque en el fondo siento que tiene razón.

—De cualquier manera —respondo finalmente—. Incluso si ese fuera el caso. Supongamos que él y yo decidiéramos estar juntos.

—¿Sí? —pregunta.

Respiro con resignación y sacudo la cabeza, igual que hice antes en el vestíbulo del restaurante.

—Siempre estaría preguntarme si me ha mentido y sigue viéndose con otras mujeres. Con sus largas jornadas de trabajo y todos esos viajes, podría arreglárselas de maravilla. Eso no funcionaría. No podría estar con esa incertidumbre.

—Absolutamente. Te volvería loca.

—Y soy demasiado mala para eso —digo—. Sabes...

—Sí, ya lo hemos entendido bien. Las dos.

—Exacto —añade Grace—. Prefieres estar soltera a estar con alguien que no es el indicado.

—Y así es exactamente. Cualquier otra cosa estaría mal. Te mereces esperar al hombre indicado —continúa Nelly.

Sonrío recatadamente, todo lo que no me apetece es sonreír.

—Muchas gracias. Es agradable que puedas entenderme y que me animes.

Al mismo tiempo, me desgarran el corazón saber que Alexander Donovan no es el indicado para mí.

—Oh cariño —oigo decir a Nelly a continuación—. ¿Quieres que vayamos?

—¡Sí! —accede Grace.

—Muy amable, pero se hace tarde —respondo.

—¡No importa! —insiste Nelly—. Podemos ir en el auto. O puedes venir si prefieres. Te recogeremos y luego haremos una pijamada. ¿Qué te parece? ¿No te vendría bien un cambio de aires?

Su amable ofrecimiento me hace sonreír aún más esta vez.

—Ya estoy en pijama —le respondo—. Y la verdad es que estoy bastante cansada, y eso es buena señal. Creo que estaré bien, chicas. Quedemos mañana para almorzar como habíamos planeado, ¿de acuerdo?

—¿Estás segura? —pregunta Nelly.

—Sí, te lo prometo. Siempre y cuando almuercen conmigo mañana. ¿te parece bien a ti también, Grace?

—¡Por mí no hay problema, cariño! —dice Grace—. Curiosamente, sólo tengo náuseas matutinas por la noche.

—Genial, ¿entonces nos vemos al mediodía en la *Space Needle*, como habíamos reservado? —pregunto.

—¡Por supuesto! —responde Nelly.

—Bien, hasta mañana entonces.

—¡Buenas noches, cariño!

—Buenas noches a las dos.

Cuelgo y respiro hondo. Luego me acerco a la ventana y miro la calle de noche. Vuelvo a sonreír. Sólo levemente. Pero aun así.

Puedo arreglármelas.

Sí, así es.

Así es como debe ser.

La decisión está en mis manos. Y mi decisión es: estaré bien.

Sin un hombre.

Sin Alex.

Hasta que el indicado llegue a mi vida.

Porque parece que aún no se ha cruzado en mi camino.

¿Verdad?

En ese momento, mi celular vibra y recibo un mensaje. Echo un vistazo. Es de Matthew.

[Hola.

Bastante inocuo.

Sí, completamente inofensivo.

Si no fuera ya más de medianoche.

La pregunta es: ¿quiero responder?

Hm...

Matthew siempre ha sido bueno conmigo.

Atento. Honesto. Interesado.

Sin complicaciones.

¿Tuve al hombre indicado bajo mis narices todo el tiempo?

Decido responder a su mensaje tardío y le contesto.

Poco después, suena el timbre de mi puerta.

Capítulo 24

Alexander

Miro nerviosamente hacia el edificio. Al cabo de unos segundos, vuelvo a llamar al timbre.

¡Por favor, Audrey, abre!

Y otra vez. Toco el timbre.

—Oye, ¿quién es a esta hora? —La oigo a través del sistema de sonido—. Es bastante tarde.

Oh, vaya. Aunque se queje así, me hace feliz oír su voz. Aunque no tuviera razón de quejarse. Podría acostumbrarme fácilmente a que me regañara. ¿De qué otra persona podría decir eso? Por eso estoy aquí.

—Audrey, soy yo.

Al principio se queda callada.

—¿Qué haces aquí?

—¿Podemos hablar, por favor?

Otro silencio.

—Por favor —añado desesperado.

—Wao, de verdad que estás necesitado.

—Ni siquiera voy a responder a eso.

—Bien, mejor. Adiós.

—¡Maldita sea, Audrey!

Nada.

—¡Audrey, por favor!

—¡Silencio ahí abajo! —grita una anciana desde algún lugar.

—¡Audrey! —Sigo intentándolo.

—¡He dicho silencio! —continúa la anciana.

—¡Audrey! —le llamé hasta quedarme sin respiración

—¡Llamaré a la policía enseguida!

—Por el amor de Dios, entra —oigo decir a Audrey por el sistema de sonido.

Al momento, la puerta zumba y puedo empujarla para abrirla. Subo las escaleras a toda prisa hasta plantarme delante de su piso. Está en pijama, con el pelo recogido en un moño del que sobresalen varios mechones rubios, y no podría estar más guapa para mí. Su dulce mirada me hace olvidar lo que hay entre nosotros y sonrío.

—Hola —le digo suavemente.

Se cruza de brazos con el ceño fruncido y se apoya en el marco de la puerta.

—Otra vez, Alex, ¿qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? Vine a hablar, por supuesto.

—No hay nada más de lo que tengamos que hablar.

—Hacen falta dos para decidir eso —le respondo.

Resopla. Y me escruta.

Ahora también llevo ropa informal, una camiseta gris y unos jeans azul oscuro. Mi carro está estacionado justo delante del edificio, así que he dejado la chaqueta en el coche.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —quiere saber.

—De tus datos personales —admito.

Sus ojos se entrecierran.

—¿Has conseguido acceder a los datos de empleados? ¿Tienes permiso para hacer eso?

—Siento tener que decir esto ahora, pero puedo hacer lo que quiera en mi empresa.

Ella abre la boca y quiere replicar.

—No estoy orgulloso de eso, ¿sí? —afirmo—, pero espero que te des cuenta de que quiero contártelo todo y que estoy dispuesto a hacer lo que haga falta.

—¿Lo que haga falta para qué?

—Audrey...

La puerta de al lado se abre de golpe.

—¡Si no se callan ya! —nos grita una anciana.

Audrey descruza los brazos y levanta la mano a la defensiva.

—Disculpe, señora Baker. Ya nos callaremos.

—Eso espero, si no llamaré a la policía.

—Sí, ya lo mencionó —digo, molesto.

Me mira enfadada.

—Disculpe —repite Audrey antes de que la señora Baker pueda responder. Luego me mete en el apartamento y cierra la puerta.

— Alex... —Me mira con impotencia.

—Bonito barrio —gruño asombrado—. Si vivieras en mi barrio, nadie se atrevería a hablarte así.

—Wao, de verdad, esa es una gran oferta. ¿Por eso has venido aquí?

—No, claro que no.

Su celular vibra. Varias veces. Lo comprueba. Tuerce la boca. Vuelve a guardar el móvil.

—¿Una emergencia? —tengo que preguntar.

—No. Sólo un antiguo colega.

—¿Sólo eso? —pregunto con el oído atento.

—No es que sea asunto tuyo, pero no tengo nada que ver con él y acabo de volver a dejárselo claro. Eso es lo que haces cuando no estás seriamente interesado en alguien. No juegas con ellos,

les haces saber rápidamente a qué atenerse. Pero tú no sabes nada de eso.

Respiro hondo. ¡Me está volviendo loco! Me froto la frente e intento serenarme.

—Deja que te explique.

Me mira con tristeza.

—Ya no sirve de nada.

—Yo no lo veo así. —Decidido, paso junto a ella, encuentro su sala y entro en la habitación —. Siéntate.

Me sigue, frunciendo el ceño.

—¿Llevas en la sangre dar órdenes a todo el mundo?

La miro con urgencia.

—No era una orden, era una petición, y lo sabes, pero acepto tu tono mordaz, me lo merezco. Por eso estoy aquí.

Para mi absoluta sorpresa, ella sacude la cabeza.

—Alex...

—Lo sé, hace tiempo que debería haberlo hecho. En realidad, debería haberlo hecho mucho antes, pero me costó mucho porque es un tema difícil para mí.

Ladea ligeramente la cabeza, asombrada.

—¿De qué estás hablando?

—Déjame decirte finalmente por qué desaparecí del club.

Se encoge de hombros.

—Ya lo sé. No querías volver a verme.

Respiro hondo.

—Sí, así es...

Capítulo 25

Alexander

—Sí, así es. No quería volver a verte después del club.

La expresión de sus ojos cambia cuando digo esto, confirmando sus más amargas sospechas. Aunque, de todos modos, tenía pocas dudas al respecto, parece como si acabara de aplastar la última chispa de esperanza de su corazón.

Diablos, sí, es verdad. Hui del club antes de que pudiéramos mirarnos a los ojos y revelar nuestras identidades porque no quería volver a verla.

—Pero cuando nos reencontramos... —empiezo.

—...percibiste tu oportunidad para un segundo asalto —termina mi frase.

—No...

—Para otro encuentro caliente con una mujer lo suficientemente ingenua como para caer rendida a tus encantos.

—No. Entonces, sí.

—¿Lo ves? Lo sabía. Sólo decías que te habías equivocado al huir del club. ¡Para hacerme creerte!

Me acerco.

—¡No!

—Así que no hay nada más de lo que tengamos que hablar.

—¡Audrey, no fue así!

Me mira insegura.

—Quiero decir, sí, es verdad. No quería volver a verte después de *Seducción*, pero tú no lo entiendes, Audrey. Yo... —Mierda, me cuesta mucho admitirlo, pero si quiero salvar lo que aún se puede salvar, ¡tengo que saltar por fin por encima de mi maldita sombra!—. Yo... tenía miedo.

—¿Qué?

—Y me reproché a mí mismo. Tantos reproches.

—Reproches... ¿De qué estás hablando? ¿De qué podías tener miedo? Sobre todo, porque nuestra supuesta cita a ciegas fue muy bien... o eso creía. Hasta que me abandonaste.

—Audrey.

—Alex.

—Tuvimos sexo.

—Así se llama lo que hicimos, sí.

—La primera vez que nos vimos.

—Sí.

—Después de poco tiempo.

—¡Sí! ¿Y?

—Bueno... —La miro con impotencia—. ¿No crees que es bastante... —Por Dios, ¡dilo ya!—. ¿Superficial?

El asombro está escrito en su cara.

—¿Eh?

—Mis amigos me dejaron fuera del club porque les molestaba mi miedo a ser superficial. ¿Comprendes? Aunque fue una estupidez que me dejaran, tenían buenas intenciones y me dieron la oportunidad de demostrarme a mí mismo que no era así. Y con eso en mente, fui a por ello y entré en el club.

—Querías... —Frunciendo el ceño, intenta comprender—. ¿Querías demostrarte a ti mismo en *Seducción* que no eres superficial?

Rechino los dientes.

—Sí...

—Pero ¿qué te hace pensar que podrías ser superficial?

—Una mujer me acusó exactamente de eso después de que yo ya no pudiera imaginarme con ella y quisiera que se fuera de mi vida. Eso me hizo entrar en mucha confusión. ¿Tenía razón? Quiero decir, estoy muy centrado en mi carrera y he tenido más aventuras de una noche en los últimos años de las que puedo contar. ¿No es eso la cumbre de la superficialidad?

Me mira preocupada.

—Oh Alex...

—Está bien. No hace falta que digas nada. Yo mismo ya sé la respuesta. Porque ambos sabemos lo que pasó en el club. Quería tener una conversación profunda con una mujer extraña. ¿Y qué pasó? ¡Terminé en la cama con ella a la primera oportunidad! O más bien en el sofá, pero eso no importa.

—Alex —sale de sus labios con urgencia y da un paso hacia mí—, hablamos en el club. Me pareció una conversación muy agradable y auténtica. Lo que dure una conversación y hasta qué punto se filosofe sobre cosas profundas no es importante al final mientras los dos nos sintamos cómodos, ¿verdad?

Claro que la tiene. Tiene razón.

—Y ahora que lo pienso —continúa—, yo soy la que marco el ritmo.

La miro, hipnotizado.

—¿Qué?

Ella asiente.

—Yo hice el movimiento decisivo en el club. Quería que te acostaras conmigo. Te envié todas las señales posibles a cambio.

¿Es cierto? ¿Lo era?

—Y coqueteé contigo en nuestro paseo y puse todo en movimiento de nuevo. Esa fui yo, Alex. Tú no me presionaste. Además, me acabo de dar cuenta de que nunca me prometiste nada. Ningún reencuentro. Ningún sentimiento. Ninguna relación. Claro, esperaba algo más después de lo del club, pero no habrías tenido ninguna obligación conmigo.

Wao, Audrey...

Frunce los labios.

—Lo único que estuvo mal fue el hecho de que te fueras del club a toda prisa sin, aunque sea despedirte de mí. Pero no supe la verdadera razón hasta ahora.

—Estaba escandalizado conmigo mismo. Por el hecho de haberme vuelto a acostar con una mujer la primera noche, aunque me había propuesto no hacerlo en el club, pero aun así ocurrió y me odié por eso. Fue entonces cuando entré en pánico.

Me mira seriamente.

—Pero entonces, cuando nos volvimos a encontrar me sentí inmediatamente atraído por ti de nuevo, incluso antes de saber que eras B... —continúo—. Eso me hizo darme cuenta de lo mucho que significabas para mí. Y eso me hizo tener esperanza. Esperanza, por eso me acosté contigo tan rápido. Sólo por eso. Porque hay algo especial entre nosotros. Sólo que no sabía cómo confesártelo. Seamos sinceros, un hombre que tiene miedo... ¿hay algo menos atractivo? —Sacudo la cabeza.

—Hola —murmura y me pone la mano en la mejilla.

Mi mano se posa inmediatamente sobre la suya y me encanta sentirla sobre mí.

—Alex. —Me mira profundamente a los ojos—. ¿Sabes qué? —Se ríe—. ¡Eres como una nueva mamá!

Levanto las cejas.

—¿Qué? —Me esperaba cualquier cosa, pero no eso.

—¡En serio! Hay mujeres que tienen su primer hijo y están totalmente asustadas de estar haciendo algo mal. Entonces se vuelven locas y se sienten mal, aunque no pase nada. —Para mi decepción, vuelve a romper el contacto—. Cuidan a su bebé a conciencia y harían cualquier cosa por él. Y, sin embargo, se preguntan si son malas madres si se toman unos míseros cinco minutos para ellas. O precisamente por eso.

—¿Okay...?

—¿Entiendes? Las mujeres que se preguntan si son malas madres no suelen serlo. Son duras consigo mismas, examinan sus propios actos y quieren lo mejor para su bebé. Lo sé por una o dos de mis amigas, y estoy dispuesta a apostar que Grace y Nelly pronto estarán así también, son dos amigas mías, pero divago.

Asiento tranquilamente al darme cuenta de a dónde quiere llegar.

—Una verdadera mala madre no cuestionaría tan rápido su propio comportamiento.

—¡Exactamente! Y a ti te pasa lo mismo, sólo tu miedo a ser superficial sugiere fuertemente lo contrario. Porque para ti es importante no serlo. Y lo piensas. Eso es cualquier cosa menos débil o poco atractivo. Si me preguntas, es una de las mejores preguntas que un hombre puede hacerse.

Maldita sea, ¡cómo me gustaría estrecharla entre mis brazos ahora mismo, abrazarla y no renunciar a ella nunca más!

—Vaya, Audrey... Que lo veas así... Yo... debería haber hablado contigo de esto mucho antes.

—Sí, supongo que sí.

Mis dedos se independizan, agarran un mechón de su pelo rubio y lo hacen girar suavemente.

—¿Y quién determina si eres superficial? ¿Quién tiene derecho a definirlo para los demás? —Me da un golpecito en el pecho—. Eso sólo lo decides tú. Cómo vives tu vida. Cómo tratas a los demás. Y si crees que eres superficial. Si es así, puedes hacer algo al respecto, pero no dejes que otros te convenzan sólo porque se sientan ofendidos, como tu aventura de una noche.

La miro con una sonrisa.

—Tienes toda la razón. Audrey...

—¿Eh?

—He sido un completo idiota. Nunca debí dejarte sola en el club. Por tarde, cuando nos volvimos a ver y me enteré de quién eras, debería haberte hablado abiertamente de eso en lugar de esperar que se me pasara solo. Eso no estuvo bien y fue débil. No importa lo que digas. Estuvo mal, y no quiero ser así más de lo que quiero ser superficial.

—No te preocupes —dice con firmeza, y nunca la he encontrado más hermosa que en este momento—. No tengo intención de discrepar contigo en este punto. Eso estuvo mal y me dolió mucho. Las dos cosas.

—Y... —Tengo que tragar saliva—. ¿Puedes perdonarme? —Esperanzado, tomo su cara entre mis manos y la miro con fervor—. Por favor. No hay nada que lamente más que mis errores hacia ti. Y no hay nada que desee más que tú me perdones.

Inspira y quiere decir algo.

Pero tengo que añadir algo antes de que se decida.

—Soy consciente de que podrías decir que no merezco una segunda oportunidad, pero deberías considerar una cosa antes de responder. Somos más compatibles de lo que jamás me atreví a soñar. Hay algo muy especial entre nosotros. Por eso estamos obligados a intentarlo de nuevo. Puedo hacerte feliz. Tú me harás feliz. Por favor, perdóname por los pasos en falso que di por miedo y dame la oportunidad de demostrarte que te merezco.

De nuevo quiere responder.

—Y si me lleva el resto de mi vida. Para ser honesto, incluso me gustaría que, porque...

—¿Por fin te has calmado? —dice con voz suave pero dominante—. Te perdono por esas dos

cosas.

¿Cómo? Mi cerebro tarda unos segundos en darse cuenta de la suerte que tengo.

—Audrey... —Entonces lo hago. Le rodeo la cintura con los brazos y la atraigo hacia mí. Al segundo siguiente, me inclino y quiero besarla—. Eres increíble. —Cierro los ojos y...

—Para. —De repente siento su dedo en mis labios para impedir que la bese.

Vuelvo a abrir los ojos y la miro tenso.

—Puedo perdonarte por estas dos cosas.

Pero... se me pasa por la cabeza con una desagradable premonición.

—Pero ¿qué pasa con la pelirroja, Alex?

Oh-oh.

—¡La besaste!

Sí.

Eso es cierto.

Capítulo 26

Audrey

Alex...

En los últimos minutos me has dicho más cosas dulces de las que jamás hubiera imaginado.

Y no podría haber mejor explicación para tu huida del club.

Pero ¿qué hay de la pelirroja a la que besaste sobre cuyos hombros descansaron tus manos y a la que besaste?

¿En serio tienes una historia creíble para esto?

—Era Tina —dice.

Inclino la cabeza.

—¿Quién?

—Mi aventura de una noche.

Estoy asombrada.

—¿La mujer que te acusó de ser superficial?

Alex suspira y se frota los ojos.

—Sí. Por extraño que parezca, nos volvimos a encontrar en la fiesta.

—No es más extraño que nuestro inesperado reencuentro —digo.

—Tonterías, Audrey. Nuestro reencuentro fue el destino. Lo otro fue sólo una coincidencia.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Esto. —Me coge la mano y se la pone en el pecho. A la altura de su corazón. Mientras me deja sentir su pulso, me mira a los ojos—. Exactamente esto.

Le devuelvo la mirada, hipnotizada. Exhalo audiblemente.

—¿Y dices ser superficial?

Se levanta una comisura de los labios y parece no tener ni idea de lo sexy que parece.

—Da igual. —intento recomponerme—. ¿Como sucedió ese beso?

Alex deja que su mano descansa sobre su pecho y me cautiva con su mirada.

Levanto ligeramente la cabeza.

—Que Tina aún no quería aceptar que no había nada entre ustedes. Por eso se enfrentó a ti.

La expresión de su rostro perfectamente modelado cambia.

—Más bien, ella te presionó. Quería hablar contigo de eso. Discutirlo.

Asiente con la cabeza.

—Entonces le hablaste de mí. Acerca de cómo estás fuera del mercado de todos modos.

Sus ojos se entrecierran.

—Ella entonces trató de persuadirte con más urgencia... y te besó. Estabas a punto de

apartarla, pero con cuidado, sin hierirla físicamente, cuando entré y te vi.

Me mira, fascinado.

—¿Todo eso lo has sacado de mis expresiones faciales?

—En su mayor parte, sí. El resto me lo inventé basándome en lo que vi y oí en el vestíbulo.

—Pero acabas de leer la mayor parte de mi cara. Es como si fuéramos almas gemelas.

Sí...

Así es.

Se me acaba de ocurrir lo mismo.

¿No es increíble?

Oh...

De todas formas, no puedo enfadarme con él, ¡ahora que conozco toda la historia!

—De acuerdo —digo sobriamente—. Lo he oído todo.

Puedo ver la tensión en sus ojos.

—Por eso, hazlo otra vez. —Trato de reprimir una sonrisa en vano—. Lo que querías hacer.

—¿Qué quieres decir?

—Léelo en mis ojos —le insto lleno de expectación.

Su mirada interrogante se transforma en una sonrisa deslumbrante.

—Por fin —murmura impaciente. Alex me pone las manos en las mejillas y me abraza con fuerza. Y entonces me besa. Me besa con una pasión como si no hubiera mañana. Alex sabe tan fantásticamente a hombre y siento que por fin todo vuelve a estar bien en el mundo.

Me cuesta separarme de sus labios para hacerle la única pregunta que me ronda por la cabeza.

—¿Te quedas esta noche?

Me mira enamorado y me aparta tiernamente de la cara un mechón de pelo que se ha soltado de mi moño.

—¿Me permites?

Le robo el siguiente beso por esta respuesta.

—¿Y mañana vamos a tu casa?

Sonríe sexy.

—Si quieres.

Sonríe de felicidad.

—¿Y tú qué quieres?

—Hacerte feliz.

Me río. Me viene algo a la mente.

—Esposa feliz, vida feliz.

—Interesante —murmura—. ¿Ya estás pensando en casarte?

Entonces le rodeo el cuello con los brazos y dejo que me abrace.

—Aparentemente no puedo evitar marcar un ritmo enérgico contigo.

Alex me mira la boca.

—Podría pensar en cosas peores. —Me besa—. Pero déjame cumplir mi promesa. Esta noche hablaremos o dormiremos.

—¿Nada más? —pregunto anhelante. Luego me permito morderle suavemente el lóbulo de la oreja y provocar ruidos llenos de lujuria que hacen que me hormiguen las piernas—. Lástima que no te haya prometido nada parecido.

Porque cuando estoy contigo, no me interesa lo más mínimo lo que dictan las convenciones sociales o lo que se supone que está bien según la opinión de un simple desconocido.

Quiero hacerlo y vivirlo todo contigo, a nuestra velocidad.

—Pero te das cuenta de que ahora tienes que dejar de tener aventuras de una noche, ¿no? —me burlo de él.

Sonríe feliz.

—Audrey, desde que nos conocimos, para mí sólo existes tú.

—Eso es lo que pensaba.

—Pero querías oírlo de mí, ¿no? —dice con satisfacción.

—Me pillaste.

Ah... Seattle. Tres millones y medio de habitantes. Y de todas las personas que conocí aquí, fuiste tú, Alex. El hecho de que nos encontramos es como ganar la lotería. Para mí fue amor a primera vista.

Incluso sin vista.

Epílogo

Alexander

—¿Y estás completamente segura? —quiero saber.

—¿Cuántas veces quieres preguntarme eso? Sí, segura.

—¿Así que no hay nada que pueda hacer para persuadirte de que te quedes?

—La suerte está echada —responde Audrey con firmeza—. Sabes que hay que hacerlo.

Posesivamente, pongo mis manos en su cintura y la atraigo hacia mí. —Pero no quiero que te vayas. —Mis labios buscan los suyos y reclaman un beso sensual. Audrey sabe tan fantástica como siempre y no me canso de besarla.

Para mi decepción, me empuja con suavidad, pero con la fuerza suficiente para que lo diga en serio y no me quede más remedio que soltarla.

—Lo hemos intentado, Alex. Durante mucho tiempo y muchas veces, pero no funciona. Al final tenemos que aceptarlo.

Murmuro su nombre en señal de protesta y luego tengo que volver a estrecharla entre mis brazos y besarla tiernamente en la mejilla.

—Piénsalo otra vez... por favor...

—No... —suelta una carcajada, incapaz de ocultarme que está disfrutando de mis caricias—. Alex... —Entonces vuelve a ser más enérgica y me mira con severidad—. ¡No! No puedo. —Respira preocupada—. Tenemos que acabar con esto. —Me da la espalda, se levanta de la cama y se aleja de mí—. Ya se ha acabado. Créeme, es mejor así.

—Pero...

—¿Por qué es tan importante para ti dónde trabajo? —pregunta mientras se pone su bata de satén blanco—. No cambia nada entre nosotros. Al contrario, será bueno para nosotros que ya no seas mi jefe. Por eso decidí renunciar en primer lugar.

—Pero quiero verte tan seguido como pueda. —Me levanto y me acerco a ella porque sigo sintiéndome mágicamente atraído por ella—. Y si a partir del lunes trabajas en otro lugar, no podré llevarte a comer en nuestra hora de almuerzo.

—Sí, pero... —Sus ojos se posan en el centro de mi cuerpo y sonríe tímidamente—. ¿Puedes ponerte algo de ropa, por favor? —Se dirige al vestidor—. No puedo tener una discusión seria contigo así. —Audrey vuelve con uno de mis calzoncillos en la mano—. ¡Toma! —Me lanza los calzoncillos.

Riendo, la cojo.

—Así de mal te pongo, ¿no? —Con expresión divertida, obedezco y me pongo los calzoncillos, pero luego pienso si no debería quitármelos de nuevo y tirar de mi amada hacia la

cama. ¿Cuándo me he convertido en un bon vivant de fin de semana? Ah, sí, así es. Desde el día en que Audrey se mudó conmigo. Esta constatación me hace sonreír feliz una vez más.

—Puedes olvidarte de eso. —Junto con esta orden, también me lanza una camiseta fresca al pecho.

Rápidamente, atrapo también esta prenda.

—¿Qué pasa? —pregunto en tono inocente, y sonriendo ampliamente al mismo tiempo.

—Lo que sea que estés imaginando olvídalos. Levantémonos y preparémonos. Si no, llegaremos tarde a la cita con tu madre.

—¿Por qué tengo que vestirme si antes tenemos que ducharnos? —Me pongo detrás de ella y empiezo a besarle el cuello—. ¿O nos metemos en la ducha con la ropa puesta? —Juntos, por supuesto.

Suspirando feliz, vuelve a recostar la cabeza contra mí y saborea mis labios en su piel mientras las yemas de mis dedos se deslizan suavemente por sus hombros.

—¿Así que no hay nada que pueda hacer? —murmuro—. ¿Nada en absoluto?

—Por supuesto que vamos a ducharnos y desayunar. No me importa en qué orden.

No me refería a eso, y lo sabes.

Sin embargo, continúa bromeando.

—Por una vez, tú decides lo que hacemos primero.

—Demasiado amable, Srta. Bryce. —Un nombre bonito, pero que no tendrá por mucho tiempo. Me aseguraré de eso.

—En realidad puedes estar agradecido por haberte quitado de encima un montón de decisiones en casa —dice con descaro y se vuelve hacia mí. Me rodea el cuello con el brazo y me mira a los ojos con picardía—. Después de todo, necesitas un respiro de todas las decisiones que tienes que tomar en la oficina.

La miro, hipnotizado.

—¿Es así?

—Además, que no se te suba el poder a la cabeza.

—Interesante —digo—. ¿De qué poder estás hablando? —Me relamo sus labios—. ¿El poder de hacer que te tiemblen las rodillas?

—Sabes exactamente de qué poder estaba hablando.

—No, no lo sé —miento y exijo un beso con lengua.

Ella gime acaloradamente.

—Oh sí, lo sabes.

Suelto la camiseta, le pongo las manos en la nuca y la aprieto contra mí para besarla aún más apasionadamente.

—Mmh...

—Audrey...

—¿Eh?

—¿De verdad tienes que cambiar de trabajo?

Me empuja.

—¿Otra vez ese tema? Y yo que pensaba que te había distraído con éxito.

Me lamo su sabor de los labios.

—¿Quién distrae a quién?

Riendo, coge la camiseta y vuelve a apretarla contra mi pecho.

—Pero ¿por qué tiene que ser *Payton Marketing*? —Me pongo la camiseta por encima del cuerpo—. Sabes muy bien que son la mayor competencia de nuestra agencia de publicidad en cuanto a volumen de negocio.

—De tu agencia de publicidad —corrige ella.

Tal vez, pero en cuanto te ponga un anillo en el dedo, también será tu agencia, Audrey. ¿No quieres dirigirla en algún momento? Una sola palabra tuya ahora sería suficiente...

—Pero sí, ve al grano —interrumpe mi hilo de pensamiento y se recoge el pelo rubio en un moño con una goma. Al parecer, ya ha tomado su propia decisión, y es que primero desayunemos—. Payton tiene éxito y muchos clientes interesantes. Si voy a cambiar de trabajo, por supuesto será a una agencia igual de grande y con las mismas oportunidades profesionales.

Suspiro.

Audrey se pone delante de mí.

—Sabes que es lo correcto —me dice y me pone cariñosamente la mano en el pecho para sentir los latidos de mi corazón, como a ella le gusta hacer—. Quiero hacer lo mío. Mantenerme independiente de ti.

—¿Es realmente necesario?

—Sí, Sr. Donovan, lo es. Y si fuera de otro modo, yo no sería yo y usted no estaría tan loco por mí. —Ella guiña un ojo.

Me hace sonreír de nuevo y no puedo evitar robarle el siguiente beso.

—Bien por mí.

Ella asiente agradecida. Luego se da la vuelta y se dirige a la cocina.

La agarro de la muñeca y tiro de ella hacia atrás.

—¿Pero sabes lo que eso significa?

—¡Ey! —jadea sorprendida. Al segundo siguiente, se deja arrastrar de nuevo a mis brazos con un brillo expectante en sus ojos verdes.

Porque desde nuestro primer encuentro, no pasa un día sin que la busque y la necesite cerca de mí como si fuera el aire que respiro.

Cuando vuelve a ponerse delante de mí y me mira, le pongo el pulgar y el índice en la barbilla.

—Si te forjas una carrera, eso significará inevitablemente que volveré a tomar más decisiones en casa. No, de hecho, tengo que hacerlo.

—Ah, ¿sí? —sale de sus labios y me sonrío.

—Claro. Para liberarte de responsabilidades. Y mi siguiente decisión... —digo, empujándola hacia la cama—. Es que vamos a llegar tarde a casa de mi madre.

—Pobrecita —finge compadecerse y se arrastra voluntariamente sobre el edredón de nuestra cama king size.

—No se sorprenderá si llegamos unos minutos más tarde. Ella me conoce —El nuevo yo desde que llegaste a mi vida, B—. Sé honesta. Casi llegamos tarde a la boda de Will la semana pasada.

—Oh sí, eso no estuvo nada bien. Después de todo, era el día más importante de uno de tus mejores amigos. A tu amigo Patrick, que se casó hace un tiempo, le habría encantado decapitarte por eso.

—Pero no pasó nada, ¿verdad? —me defiendo y me acerco a la cama—. Llegamos a la iglesia justo a tiempo para la boda.

Se ríe.

—¿Y qué pasó anteayer cuando Grace y Nelly estaban allí con el bebé? Cuando llamaron al timbre, los dos estábamos aún medio desnudas. También teníamos una cita con ellas. Nunca me había vestido tan rápido.

—¿Qué vamos a hacer si no podemos quitarnos las manos de encima? —respondo y me vuelvo a poner la camiseta por encima de la cabeza—. Estamos recién enamorados, los demás lo entenderán.

—Ah, ¿y cuánto durará esta fase? —quiere saber con voz cálida.

Mi mirada se fija en ella.

—Bastante tiempo.

—Eso parece —murmura con aprobación, frotando burlonamente sus delicadas piernas—. ¿Y qué vas a hacer conmigo ahora? —Audrey se echa un poco hacia atrás, dejando que la brillante bata deje entrever seductoramente sus curvas perfectas.

Sonriendo seguro de mí mismo, me subo encima de ella y la miro, lleno de felicidad.

Sabe exactamente lo que quiero hacer a continuación: la parte delantera del colchón se puede elevar hasta el centímetro más cercano pulsando un botón. A Audrey le encanta poder mirar mejor cuando la mimo con la lengua. O tumbada boca abajo, agarrada al borde elevado cuando la cojo por detrás. Desde que descubrí esto, estoy completamente loco por hacérselo yo mismo. Primero una, luego la otra.

—Estoy esperando, D.

Su dulce mirada me hace levantar aún más las comisuras de los labios. Le acaricio con ternura

un mechón rubio angelical de la cara.

Se ríe alegremente.

—Hola.

—Hola.

FIN